

RAJA YOGA

(Desenvolvimiento de la naturaleza interna)

POR

SWAMI VIVEKANANDA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

La ADVAITA ASHRAMA de CALCUTA (INDIA), ha concedido al editor el permiso de traducción y publicación en español de las obras completas del famoso autor Swami Vivekananda



ANTONIO ROCH. - EDITOR

OFICINAS Y TALLERES: ARAGÓN, 118. - BARCELONA

(ESPAÑA)

ÍNDICE

ES PROPIEDAD. Queda hecho el
depósito que marca la Ley. Reser-
vados los derechos de traducción
y reproducción

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR	7
PREFACIO	17
INTRODUCCIÓN	21
I. — Las primeras etapas	43
II. — Prana	59
III. — Prana psíquico	77
IV. — Regulación de la prana psíquica . .	85
V. — Concentración y meditación	93
VI. — Meditación y éxtasis	103
VII. — Síntesis de la Yoga Raja	119
VIII. — Práctica de la meditación	127
CONFERENCIAS DE SWAMI VIVEKANANDA	
I. — El Macrocosmos	135
II. — El Microcosmos	143
III. — Inmortalidad	161
IV. — Atman	171
V. — El hombre aparente y el hombre real.	195
Notas del traductor.	217

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

En los diccionarios y enciclopedias que copiándose unos a otros sin reparar en inexactitudes prescinden de comprobaciones, se da de la palabra *yogui* una definición tan falsa como grotesca, diciendo que son religiosos vagabundos de la India que viven de limosna y se colocan a las puertas de las pagodas, donde permanecen meses enteros sin cambiar de posición, dejándose crecer el pelo, la barba y las uñas.

Los mismos errores se advierten en dichas publicaciones al definir la palabra *yoga*, diciendo que es un sistema filosófico de la India que afirma la eternidad de la materia y del espíritu, identificados con la divinidad, de la cual no son más que modificaciones.

Se da también a la palabra *yoga* el significado de contemplación mística que hace pasar al hombre por cuatro grados sucesivos de perfección, hasta producir en el último la unión íntima y completa del devoto con la divinidad,

fin que se proponen los religiosos o ascetas indios que llevan el nombre de yoguis, haciéndose insensibles a todas las impresiones exteriores.

En primer lugar, la definición que de la palabra yogui dan casi todas las enciclopedias, no desarrolla verbalmente el concepto que entraña, pues se contrae a describir el aspecto externo y las costumbres de algunos yoguis de la India, en cuyo número se interpolan no pocos fanáticos que en realidad nada tienen de yogui.

Desde luego que la vida ascética, sobre todo si es eremítica, no puede tener concomitancias con las artes de la peluquería y la manicura, aunque no son características necesarias y suficientes del yogui la enmarañada cabellera, la barba intonsa y las uñas de cerámico lagartijero ni tampoco la prolongada permanencia en una misma actitud.

Estas son cosas que cualquiera puede hacer a capricho sin el menor conocimiento de las auténticas prácticas de la yoga, como en otro tiempo las hicieron fuera de la India los anacoretas de la Tebaida con todo su ortodoxo cristianismo.

Muy ridículo fuera imaginarse o representar a San Pablo, el primer ermitaño de la

eristiandad, a San Antonio Abad y demás ascetas cristianos con el rostro pulcramente rasurado, la cabellera peinada a la moda y las uñas finamente recortaditas y pulimentadas. Por el contrario, la tradición, la hagiografía y la iconografía nos los representan exactamente iguales a los supuestos o verdaderos yoguis de la India que hermanan la yoga con el ascetismo.

En cuanto a la prolongada permanencia en una misma actitud, tampoco es característica esencial del yogui sino del asceta, y no peculiar de la India, pues ahí tenemos a San Siméon llamado el Estilita porque pasó no ya meses sino nada menos que cuarenta años encima de una columna, y no digamos cómo tendría su cabellera y barba, sus uñas y todo su cuerpo en semejante habitación.

Por lo que toca a lo de vagabundos y mendicantes, tampoco es característica necesaria y suficiente del verdadero yogui. Hay yoguis que viven de limosnas y no son vagabundos, sino errantes o peregrinos, que no es lo mismo, porque lo de vagabundo puede entenderse despectivamente en el sentido de holgazán u ocioso que anda de un lugar a otro sin domicilio determinado o sin oficio ni beneficio, mientras que el verdadero yogui, aunque

anda de un lugar a otro y no tiene domicilio determinado, es su oficio enseñar a las gentes las verdades espirituales, apaciguar los ánimos, dirimir las discordias familiares, aconsejar a quien de consejo necesite en las vicisitudes de la vida, sin otra paga que el sustento y el abrigo suficientes para satisfacer las imperiosas necesidades de la vida fisiológica.

Quien así no se conduzca, quien no sea un vitalicio mislonero de la verdad espiritual y pase el tiempo sobre una pierna como ave dormida o en cualquiera otra actitud incómoda, será asceta, pero no yogui.

El asceta se entrega a una vida de penitencia y tortura su cuerpo con cilicios y ayunos y lo considera como abominable estorbo, con el egoísta propósito de alcanzar la gloria del cielo y salvarse de los tormentos del infierno.

El yogui, por el contrario, considera su cuerpo como instrumento de manifestación y expresión del espíritu, de su verdadero ser, en el mundo físico, y no lo tortura, pero tampoco lo halaga ni cede a sus concupiscentes instintos, sino que lo domina y mantiene en buen estado de salud, como todo operario mantiene en buen estado de servicio el útil, herramienta o instrumento de que se vale

para manifestar su profesional habilidad. Mal músico sería quien no cuidara de su instrumento, y escultor imprudente quien de propósito estropeará su cincel.

Además, el verdadero yogui se ha conducido desde tiempo inmemorial en la India, exactamente lo mismo que millares de años más tarde habría de ordenar el magno yogui Jesús el Cristo a sus discípulos, diciéndoles:

“No aprestéis oro ni plata ni cobre en vuestras bolsas ni alforja para el camino ni dos ropas de vestir ni zapatos ni bordón, porque el obrero digno es de su alimento.

“Mas en cualquier ciudad o aldea donde entrareis, investigad quién sea en ella digno, y reposad allí hasta que salgáis.”

Es evidente que los discípulos de Cristo, los primeros misioneros del cristianismo, aunque no del mundo, pues las misiones fueron instituidas por Buda, habían de recibir el alimento, esto es, la limosna en especie y no en dinero, para mantener su cuerpo, a cambio de la predicación del *reino de los cielos*, o sea del reconocimiento de sí mismo, puesto que según Cristo, de acuerdo con los yoguis, en el interior del hombre está el reino de los cielos.

No les dijo que se torturaran ni que afligie-

sen su cuerpo sino por el contrario que lo ungieran, lo que equivale a que lo asearan cuando ayunasen para no demacrar su rostro.

Tanto en la India como en Avila o en Asís o en cualquier parte del mundo, es yogui quien reconoce la esencial divinidad de su verdadero ser y la esencial unidad de todos los seres como la reconoció sin ser asceta eremítico fray Luis de León; como la reconocieron a pesar del prejuicioso ambiente en que se criaron Santa Teresa y San Juan de la Cruz; como la reconocieron Ramakrishna y su discípulo Vivekananda, autor de la presente obra en que expone los fundamentos y reglas capitales de la Yoga Raja.

En segundo lugar, también se equivocan las enciclopedias al definir la palabra yoga, que no es una filosofía especulativa ni una contemplación mística, sino un *método* de llegar al conocimiento de sí mismo y la consiguiente unión con Dios.

Cuando en los tratados orientales se habla de la filosofía yoga o yoguística, no ha de entenderse que sea un sistema filosófico por el estilo de los de Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Bacon, Descartes, Kant, Hegel, Bergson, James y demás filósofos antiguos y modernos. Nada de eso.

La apropiada denominación fuera *Filosofía de la Yoga*, porque expone lo que de filosófico tiene el *método* de yoga o unión del alma con Dios, como se dice filosofía de la historia o filosofía de la medicina, pues todas las ciencias y artes tienen su filosofía.

Decir que la yoga es una contemplación mística equivale a tomar la parte por el todo sin la elegancia de la sinécdoque, como si dijéramos que el estómago es el cuerpo humano.

La contemplación es una parte del método yoguístico, pero no la yoga, ni tampoco aciertan las enciclopedias al decir que la yoga hace pasar al hombre por *cuatro* grados sucesivos de *perfección*. Ni son cuatro los grados ni hay tal perfección sino a lo sumo *perfeccionamiento*, pues si ya en el primer grado se alcanzara la perfección, holgarían los sucesivos.

Esto demuestra que los definidores enciclopédicos hablan o escriben del arquitrabe al hablar o escribir de la yoga, pues de saber qué es hubieran dicho o escrito que el método de la yoga se diversifica en tres modalidades principales, llamadas también senderos de perfeccionamiento, a saber: el de acción, el de devoción y el de conocimiento, que respectivamente se llaman en sánscrito Yoga Karma, Yoga Bhakti y Yoga Jnani, sobre los cuales

ha publicado Vivekananda otros tantos tratados que figuran en la colección de sus obras. A la unión con Dios, a la Yoga (puesto que *unión* significa literalmente la palabra *yoga*) puede llegarse por la recta acción si a su fruto o provecho se renuncia; por el amor o devoción desinteresada a Dios con pronta disposición a cumplir la divina voluntad, y por el conocimiento de las cosas espirituales.

Así, pues, ¿de qué sirve y cuál es el objeto de la Yoga Raja? El autor lo explica en las siguientes páginas, aunque en términos mejor acomodados a la mentalidad oriental que a la occidental, por lo que creí oportuno añadir unos escolios que esclarezcan en lo posible los puntos algo confusos y den exacto concepto de la Yoga Raja o Yoga Regia, que como la Yoga Hatha no es de por sí un sendero de perfeccionamiento, sino el método de disciplinar la mente, dominarla y valerse de ella como de eficaz instrumento, de la propia suerte que la Yoga Hatha tampoco es de por sí un sendero de perfeccionamiento, sino el método de disciplinar el cuerpo físico, dominarlo y valerse de él como de eficaz instrumento.

Así vemos que la Yoga Hatha tiene por objeto el dominio del cuerpo y la Yoga Raja el dominio de la mente; y la armonía entre am-

bos métodos capacitará a quien por igual domine cuerpo y mente para recorrer fácilmente el sendero de perfeccionamiento que mejor convenga a la índole de su carácter.

La Yoga Raja desenvuelve la naturaleza interna, esto es, favorece y estimula la manifestación de las potencias latentes en el ego o alma humana, vigoriza y al propio tiempo afirma las facultades de la mente, para aplicar todo lo de este modo desenvuelto a la recta acción, al devoto amor o al sabio conocimiento.

En una palabra, la Yoga Raja afina el instrumento mental, y el ego, en uso de su libérrima voluntad, lo puede emplear en el bien, pero también lo puede emplear en el mal.

De aquí que, según advierte Vivekananda, para evitar tan grave peligro es indispensable antes de comenzar la práctica de la Yoga Raja haber dominado la naturaleza inferior, pues sin este requisito valdrá más ni siquiera intentarlo.

FEDERICO CLIMENT TERRER

Toda alma es potencialmente divina. La finalidad de la vida es manifestar, actualizar la divina potencia mediante el gobierno de la naturaleza externa e interna.

La liberación se logra por la acción recta, por la devoción sincera, o por el conocimiento.

Tal es la esencia de la religión. Los dogmas, libros, ritos, templos y ceremonias son pormenores secundarios.

PREFACIO

Desde los albores de la historia se han registrado diversos fenómenos extraordinarios acaecidos entre los seres humanos.

No faltan en modernos tiempos quienes atestigüen la certeza de tales fenómenos, aun en sociedades iluminadas por el resplandor de la ciencia moderna.

La mayoría de testimonios son recusables porque provienen de gentes ignorantes, supersticiosas o fraudulentas.

En muchos casos, los llamados milagros son imitaciones. Pero ¿qué imitan y a quién o qué remedan?

No es signo de sincera y científica mentalidad rechazar de plano una cosa sin la debida investigación.

Los cientistas superficiales, incapaces de explicar los extraordinarios fenómenos psíquicos, no quieren saber nada de ellos; y en consecuencia son todavía más culpables que quienes se figuran que ha de escuchar sus rue-

gos algún ser residente más allá de las nubes y que sus oraciones serán capaces de alterar la marcha del mundo.

A estos últimos los excusa su ignorancia o la falsa educación recibida, que les enseñó a impetrar el auxilio de seres superiores; pero los primeros no pueden alegar válidamente excusa alguna.

Durante millares de años se han investigado y estudiado dichos fenómenos, con el análisis del sentimiento religioso de la humanidad, cuyo resultado práctico ha sido la ciencia de la Yoga Raja que no niega sistemáticamente los fenómenos de difícil explicación, sino que enseña a los superticiosos que los milagros y la respuesta a las oraciones, aunque son hechos auténticos, no se explican atribuyéndolos a la intervención de seres celestiales.

La Yoga Raja declara que todo ser humano es un canal de la infinita sabiduría y del omnímodo poder de la única Realidad.

Enseña la Yoga Raja que las necesidades y los deseos existen en el hombre, así como también existe el poder de satisfacerlos; y cuando se realiza un deseo, se satisface una necesidad o se recibe lo que se pide, es en virtud del infinito poder y sabiduría existentes

de por sí, y no por graciosa otorgación de un ser sobrenatural.

La idea de los seres sobrenaturales podrá actualizar hasta cierto grado la energía potencial del hombre, pero menoscaba su espiritualidad, porque determina la dependencia, suscita el temor y fomenta la superstición hasta degenerar en la horrible creencia en la natural flaqueza del hombre.

Dicen los yoguis que nada hay sobrenatural sino diferentes grados de manifestación. Un grado superior es causa respecto de un grado inferior.

Los grados inferiores o densos de manifestación son perceptibles por los sentidos corporales, pero no los grados superiores o sutiles de manifestación.

La práctica de la Yoga Raja conduce a la percepción de los grados sutiles de manifestación.

Todos los sistemas ortodoxos de la filosofía índica tienen por blanco la liberación del alma por medio del perfeccionamiento.

Los aforismos de Patanjali son la suprema autoridad en lo concerniente a la Yoga Raja.

La primera parte de este libro consta de una serie de conferencias dadas por el autor en Nueva York.

La segunda parte es una traducción libre de los aforismos de Patanjali con sus correspondientes comentarios.

Hemos procurado evitar en todo lo posible los tecnicismos de difícil comprensión y acomodarnos al lenguaje usual de las ordinarias conversaciones.

En la primera parte damos algunas instrucciones relativas a la práctica de la Yoga Raja; pero conviene advertir que *con raras excepciones, la Yoga sólo puede aprenderse debidamente por directo contacto con un instructor.*

El sistema de Patanjali está basado en la filosofía sankhya, aunque con la diferencia de que Patanjali admite la existencia de un Dios individual a que llama Ishvāra, y los sankhyas admiten tan sólo la existencia de dos principios coeternos a que llaman *Purusha* o Espíritu y *Prakriti* o Materia.

Estas diferencias en nada afectan a la substantialidad de la Yoga Raja.

INTRODUCCION

Todos nuestros conocimientos se basan en la experiencia. El conocimiento inferencial con sus dos métodos inductivo y deductivo tiene por base la experiencia.

En las ciencias exactas hallamos la verdad basada en axiomas y postulados que confirma la experiencia de cada ser humano.

El cientista no nos dice que creamos en tal o cual cosa, sino que de sus observaciones y experiencias ha obtenido resultados, y razonando sobre ellos nos invita a creer en sus conclusiones porque están en armonía con las experiencias de la humanidad.

En toda ciencia positiva hay una base común a toda la humanidad, de modo que podemos conocer si son verdaderas o erróneas las inferidas conclusiones.

Ahora bien: ¿tiene también la religión una base común a toda la humanidad? Cabe responder a la par afirmativa y negativamente.

La religión, según se enseña en el mundo entero, se basa en la creencia y en la fe, y en

la mayor parte de los casos consiste en un conjunto de teorías, de lo que provienen las discrepancias entre unas y otras religiones.

Un hombre afirma que un Ser omnipotente gobierna desde más allá de las nubes, el universo entero, y me exige que así lo crea porque él lo afirma.

De la propia suerte, yo puedo tener diferentes ideas y decirles a los demás que las crean, y si me preguntan por qué he de creerlas, no sabré qué responder.

De aquí que la religión y la filosofía estén miradas de soslayo por muchas gentes para quienes la religión es un atadido de teorías sin fundamento comprobable, pues cada secta expone la que se le antoja.

Sin embargo, la religión tiene una base de creencia universal que preside a las diversas teorías y está apoyada por la experiencia de la humanidad.

En primer lugar, si analizamos las diversas religiones del mundo, veremos que pueden clasificarse en dos grandes grupos: las que tienen y las que carecen de sagradas escrituras.

Las que poseen Escrituras o libros sagrados son las más potentes y cuentan con mayor número de fieles.

Las que carecen de libros sagrados cuentan con relativamente escaso número de adherentes y muchas de ellas se han extinguido.

Sin embargo, en todas encontramos la común opinión de que las doctrinas que enseñan son el resultado de las experiencias de determinado personaje.

El cristiano cree que Cristo es la encarnación de Dios, y cree en un solo Dios, en el alma y en la vida futura; y si le preguntamos por qué lo cree así, dirá que porque lo enseñó Cristo.

Pero si vamos a la fuente originaria del cristianismo, veremos que está basado en la experiencia, pues Cristo dijo que veía a Dios, y los discípulos dijeron que percibían a Dios.

Análogamente, el budismo es el resultado de las experiencias de Buda, quien reconoció ciertas verdades y las predicó a las gentes.

También vemos en el induísmo que los sabios, los videntes, llamados en sánscrito *ris-his* experimentaron ciertas verdades y las predicaron o expusieron públicamente.

Así resulta que todas las religiones del mundo se han fundado en la directa experiencia personal, en la base de todo conocimiento humano.

Los instructores vieron a Dios, vieron sus

propias almas, conocieron su porvenir, la eternidad de su ser, y lo que vieron predicaron.

Sin embargo, los escépticos dicen que en nuestro tiempo no son posibles tales experiencias, pues únicamente fueron capaces de ellas los instructores que fundaron las respectivas religiones.

Añaden que ya no hay ni nadie tiene semejantes experiencias; pero contra esta negativa se levanta la consideración de que toda experiencia humana, en cualquier rama de conocimiento, si ha sido posible millares de veces antes de una época dada, habrá de ser posible también durante dicha época y posteriormente, es decir, en todo tiempo, pues según las leyes de la Naturaleza lo que una vez sucede puede repetirse.

Por lo tanto, los instructores de la ciencia de la Yoga afirman que la religión no sólo está basada en la experiencia sino que nadie puede ser genuinamente religioso hasta que recibe las mismas experiencias fundamentales de la religión y percibe directamente las verdades espirituales.

Yoga es la ciencia que enseña a percibir las, y de nada sirve hablar de religión mientras no se perciban.

¿Por qué hay tantas enemistades y luchas en el nombre de Dios? Se ha derramado más sangre en el nombre de Dios que por cualquiera otra causa, porque las gentes nunca recurrieron al manantial de la religión, y se contentaron con asentir mentalmente a las prácticas religiosas de sus padres, imitándolas por rutinaria costumbre y pretendieron que todos hiciesen lo mismo.

¿Con qué razón ni derecho puede decir un hombre que tiene alma y que hay Dios si directamente no los ha percibido?

Si hay Dios hemos de verle; si hay alma debemos percibirla, pues de lo contrario, mejor será la incredulidad. Vale más declararse francamente ateo, que disfrazarse con hipócrita máscara de religión.

Hoy día tenemos por una parte los escépticos, para quienes todo cuanto a la religión y a la filosofía se refiere son vanas especulaciones metafísicas; y por otra parte los creyentes rutinarios, a quienes la religión y la filosofía les parecen castillos en el aire, pero muy valiosos para beneficiar a las gentes, que si creen en Dios serán buenas por esperanza de premio o no serán malas por temor de castigo.

No vituperamos a quienes mantienen seme-

jantes ideas, pues se limitan a enseñar la creencia en una perpetua e insubstancial jerigonza, a vivir de puras palabras.

Pero no es posible vivir de palabras, porque la naturaleza humana necesita conocer la verdad y prácticamente experimentarla.

Dicen los Vedas, que todo lo obscuro se ilumina y todo lo torcido se endereza cuando el hombre reconoce y practica la verdad y la experimenta en su interior.

Reza el texto:

“¡Oh!, vosotros, hijos de la mortalidad, y también los que moráis en la superior esfera, sabed que para librarse de esta obscuridad no hay otro remedio que percibir al Ser que trasciende las tinieblas.”

La ciencia de la Yoga Raja expone un método práctico de alcanzar esta verdad.

Toda ciencia tiene su peculiar método de investigación. Quien quiera estudiar astronomía, no aprenderá jamás esta ciencia si se contrae a nombrarla.

Lo mismo sucede con la química y demás ciencias. Se ha de seguir un método apropiado para dominarlas.

El químico en el laboratorio, mezcla, combina, descompone y somete a experimentación diversas sustancias, y de sus observaciones

y experimentos obtiene el conocimiento de la química.

Para ser astrónomo es preciso ir a un observatorio y manejar el telescopio para estudiar los astros.

Cada ciencia ha de tener sus peculiares métodos.

Millares de sermones no harán a nadie sinceramente religioso. Ha de practicar el método peculiar de la ciencia de la religión. Este método es la Yoga Raja.

Hay verdades comunes a todos los sabios de todos los países y de todas las épocas, verdades enunciadas por hombres puros e inequívocos cuyo único motivo era el deseo de beneficiar al mundo.

Todos afirmaron que habían percibido algo superior a lo que está al alcance de los sentidos físicos y nos invitaban a comprobarlo, empleando para ello el método a propósito; y si así no percibimos la superior verdad, tendremos derecho a negarla; pero sin haber empleado el método señalado por los instructores, no procederemos cuerdamente si negamos la veracidad de sus afirmaciones.

Así es que debemos actuar fielmente de conformidad con los métodos prescritos y nos iluminará la luz.

Para adquirir conocimientos nos valemos de generalizaciones basadas en la observación.

Primero observamos los hechos, después generalizamos e inferimos conclusiones o principios. El conocimiento de la mente, de la íntima naturaleza del hombre, del pensamiento, no se puede adquirir hasta observar los fenómenos que ocurren en nuestro interior.

Es relativamente fácil observar los fenómenos del mundo externo, pues se han inventado al efecto muchos instrumentos, pero no disponemos de instrumento material alguno para observar el mundo interno; y sin embargo, no hay más remedio que observarlo para verdaderamente conocerlo.

Sin el debido análisis, no fuera posible ciencia alguna, pues quedara en vana teoría, y por esto desde siempre han discutido entre sí los psicólogos, excepto quienes encontraron medios de observación.

La ciencia de la Yoga Raja se propone en primer término proporcionarnos el medio de observar el mundo interno.

El instrumento es la mente. La facultad de atención, acertadamente guiada y dirigida hacia el mundo interno, analizará la mente y descubrirá su actuación, porque las facultades

des mentales en su ordinario estado son como dispersos rayos de sol, mientras que cuando se concentran nos iluminan.

Tal es nuestro único medio de conocimiento, y todos lo empleamos tanto para conocer el mundo externo como el interno; pero el psicólogo ha de observar el mundo interno con tanta escrupulosidad como el investigador científico observa el mundo externo, lo cual requiere prolongada práctica.

Desde la niñez estamos acostumbrados a fijar la atención en las cosas externas y nunca en las internas, por lo que se nos atrofia o poco menos la facultad de observar el mundo interno.

Ardua y difícil tarea es apartar la mente de todas las cosas exteriores e introvertirla de modo que concentre todas sus facultades en sí misma para conocer analíticamente su naturaleza; pero no hay otro medio de llegar al conocimiento de sí mismo.

¿De qué sirve este conocimiento? En primer lugar no hay mayor recompensa del esfuerzo mental que el conocimiento de sí mismo, y en segundo lugar es sumamente provechoso este conocimiento porque nos libra de toda aflicción.

Cuando por introversión se encuentra el

hombre cara a cara, por decirlo así, con algo indestructible, esencialmente eterno, puro y perfecto, ya no puede ser infeliz ni miserable.

Toda aflicción proviene del temor y de la imposibilidad de satisfacer los deseos; pero cuando el hombre reconoce que en realidad es inmortal, ya no teme a la muerte; cuando reconoce que es esencialmente perfecto, desecha y repudia todo vano deseo, y por tanto queda libre de aflicción, y aun en esta misma vida terrena goza de completa paz.

El único método de adquirir este conocimiento es la concentración.

El químico en el laboratorio enfoca todas las energías de su mente en un sólo punto, en las substancias que analiza, y así descubre sus secretos.

Cuanto más intensamente se concentren las facultades mentales en el objeto de estudio, mayormente lo conoceremos.

Todos los conocimientos que hoy posee el hombre los adquirió por concentración de las facultades de la mente.

La naturaleza está dispuesta a revelarnos sus secretos con tal que acertemos a preguntárselos, y la eficacia de la pregunta estriba en la concentración.

El poder de la mente humana es indefinido,

y se acrecienta proporcionalmente a la intensidad de la concentración.

Es muy fácil concentrar la mente en un objeto externo, pues está acostumbrada a dirigirse al exterior; pero no es tan fácil concentrarla sobre sí misma para observar el mundo interno en los puntos relativos a la religión, la psicología o la metafísica, cuando el sujeto se identifica con el objeto.

El sujeto es el Yo que por medio de la mente se examina a sí mismo y el objeto es el mismo Yo.

Tiene la mente una facultad llamada reflexión, entre cuyas características se cuenta la manifestada en el fenómeno psicológico de que cuando hablamos con alguien, parece como si al propio tiempo fuéramos locutor y oyente de lo que decimos.

Pensamos y actuamos en determinado sentido, y al propio tiempo que actores somos testigos de nuestra obra.

Se han de concentrar en sí misma, esto es, en el Yo, las facultades de la mente, y así como los lugares oscuros revelan sus secretos ante los penetrantes rayos del sol, así la mente concentrada penetrará sus más íntimos secretos.

De esta suerte llegaremos al fundamento de

la creencia, a la verdadera y genuina religión, y percibiremos por nosotros mismos si tenemos alma, si la vida es temporánea o eterna, si hay o no Dios.

Todas estas cosas se nos revelarán, y esto es lo que se propone enseñar la Yoga Raja, y la finalidad de sus enseñanzas es el modo de concentrar la mente para descubrir la intimidad de nuestro ser, y generalizar después lo descubierto e inferir de ello acertadas conclusiones.

Por lo tanto, la Yoga Raja no le pregunta a nadie si es deísta o ateo, cristiano o judío, budista o induísta, musulmán o jaino. Le basta y sobra con que sea un ser humano, pues todos sin distinción de creencias tenemos el derecho y la posibilidad de escrutar en nuestro interior las verdades cuya razón no hallamos en el mundo exterior.

Así vemos que para estudiar y practicar la Yoga Raja no se necesita determinada creencia religiosa, pues cada cual ha de hallar por sí mismo la verdad en que fundamente su creencia.

La verdad no necesita puntales que la sostengan. Lo que observamos en conciencia vígilica no necesita otra prueba que su directa percepción.

El estudio de la Yoga Raja requiere largo tiempo y constante práctica, de la que parte es física, pero la mayor y más importante es mental.

Sabido es que la mente y el cuerpo están en íntima relación, en incesante interdependencia, de modo que reaccionan una en otro, y si el cuerpo enferma repercute su estado morboso en la mente, mientras que si el cuerpo está sano también lo está la mente.

Cuando el individuo se encoleriza se perturba la mente, y cuando se perturba la mente repercute la turbación en el cuerpo. Así nos lo enseña la experiencia de la vida.

En la mayoría de la humanidad, la mente está subordinada al cuerpo, porque todavía es escaso su desarrollo, y las masas gregarias no aventajan en muchos grados a los animales, y no es muy superior su poder de dominarse.

Así es que para alcanzar el dominio de cuerpo y mente, debemos primero dominar el cuerpo y después proceder al de la mente para gobernarla y regirla a voluntad y concentrar sus facultades donde nos convenga.

Según la Yoga Raja, el mundo externo es la densa concreción del mundo mental.

Lo sutil es siempre causa de lo denso. Así

el mundo externo es el efecto y el mundo interno la causa.

De la propia suerte las fuerzas operantes en el mundo externo son el aspecto grosero de las sutiles fuerzas del mundo interno.

Quien logre descubrir y dominar las sutiles fuerzas interiores dominará también las fuerzas de la naturaleza externa.

El yogui se propone nada menos que adquirir el dominio de la Naturaleza, trascender las que llamamos leyes naturales de modo que no le afecten y sea dueño de ambos mundos externo e interno.

El adelanto de la civilización humana proviene precisamente del cada vez mayor dominio del hombre sobre la Naturaleza.

Así como hay quienes prefieren dominar el mundo interno y otros el externo, esta preferencia se nota lo mismo que entre los individuos, entre las naciones, pues unos dicen que al dominar la naturaleza interna, lo dominamos todo; y otros, por el contrario, afirman que de todo nos da el dominio el de la naturaleza externa.

En realidad, ambos tienen razón, porque en la Naturaleza no hay tal división de externa e interna. Son ficticias limitaciones que nunca existieron.

Los externalistas y los internalistas se encontrarán en el mismo punto cuando alcancen el extremo límite de su conocimiento.

De la propia suerte que el físico, cuando llega al extremo límite su conocimiento de los fenómenos físicos se encuentra con los metafísicos, así el metafísico, cuando apura toda su investigación encuentra que la mente y la materia son aspectos distintos de una sola Substancia.

El fin y objeto de toda ciencia es hallar la Unidad de que por manifestación deriva la diversa multiplicidad.

La Yoga Raja expone el método de estudiar la naturaleza interna y una vez dominada lo quedará también en consecuencia la naturaleza externa.

Esta empresa es antiquísima, y aunque en India estuvo siempre el más poderoso baluarte de la Yoga Raja, también tuvo sus ejercitantes en otros países.

En Occidente se le ha llamado misticismo a la Yoga Raja, y muchos de los que intentaron practicarla independientemente de los dogmatismos religiosos, murieron en la hoguera o en el tormento acusados de hechicería.

Por diversas razones, la Yoga Raja cayó en India en manos de gentes inescrupulosas que

corrompieron el noventa por ciento de su virtualidad y quisieron hacer un profundo secreto de lo restante.

En tiempos modernos, muchos llamados instructores son peores que los falsos de la India, porque al menos éstos sabían algo de la Yoga Raja, mientras que aquéllos no saben ni media palabra.

Todo cuanto se nos presenta como secreto y misterioso en la Yoga Raja debe desecharse resueltamente.

La mejor guía de la vida es la fortaleza, y en religión, como en cualquier otro asunto, se ha de repudiar cuanto amenace debilitarnos, y los que trafican con el misterio corrompen la magna ciencia de la Yoga en todas sus genuinas modalidades.

Desde la época en que se estableció el sistema de la Yoga, hace más de cuatro mil años, estuvo perfectamente delineado y enseñado en India.

Es evidente que cuanto más moderno es el comentador, en mayores errores incurre, mientras que cuanto más antiguo, más razonable se muestra.

La mayoría de los modernos tratadistas han hecho de la Yoga algo interior y secreto, en vez de iluminarla con las luces de la razón;

y obraron de esta suerte con el propósito de monopolizar los poderes psíquicos.

No he de revelar misterio alguno, sino tan sólo exponer cuanto sé y razonarlo según entienda; pero respecto de lo que no sé, me he de limitar a exponer lo que dicen los libros.

Muy nocivo es creer ciegamente. Conviene hacer uso de la razón y del juicio y practicar el método para ver si son o no verdaderas las cosas que anuncia, exactamente lo mismo que se hace en el estudio de cualquiera otra ciencia, pues no hay misterio ni peligro en la práctica de la Yoga y se puede predicar y enseñar en la plaza pública y a la luz del día. Cualquier intento de mixtificantes cosas acarrearía gravísimos peligros.

Antes de entrar de lleno en el estudio de la Yoga Raja, conviene bosquejar la filosofía sankhya en que se funda la Yoga Raja.

Según la filosofía sankhya, las impresiones de los objetos exteriores llegan por conducto de los órganos de sensación o sentidos corporales a los correspondientes centros del cerebro, de donde se transmiten a la mente y de ella a la facultad determinativa que las transmite a *Purusha* o sea el alma, el Yo, que percibe las impresiones, y da la correspondiente respuesta en forma de orden a los centros ner-

viosos para que procedan en consecuencia a la correspondiente acción u omisión.

Para los sankhyas, todo el mundo externo y las envolturas, cuerpos o vehículos del hombre son materiales, y dan el nombre genérico de *Prakriti* a la materia o substancia de que están constituídos, pero hay diversos grados de densidad de esta materia, y la materia mental que constituye la mente es de grado muy sutil.

Lo único inmaterial, según la filosofía sankhya, es el espíritu, a que llaman *Purusha* y hay tantos *purushas* como seres vivientes.

Por lo tanto, entre la materia mental y la materia física sólo hay diferencia de grado de densidad.

La mente es el instrumento por cuyo medio percibe purusha los objetos externos, y es variable, inconstante y mudable; pero una vez disciplinada, puede concentrarse en uno o más sentidos o abstraerse de todos ellos.

Por ejemplo, quien presta profunda atención a las campanadas de un reloj de torre, no percibirá nada con la vista aunque tenga los ojos abiertos, porque la mente se concentra del todo en el oído.

Pero la mente disciplinada puede concentrarse a un mismo tiempo en todos los órga-

nos de sensación y tiene la reflexiva facultad de concentrarse en sí misma.

El yogui aspira a actualizar esta reflexiva facultad y a concentrar la mente en sí misma para conocer lo que ocurre en su interior.

No hay en esto cuestión de creencia. Es el análisis que de sí mismos efectuaron los yoguis.

Los modernos fisiólogos nos dicen que los ojos no son el órgano de la visión, sino que este órgano es un centro cerebral, y lo mismo dijeron siglos antes los filósofos sankhyas. Así coincide la fisiología moderna con la afirmación de la antigua filosofía. Más allá se extiende el campo de investigación de la Yoga Raja.

El yogui se propone alcanzar este grado de percepción en que se da cuenta de los diversos estados o actitudes de la mente.

Se ha de percibir el tránsito de la sensación, cómo la recibe la mente y la transmite a la facultad determinativa que a su vez la transfiere a purusha.

Como todas las ciencias, la Yoga Raja requiere cierta preparación y tiene su peculiar método a que ha de sujetarse quien anhele comprenderla.

Se necesita cierta disciplina en el régimen

dietético, de modo que los alimentos favorezcan la pureza mental.

En una colección zoológica vemos que los corpulentos elefantes están sosegados y son pacíficos, mientras que los leones, tigres y demás fieras están en continua agitación. La diferencia proviene de que el elefante es vegetariano y las fieras son carnívoras.

La energía de nuestro cuerpo dimana de la transmutación de los manjares que nos sirven de alimento.

El ayuno debilita las fuerzas físicas y al cabo de algunos días de ayuno se debilitan también las mentales, empezando por la memoria, hasta llegar a un punto en que el individuo es incapaz de pensar.

Por lo tanto, al emprender la práctica de la Yoga Raja se ha de tener mucho cuidado con el régimen dietético; pero cuando ya esté algo adelantada la práctica, no se ha de ser tan escrupuloso en este respecto.

Mientras crece la planta se la ha de cercar para resguardarla de posibles daños; pero cuando ya hecha árbol, se le quitan los rodri-gones, porque es bastante fuerte para resistir todo ataque.

El yogui ha de evitar los extremos de molición y austeridad. No debe ayunar ni mortifi-

ficar el cuerpo, pues según el Bhagavad Gita, tan incapaces de llegar a yoguis son los que en demasía comen, duermen y trabajan como los que en exceso ayunan, velan y vagan.

El cuerpo, simbolizado en la carne por los moralistas occidentales, no es de por sí un enemigo del alma, sino su instrumento de manifestación en el mundo objetivo; y así no se le ha de torturar como el escultor no estropearía su cincel ni el escritor su pluma.

Por el contrario, se le ha de dominar por la acción de la voluntad y no de la violencia.

CAPÍTULO PRIMERO

LAS PRIMERAS ETAPAS

La Yoga Raja se divide en ocho etapas, grados o trechos del sendero, conviene a saber:

- 1.º Yama.
- 2.º Niyama.
- 3.º Asana.
- 4.º Prânâyâma.
- 5.º Pratyâhâra.
- 6.º Dhâranâ.
- 7.º Dhyâna.
- 8.º Samâdhi.

Yama consiste en no matar ni hurtar ni mentir ni fornicar y no recibir dádivas.

Niyama equivale a la pureza, contento, rectitud, estudio y completa entrega a Dios.

Asana es la posición o postura corporal en que se ha de colocar el ejercitante.

Prânâyâma es el gobierno o regulación del aliento.

Pratyâhâra es el desasimiento de los sentidos de los objetos de sensación.

Dhâranâ consiste en fijar la mente en determinado objeto.

Dhyâna equivale a meditación.

Samâdhi es el éxtasis o estado de superconciencia.

Yama y Niyama son disciplinas morales sin cuyo perfecto dominio es inútil y aun perjudicial entregarse a las prácticas de la Yoga Raja.

Una vez establecidas firmemente Yama y Niyama, podrá el ejercitante obtener algún fruto de la práctica, pero sin ellas no obtendrá resultado positivo.

El ejercitante no ha de dañar absolutamente a nadie, ni hombre ni animal ni vegetal ni mineral por pensamiento, palabra u obra.

Para llegar a los grados superiores se requieren ciertos ejercicios físicos y mentales cotidianamente practicados, por lo que es necesario colocarse en una postura que pueda soportarse sin fatiga largo rato.

Desde luego que no es posible indicar determinada postura para todos los ejercitantes, pues la que para unos sea cómoda para otros será incómoda, y así cada cual ha de asumir la que mejor le convenga para mantenerse en

ella sin molestia todo el tiempo que dure el ejercicio.

Las corrientes nerviosas han de tomar nueva dirección y se establecerá una nueva tónica vibratoria, de modo que se transmutará toda la constitución física.

La mayor parte de la actividad se situará en la columna vertebral, por lo que la única condición indispensable en la postura que se adopte, ha de ser que pecho, cuello y cabeza se mantengan erguidos en línea recta sin desviar en lo más mínimo la columna vertebral y dejando que el peso del tronco recaiga en las costillas.

No es posible tener muy nobles pensamientos con el pecho hundido y la cabeza gacha. Este grado de la Yoga Raja es algo semejante a la Yoga Hatha que trata especialmente de la salud y vigor del cuerpo físico.

No hemos de referirnos para nada a la Yoga Hatha en este libro, porque sus prácticas son muy difíciles y no pueden aprenderse en un día ni propenden al perfeccionamiento espiritual.

La práctica o ejercicio llamado de la purificación de los nervios está repudiada por algunos tratadistas que no la consideran propia de la Yoga Raja; pero una tan prestigio-

sa autoridad como Sankara la admite y aconseja en sus comentarios al upanishad Svetasvatara, en los siguientes términos:

"Cuando Prânâyâma elimina toda escoria de la mente, se fija en Brahmán. Primero se han de purificar los nervios y después se puede practicar la prânâyâma. Al efecto, se tapa la ventanilla derecha de la nariz con el pulgar y se inspira el aire por la ventanilla izquierda, y sin interrupción se tapa con el pulgar la ventanilla izquierda para espirar el aire por la derecha. Luego se tapa la ventanilla derecha para inspirar por la izquierda y espirar por la derecha tapando la izquierda.

"Se repite alternativamente este ejercicio unas cinco veces en las siguientes horas del día: antes del alba, al mediodía, al ponerse el sol, y a medianoche.

"Al cabo de un mes de continuada práctica respiratoria están purificados los nervios y puede procederse al ejercicio del prânâyâma."

La práctica es absolutamente necesaria. Por mucho que se oiga o se lea acerca de la Yoga Raja, no se adelantará un paso sin la práctica.

Nunca se aprende bien una cosa hasta que personalmente se experimenta, y las teorías por sí solas más bien entorpecen que estimulan la práctica.

La primera dificultad con que tropieza la práctica de la Yoga Raja es un cuerpo enfermizo, pues sin cabal salud será en vano intentar la práctica; y así conviene tener mucho cuidado con el régimen alimenticio y cumplir rigurosamente las leyes de la higiene física y mental, sin olvidar que la salud es uno de los medios de llegar al fin. Si la salud fuese el fin retrocederíamos al reino animal, etapa en que la mente es embrionaria e instintiva.

La segunda dificultad es la duda. Siempre dudamos de lo que no vemos. El hombre no puede confiar en meras palabras por mucho que se esfuerce; y así, quien por vez primera oye hablar de la práctica de la Yoga Raja, duda de la verdad de lo que se le dice; pero si emprende los ejercicios no tardará en recibir un vislumbre de la verdad que le aliente y estimule a proseguirlos con esperanza de venturoso éxito.

Dice un comentador de la filosofía yoguista:

"Cuando el ejercitante obtenga una prueba por débil que sea, despertará su fe en las enseñanzas de la Yoga."

Después de algunos meses de perseverante práctica, notará el ejercitante que puede leer el pensamiento ajeno en forma de imágenes mentales; y acaso oiga algo de lo que otros

hablen en diferentes lugares, si concentra la mente con deseo de oír.

Percibirá el ejercitante todos estos vislumbres poco a poco y en corta medida al principio, aunque lo bastante para infundirle fe, fortaleza y esperanza.

Si concentra el ejercitante la mente en la punta de la nariz, al cabo de algunos días de perseverar en este ejercicio, percibirá fragantes olores en prueba de que es posible recibir sensaciones sin mediación de los órganos físicos.

Sin embargo, se ha de tener en cuenta que todas estas cosas, al parecer sobrenaturales y maravillosas, no son en modo alguno la finalidad sino los medios de la Yoga Raja, pues la finalidad es la liberación del alma de la rueda de muertes y nacimientos, con el absoluto dominio de la materia.

Hemos de ser dueños y no esclavos de la naturaleza material. Ni el cuerpo ni la mente han de dominarnos, pues el cuerpo es nuestro y no somos del cuerpo.

Refiere la leyenda que una vez acudieron un deva y un demonio a un sabio para que les enseñara cuál era la naturaleza del Ser.

Ambos estudiaron largo tiempo con el sabio, quien al fin les dijo:

— Vosotros mismos sois el Ser que andáis buscando.

El deva y el demonio creyeron que sus cuerpos eran el verdadero Ser a que el sabio se refería, y ambos se restituyeron a sus respectivas esferas, muy satisfechos, y dijeron a sus compañeros:

— Hemos aprendido todo cuanto había que aprender. Comamos, bebamos y holguémonos. Somos el Ser y nada hay más allá de nosotros mismos.

El demonio era por naturaleza ignorante, de mente oscura, y sin ulterior investigación permaneció satisfecho con la idea de que el cuerpo era su verdadero ser.

Pero la naturaleza del deva era pura, y aunque al principio cometió el error de identificarse con su cuerpo y entregarse a todo linaje de goces, no tardó en conjeturar que no se había referido su sabio instructor al cuerpo, al decirles que ellos mismos eran el Ser que andaban buscando, sino que debía de ser algo superior.

En consecuencia, recurrió de nuevo al sabio y le dijo:

— Señor; me enseñaste que este mi cuerpo era el verdadero Ser; pero yo veo que todos los cuerpos mueren, y el Ser no puede morir.

El sabio le respondió:

— Conócete a ti mismo. Tú eres Aquello.

El deva regresó a su esfera creído de que la mente era el Ser; pero no tardó en observar que los pensamientos eran variables, unas veces buenos, otras malos, y que la mente era demasiado voluble e inconstante para que fuera el Ser.

El deva recurrió de nuevo al sabio y le dijo:

— Señor; no creo que la mente sea el Ser.

¿Me dijiste que lo es?

El sabio repuso:

— No te dije tal. Conócete a ti mismo. Tú eres Aquello.

El deva regresó a su esfera y al fin reconoció que era el Ser más allá del cuerpo y de la mente.

Así supo el deva que el espíritu, el verdadero Ser es eterno, sin nacimiento ni muerte, que ni espada le hiere ni agua le moja ni fuego le abrasa ni aire le orea; que es infinito, omnisciente, intangible, omnipotente y trasciende al cuerpo y a la mente.

De esta suerte quedó satisfecho, mientras que el pobre demonio no llegó a conocer la verdad por su ciega afición al cuerpo.

En este mundo hay muchos cuya naturaleza es semejante a la del demonio de la leyenda,

pero también hay algunos de la naturaleza del deva.

Si alguien enseña el modo de acrecentar la posibilidad de goces corporales, acudirán muchísimos a escucharle, pero si se propone mostrar la senda que conduce a la meta suprema, tendrá escasos oyentes.

Pocos son los capaces de comprender las cosas espirituales y menos todavía los que tienen paciencia para alcanzarlas; pero hay algunos que saben que aun si el cuerpo viviese mil años el resultado final sería el mismo.

El cuerpo físico cambia lenta e incesantemente y nadie es capaz de impedir ni por un momento esta alteración de su cuerpo, que sin remedio ha de desintegrarse cuando cesen las fuerzas que lo mantienen.

Dice el texto:

“Como sin cesar se mudan las aguas de un río, así se muda el cuerpo.”

Sin embargo, se ha de conservar sano y robusto el cuerpo, porque es el mejor instrumento de que disponemos.

El ser humano supera a todos los de la creación, y aun los devas han de pasar por el reino humano para alcanzar la liberación, pues no la pueden alcanzar como devas.

Dicen los judíos y los mahometanos que el

hombre fué la corona de la creación, pues lo creó Dios después de haber creado a los ángeles y a los animales, y después de crearlo, les mandó a los ángeles que lo saludaran, y todos obedecieron menos Iblis, a quien Dios maldijo y se trocó en Satanás.

Esta alegoría encubre la verdad de que no cabe mayor nacimiento que el en cuerpo humano.

En la materia constitutiva del cuerpo de los animales predomina la de índole tamásica, y así es que no pueden tener nobles pensamientos.

En la materia constitutiva del cuerpo de los devas predomina la de índole sátvica, por lo que no pueden tener malos pensamientos.

Pero como la liberación es el fruto de la victoria de la naturaleza superior sobre la inferior, y en los animales predomina la inferior y en los devas la superior, necesario es que animales y devas pasen por el reino humano en el que se entabla con fuerzas relativamente iguales la lucha entre la naturaleza superior y la inferior, cuyo final resultado ha de ser la liberación.

En la sociedad humana vemos también que la opulencia por un extremo y la indigencia por otro son impedimentos en el sen-

dero de perfección. El término medio es siempre el mejor.

El ejercicio llamado prânâyâma tiene por objeto la regulación y dominio del aliento respiratorio.

El aliento es como el volante de la máquina corporal. En las máquinas de vapor, el volante almacena y regula la energía mecánica y fuerza motora en que se transmutó la calorífica empleada en la producción del vapor de agua que mueve el émbolo que a su vez hace girar el volante, cuyo movimiento se transmite uniformemente a todas las máquinas herramientas.

De la propia suerte, el aliento es en el mecanismo humano el volante que proporciona la fuerza motora a todos los órganos del cuerpo.

En tiempos antiguos cayó en desgracia el favorito de un poderoso monarca, quien lo condenó a prisión perpetua en lo alto de una torre.

Pero la fiel esposa del ministro caído se dió traza para ponerse de noche al habla con su marido y preguntarle qué podría hacer para salvarle.

El preso le respondió que a la noche siguiente volviera al pie de la torre con una lar-

ga cuerda, un trozo de hilo de empalomar, otro de bramante, un hilo muy largo de seda, un escarabajo y un poco de miel.

Aunque muy extrañada de semejante encargo, la fiel esposa compareció a la noche siguiente al pie de la torre, provista de todo cuanto le había pedido su cónyuge, quien le dijo que atara firmemente el hilo de seda al escarabajo cuyas antenas había de untar con miel, y que lo colocara sobre la pared de la torre en dirección hacia arriba.

El escarabajo, querencioso de la miel anduvo lentamente por la pared de la torre hasta lo alto, en donde el preso se apoderó del hilo de seda, y le dijo a su mujer que lo atara por el otro extremo al hilo de empalomar del que también se apoderó, repitiendo sucesivamente el procedimiento con el bramante y por último con la cuerda, que le sirvió para descollarse de la torre y escapar.

Así puede compararse en nuestro cuerpo el aliento al hilo de seda que facilita la función de los nervios, después la de la mente y, por último, la de prana, cuyo dominio nos confiere la liberación.

No conocemos ni podemos conocer gran cosa acerca de nuestro cuerpo, a pesar de las autopsias y las vivisecciones, porque nuestra

atención no acierta a discernir los delicados movimientos que se operan en nuestro organismo corporal.

Sólo seremos capaces de observar estos movimientos cuando la mente se sutilice lo bastante para penetrar en las profundidades de la vida orgánica.

Para percibir lo sutil hemos de empezar por percibir lo denso y dominar la prana o fuerza motora del organismo, y la más notoria manifestación de esta fuerza es el aliento respiratorio.

Así, junto con el aliento podremos entrar en el cuerpo y observar las corrientes nerviosas que circulan por todo el organismo.

Estas corrientes nerviosas mueven la mente; y por lo tanto, dominando la prana o energía vital, seremos capaces de dominar cuerpo y mente.

El dominio de la prana se logra por medio del prânâyâma, cuyo ejercicio requiere varias lecciones prácticas, porque el razonamiento no nos dará la prueba que hemos de experimentar personalmente.

Tan pronto como el ejercitante note la actuación de las corrientes nerviosas, se le desvanecerá toda duda y proseguirá el ejercicio completamente seguro de su éxito final.

Se ha de practicar el ejercicio por lo menos dos veces al día, una por la mañana al levantarse y otra por la noche antes de acostarse, o mejor en los crepúsculos matutino y vespertino, que son las horas de mayor tranquilidad y calma.

Se han de practicar los ejercicios antes de almorzar y de cenar, cuando el estómago esté libre y se note apetito.

Quienes se hallen en favorables condiciones para el caso, harán bien en destinar un aposento especial para la práctica de la Yoga Raja, el que no ha de servir de dormitorio, sino respetarlo como lugar sagrado, embellecido con flores, y no entrar allí sin estar del todo limpios de cuerpo y mente.

También se puede adornar este aposento con hermosos cuadros de asunto enaltecedor y quemar incienso antes del ejercicio.

Sólo se ha de permitir la entrada a quienes estén mentalmente armonizados con el ejercitante.

De esta suerte se irá formando en el aposento una atmósfera de santidad que calmará las agitaciones siniestras del ánimo.

Tal fué el origen de los templos, iglesias, mezquitas, pagodas, sinagogas y demás lugares de oración, cuyas paredes están impreg-

nadas de los devotos effluvios de los fieles, aunque hoy día está profanada la santidad de estos lugares.

Quienes no dispongan de un aposento a propósito en su casa, practicarán el ejercicio en un paraje incontaminado, lejos del bullicio de las gentes, donde no haya animales salvajes ni nada que amenace perturbar al ejercitante.

Sentado en cómoda postura, con el pecho, cuello y cabeza erguidos, se empezará el ejercicio con un saludo de paz y amor enviado en corriente mental a todos los seres de la creación, diciendo para sí:

“Felicidad deseo a todos los seres. Paz a todos los seres. Bienaventuranza a todos los seres.

Se ha de dirigir sucesivamente el pensamiento a los cuatro puntos cardinales, y con cuanta mayor unción se envíen estos armónicos pensamientos en mejor actitud se colocará el ejercitante, y advertirá que el más expedito modo de lograr la salud y la dicha es el de procurárselas a los demás porque todos los seres del universo constituyen una sola unidad.

Quienes crean en Dios deben después de levantar su corazón a Él, pero no para pedirle riqueza ni salud ni la gloria eterna, sino tan

sólo conocimiento e iluminación, pues todas las demás peticiones son egoístas.

En seguida ha de convertir el ejercitante la mente hacia su cuerpo, considerándolo sano y robusto, y que es el mejor instrumento de que dispone para cruzar el mar de la vida.

Los débiles no alcanzan la liberación. Así es necesario desechar todo pensamiento de flaqueza, y tener confianza propia, con la absoluta seguridad del feliz resultado del ejercicio.

CAPÍTULO II

PRANA

Prânâyâma significa literalmente el dominio de la prana; y por tanto, los ejercicios de respiración son uno de los varios medios de llegar al dominio de la prana.

Según los filósofos de India, el universo está constituido de akasa y prana, que traducido al lenguaje occidental equivalen a materia y energía.

La akasa es la materia primordial que en sucesivas condensaciones se plasma en los estados etéreo, gaseoso, líquido y sólido que constituyen todas las formas del universo, desde el átomo al sol.

En el principio del universo sólo existía la materia homogénea e indiferenciada, la akasa; y al fin del ciclo actual de evolución todas las formas se desvanecerán para resolverse en el primordial estado de akasa.

Por otra parte, prana es la primordial y

única energía del universo, que se manifiesta en las diversas modalidades de pensamiento, electricidad, fuerza vital, luz, calor, magnetismo, atracción, cohesión, afinidad, sonido y movimiento, según la tónica de vibración.

En el principio del universo no había más que esta energía primordial, y al fin del ciclo todas las modalidades de energía se resolverán en su originario estado de prana.

De la acción de prana en akasa provienen todas las formas del universo, y según la modalidad de prana así es la modalidad de akasa.

En consecuencia, si el hombre llegara a dominar en absoluto la energía pránica, sería capaz de dominar el universo todo; pero el poder del hombre sólo alcanza a un relativo dominio de la energía pránica que le permite realizar obras que al común de las gentes les parecen milagrosas.

Una característica de la mentalidad índica es que siempre investiga hasta llegar a la más completa generalización posible, dejando para más tarde el examen de los pormenores.

Preguntan los Vedas: "¿Qué es lo que una vez conocido, se conoce todo?"

Así, todo cuanto se ha dicho y escrito en punto a filosofía, tuvo por objeto conocer lo que una vez conocido, se conoce todo.

Si el hombre hubiese de llegar al conocimiento del universo por el particular estudio de cada uno de sus pormenores, necesitaría emplear infinidad de tiempo y aun no lograría conocerlos todos.

¿Cómo podrá entonces conocer el universo por medio de los pormenores?

El yogui dice que tras la manifestación de los particulares se oculta una generalización, tras la variedad y la multiplicidad está la esencial unidad, de suerte que quien sea capaz de conocer la esencial unidad conocerá la diversidad o sea el universo.

Por lo tanto, si todas las modalidades de energía se compendian en la única energía universal llamada prana, quien domine prana dominará todas las modalidades de energía, incluso la energía vital de su cuerpo y la mental de su mente.

La finalidad de prânâyâma es el dominio de la energía pránica, que requiere prolongada y perseverante práctica, para ir adquiriendo por grados tan difícil dominio.

Se ha de empezar por el dominio de la energía del cuerpo y de la energía de la mente, pues lo más cercano e inmediato al hombre son su cuerpo y mente.

Algunas sectas, como los mentalistas, los

cristianos científicos, los saludadores, hipnotizadores y magnetizadores, unos consciente y otros inconscientemente logran con sus prácticas dominar algún tanto las energías del cuerpo y de la mente, y de aquí los resultados que obtienen aun sin conocer debidamente la energía de que se valen en sus operaciones, que no es otra que la prana del yogui.

La energía mental es una modalidad del prana más sutil todavía que la energía vital del cuerpo.

Pero el pensamiento no es la única manifestación de esta energía. Hay otra de índole inferior llamada instinto o pensamiento inconsciente, a cuyo plano pertenecen todos los movimientos reflejos del organismo.

El plano de pensamiento consciente es la razón que analiza, compara, delibera, ve el pro y el contra de las cosas y juzga en consecuencia.

Sin embargo, la razón es finita, esto es, tiene límites y actúa dentro de un círculo cuya circunferencia no puede trasponer; pero al propio tiempo, a la manera en que los cometas penetran en el círculo de observación de los astrónomos, así penetran en el círculo de la razón ciertas ideas provenientes de más allá

del límite que nuestra razón no puede trasponer.

Por lo tanto, la mente puede llegar a un nivel superior al de la razón, y este estado superconsciente es el de éxtasis o samâdhi, en que la mente trasciende la razón y percibe lo que le es imposible percibir en conciencia vígilica por medio del instinto o de la razón.

Cuando se disciplinan, gobiernan y rigen el instinto y la razón, impelen a la mente a elevarse al nivel de superconciencia.

Todos los planos de existencia del universo están esencialmente constituidos por una misma substancia, de suerte que no hay diferencia esencial entre la masa del sol y el cuerpo del hombre.

Cada forma puede compararse a un vórtice o torbellino en el océano de materia, sin que ninguna forma sea constante.

Así como en una tumultuosa corriente se forman multitud de vórtices sin que nunca sea la misma el agua en cada uno de ellos, así el universo es un conjunto de cambiantes formas de materia, en que nunca es constante la misma materia.

Una masa de materia constituye el cuerpo humano; pero de esta masa se desasimilan unas partículas mientras se asimilan otras.

Las que se asimilan provienen de las formas minerales, vegetales y animales, y las que se desasimilan van a su vez a asimilarse a formas de la misma índole de las de que procedieron.

Nada hay inmutable. Todo cambia sin cesar.

Lo mismo que ocurre en el cuerpo físico, observamos en la mente o cuerpo mental que está constituido por materia incomparablemente más sutil que el más sutil gas de la materia física, y esta materia mental vibra por la acción de la energía pránica, y las partículas de su masa se van asimilando y desasimilando incesantemente, viniendo de la materia mental del universo y retornando a ella, de suerte que cada mente o cuerpo mental es un vórtice en el océano de materia mental del universo.

Cuando las vibraciones de la mente alcanzan el máximo grado de rapidez, puede el hombre percibir las vibraciones mentales del universo.

Así también reconocemos la unidad en el universo mental e inferimos que igualmente ha de haber unidad en el mundo espiritual, que nuestro Yo individual, nuestro verdadero ser es un centro, un foco, un vórtice de vida

y conciencia en el infinito océano espiritual del único Ser existente por sí mismo.

La física moderna ha demostrado que la suma total de las energías actuantes en el universo es siempre la misma y que alternativamente se halla en estado potencial o latente y en estado actual u operante, involucionando y evolucionando por toda eternidad en sucesivos manvántaras o duración de los universos.

Esta energía es prana, cuya modalidad de fuerza vital se manifiesta más notoriamente en la función respiratoria del organismo humano, y si esta función cesa, al punto se paraliza el funcionamiento del organismo.

Sin embargo, hay quienes han disciplinado de tal manera su cuerpo físico, que continúa viviendo aun cuando se suspenda la función respiratoria, y notorios son los numerosos casos de faquires que han permanecido sepultados bajo tierra sin respirar durante algunos días.

El ejercicio de prânâyâma tiene por objeto regular a voluntad el movimiento de los pulmones, que de ordinario es independiente de la voluntad, pertenece al plano de la subconciencia y está indisolublemente enlazado con la función respiratoria, de modo que en rigor no puede decirse si respiramos porque el aire

mueve los pulmones o si los pulmones se mueven para que entre el aire.

Sin embargo, la observación demuestra que los pulmones del recién nacido no empiezan a funcionar hasta que el aire se introduce en la cavidad torácica por su propio peso, y como la mayor o menor amplitud o ensanchamiento del pecho depende de la mayor o menor dilatación y contracción de la masa pulmonar, de aquí que regulando a voluntad esta dilatación y contracción de la masa pulmonar, o sea el movimiento de los pulmones, cuanto mayor amplitud tenga la cavidad torácica, mayor cantidad de oxígeno y por consiguiente de la energía pránica inherente al oxígeno entrará por su propio peso en el acto de la inspiración. Tal es la finalidad de prânâyâma.

Una vez dominada la energía pránica que mueve los pulmones para que se efectúe la función respiratoria, quedarán asimismo dominados y regidos a voluntad todos los movimientos musculares de índole refleja, y aun actualizarse los que por falta de práctica quedaron latentes, y someter así todo el cuerpo a la acción de la voluntad, de modo que podamos librarlo de las enfermedades y retardar su muerte.

Además de regir nuestro cuerpo una vez

dominada la energía pránica, seremos capaces de regir cuerpos ajenos, pues todo en este mundo ejerce benéfica o maléfica influencia.

Si nuestro cuerpo está en cierto grado de tensión, propenderá a producir la misma tensión en otro cuerpo de tónica vibratoria inferior.

Las personas sanas y robustas influirán saludablemente en las de su frecuente trato, y así se dice vulgarmente de ellas que "tiene salud para dar y vender".

En cambio, las personas achacosas y enfermizas arriesgan influir morbosamente en quienes se relacionen con ellas y no tengan suficiente vitalidad para rechazar la morbosa influencia; pero la persona rebosante de salud, no sólo rechazará la morbosa influencia de la enferma, sino que será capaz de prevalecer beneficiosamente contra ella y curarla de su enfermedad.

La primitiva idea de curación fué que el saludador había de transmitir parte de su salud al enfermo, pues consciente o inconscientemente es posible transmitir la energía vital en que consiste la salud.

Una persona robusta y vigorosamente sana en contacto con otra débil y enferma puede reanimarla aunque de ello no se dé cuenta;

pero el efecto será mucho más eficaz y rápido si consciente y deliberadamente se propone reanimarla.

Hay casos en que esta transmisión de prana se efectúa a distancia; aunque entonces, entre el emisor y el receptor de prana, por distantes que se hallen, no hay solución de continuidad, no hay vacío en el sentido de nada, pues lo que llamamos espacio está ocupado por la materia aérea del ambiente, y más allá de la atmósfera por materia etérea, muchísimo más sutil que la gaseosa del aire, de modo que la energía pránica puede influir por su masa tan instantáneamente y aun con mucho mayor eficacia que la electricidad.

Sin embargo, por lo que se refiere a la terapéutica mental a distancia, cuando la ejercen los mentalistas mediante convenidos honorarios, hay un solo caso auténtico por centenares de fraudes.

El proceso terapéutico no es tan sencillo como parece. En la mayor parte de los casos, el saludador, curandero o terapeuta no hace más que aprovecharse de la natural fuerza salutífera del organismo, a que los antiguos llamaron *vis medicatrix*.

El alópata cura con medicamentos cuya eficacia en tal o cual enfermedad ha demostrado

la experiencia, pero cuya causa eficiente no ha descubierto todavía la terapéutica.

El homeópata cura las enfermedades precisamente con las mismas sustancias que las ocasionan, aunque en dosis infinitesimales, sin que tampoco tenga su terapéutica otro fundamento racional que la comprobada experiencia.

El terapeuta religioso que no se vale de otro medicamento que el inmaterial de la fe, también logra numerosas curaciones, al parecer milagrosas, porque la energía mental del enfermo, puesta por la fe y seguridad del éxito, en alto grado de vibración, acrecienta la intensidad de la energía vital y determina la curación.

Los creyentes en las curaciones milagrosas las atribuyen erróneamente a la fe del enfermo por una parte y a la intervención de una entidad superhumana por otra; pero en rigor, la fe por sí misma no cura enfermedad alguna, pues si bastara la fe, se curarían sin excepción cuantos enfermos acuden a Lourdes y otros santuarios o templos con la firmísima confianza en el favor celeste.

Tampoco cabe atribuir las curaciones llamadas milagrosas a la intervención de una entidad superhumana, dotada de poder bas-

tante para curar las enfermedades, pues si así fuera no quedarían con sus mismas lacras la inmensa mayoría de la multitud de enfermos que acuden a los santuarios en demanda de salud.

La causa eficiente de la curación no es la fe ni el favoritismo celeste sino la intensificación de la energía pránica o vitalidad en grado suficiente para restaurar el normal funcionamiento del organismo.

El hombre puro, que ha logrado dominar la pránica es capaz de ponerla en vibración lo bastante aguda para transmitirla a un enfermo y despertar en su cuerpo el mismo grado de vibración pránica.

Esta transmisión de energía es evidente en modalidad mental, pues cuando un orador habla con sincero entusiasmo y su pensamiento está de acuerdo con la verdad y la justicia, comunica su entusiasmo al auditorio y le convence y persuade, porque las vibraciones de su mente han sido lo bastante intensas para levantar por contagio las mismas vibraciones en la de los oyentes.

En cambio, el auditorio se queda frío si el orador no siente lo que dice o lo que dice no tiene la suficiente intensidad de energía mental, de vigor, de pensamiento y vehemencia de

expresión, para prender en el ánimo y la mente del concurso.

Los hombres de gigantesca voluntad, los hombres a que unos llaman bases y otros cumbreros, han sido capaces de impulsar el progreso del mundo, porque pusieron su energía pránica en un tan alto grado de vibración que predomina sobre las multitudes y las atrae y las somete a su pensamiento y voluntad.

Todas las manifestaciones de poder derivan del dominio de la prana, aunque los caudillos de hombres no reconozcan este origen.

La enfermedad proviene del desequilibrio de la energía vital, y la salud es el estado de armonía y equilibrio de la prana o energía vital entre todos los órganos de la máquina corporal y en el instrumento mental.

A veces hay exceso de energía vital y sobreviene la plétora, las congestiones cerebrales, las apoplejías fulminantes o la hipertrofia de tal o cual órgano, mientras que otras veces hay defecto de energía vital y sobreviene la anemia, la debilidad, la consunción que predisponen al organismo a la morbosa influencia de los gérmenes patógenos.

Todo el arte terapéutica consiste en proporcionar al organismo la cantidad de prana que le falte y en substraerle la que le sobre.

Los ejercicios de prânâyâma estimularán de tal suerte la que pudiéramos llamar sensibilidad interna, que el ejercitante acabará por notar en qué parte de su organismo corporal sobra o falta prana y será capaz de restaurar el equilibrio de la energía vital.

En el océano hay olas enormes como montañas y otras insignificantes como burbujas y todas están relacionadas con la masa del vastísimo océano.

De la propia suerte un hombre puede atesorar intensa energía pránica y otro ser como insignificante burbuja, pero todos están relacionados con el infinito océano de energía que es el común origen de todo ser viviente.

Como microscópica vida se forma la célula que en el transcurso de millones de edades va evolucionando en los reinos vegetal, animal, humano y superhumano hasta identificarse con Dios.

Pero lo que de ordinario tarda larguísimo tiempo en cumplirse, puede apresurarse por la intensidad de la acción.

En ordinarias condiciones y circunstancias tardaría un hombre millones de años en alcanzar la perfección, pero si redobla sus esfuerzos acortará el tiempo.

Toda la ciencia de la Yoga se encamina a

enseñar a los hombres a recorrer con mayor celeridad que de ordinario el sendero de perfección.

Así lo hicieron los sabios, videntes, profetas e instructores, que en una sola vida acabaron de vivir toda la vida de la humanidad, esto es, que en una sola vida acumularon los esfuerzos que habían de hacer lentamente en las sucesivas hasta lograr la perfección, pues no tuvieron otro pensamiento ni otro propósito que alcanzar la meta de su humana evolución.

Por otra parte, el espiritismo es también una modalidad de prânâyâma.

Si es verdad que existen las almas de los muertos, aunque no las veamos, probable es que haya millones en nuestro derredor sin que sensorialmente las podamos percibir, a pesar de que continuamente estamos pasando a través de sus sutiles cuerpos, como si su sutil mundo interpenetrara nuestro mundo denso.

Tenemos cinco sentidos y nuestro prana actúa en determinada escala de vibración.

Percibiremos a todos los seres que vibren en los diversos tonos de dicha escala, pero no percibiremos a los que vibren en tonos más bajos o más altos que los de nuestra escala.

Nuestra potencia visual no alcanza a perci-

bir las muy rápidas vibraciones de la luz, pero puede haber seres dotados de ojos capaces de percibir estas altas vibraciones.

Tampoco es capaz nuestra potencia visual de percibir las vibraciones muy lentas de la luz, que para nosotros son oscuridad; y sin embargo, hay animales como los gatos y los buhos que ven donde el hombre no puede ver.

Nuestra escala visual no va más allá de un plano de las vibraciones de la modalidad lumínica de prana.

Las capas atmosféricas cercanas al suelo terrestre son más densas que las superiores y según ascendemos se acrecienta su sutilidad.

En el mar la presión del agua aumenta a medida que descendemos, y los peces abismales estallarían en añicos si se les colocara en la superficie.

Imaginemos el universo como un océano de capas superpuestas de materia de diferente grado de vibración según la mayor o menor influencia de prana que vibra en distintos tonos correspondientes a la relativa sutilidad o densidad de las capas.

Los seres que vivan en un mismo plano de vibración se percibirán mutuamente, pero no percibirán a los residentes en planos de diferente tónica vibratoria.

Pero así como por medio del telescopio y el microscopio puede el hombre ordinario ampliar su potencia visual, así por medio de la Yoga Raja puede el ejercitante colocarse en una tónica vibratoria superior o inferior a la de su propio plano y percibir los fenómenos de otros mundos.

El yogui capaz de transmutar su tónica vibratoria y ponerla en más alto o más bajo diapasón, pierde de vista el mundo físico y actúa conscientemente en el mundo o plano en que es normal la tónica vibratoria en que se ha colocado.

Cuando las vibraciones son más altas que las de la escala normal del plano físico, se coloca el yogui en el estado de superconciencia a que se llama éxtasis o samâdhi, del cual hay varios grados.

En el grado superior de samâdhi, se ven las cosas como realmente son y se perciben los seres que moran en los planos superiores.

Siempre que el hombre trata de investigar algo oculto o misterioso, se esfuerza aunque de ello no se dé cuenta en adquirir el dominio de prana, y doquiera veamos una extraordinaria ostentación de poder, hay dominio de prana.

Hasta en las ciencias físicas se manifiesta

la acción de prana. El vapor de agua que mueve la locomotora no es más que materia gaseosa animada por la modalidad de prana llamada energía mecánica.

De la propia suerte, el pensamiento es la vibración de la materia mental animada por la modalidad de prana llamada energía mental.

La energía mecánica está dominada por la ciencia física.

La energía mental está dominada por la ciencia de la Yoga Raja.

CAPÍTULO III

PRANA PSÍQUICO

Según afirman los yoguis pasan a uno y otro lado de la columna vertebral dos corrientes nerviosas, llamadas *pingalâ* la de la derecha e *idâ* la de la izquierda, y por el centro de la columna vertebral, o conducto medular, pasa otra corriente denominada *sushumnâ*.

En el extremo inferior del conducto medular de la columna vertebral está el chacra o centro vital básico, en el que como sierpe enroscada late la energía llamada *kundalini*.

Cuando se actualiza la fuerza latente de kundalini, asciende por el conducto medular y según va ascendiendo, se intensifica la energía mental de modo que la mente percibe diferentes visiones y el yogui adquiere maravillosos poderes, hasta que al llegar la corriente de kundalini al cerebro, queda el ego del yogui completamente libre de sus cuerpos inferiores.

La corriente central sushumnâ continúa por el interior de una sutilísima fibra que desde el punto terminal del espinazo llega hasta el nivel del plexo solar.

Los chacras o centros vitales del cuerpo humano, que están dormidos en el hombre ordinario, pero activos en el yogui, son:

1.º, el básico, en la base de la columna vertebral; 2.º, el del bazo; 3.º, el del ombligo; 4.º, el del corazón; 5.º, el de la garganta; 6.º, el del entrecejo; 7.º, el coronario, en lo alto de la cabeza.

En el orden fisiológico sabemos que las corrientes nerviosas tienen dos clases de acción: una aferente y otra eferente; una sensoria y otra motora; una centrípeta y otra centrífuga.

Unas transmiten las sensaciones al cerebro y otras transmiten a los órganos físicos las respuestas del cerebro.

La parte inferior del cerebro, llamada cerebelo, se prolonga en una especie de bulbo que flota en un fluido a fin de preservarlo de la repercusión de los golpes que pueda recibir la cabeza, pues las conmociones producidas por el golpe quedarán amortiguadas al chocar con el fluido en que flota el bulbo.

De los chacras o centros vitales del cuerpo, conviene a nuestro propósito considerar prin-

cialmente el básico, el coronario y el umbilical.

Se ha de tener en cuenta que la función respiratoria influye en la función nerviosa, y así veremos cuál es la necesidad y utilidad de los ejercicios de respiración en la práctica de la Yoga Raja.

Ahora bien; la corriente eléctrica, lo mismo que la magnética, orienta en una misma dirección las moléculas de los cuerpos por donde pasa; y análogamente, la respiración rítmica propende a orientar en una misma dirección todas las moléculas del cuerpo.

Cuando la voluntad se afirma de suerte que toda la mente se transmuta en voluntad, todos los movimientos del cuerpo son perfectamente rítmicos y el organismo se convierte en una potente batería de fuerza de voluntad o energía volitiva, que es precisamente lo que el yogui necesita.

Por medio de los ejercicios de respiración que dan ritmo a los movimientos del cuerpo se actualiza la energía latente en el chakra básico. A esta actualización le llaman los ocultistas el despertar de kundalini.

Todo cuanto vemos, imaginamos o soñamos, lo percibimos en el espacio ordinario o elemental; pero cuando el yogui lee el pensa-

miento ajeno o ve objetos suprafísicos, los percibe en el espacio mental; y cuando la percepción es puramente subjetiva, el ego actúa de por sí en el espacio del conocimiento.

Cuando la actualizada kundalini asciende por sushumnâ, todo lo percibe el individuo en el espacio mental; y cuando kundalini llega al cerebro, todo se percibe en el espacio del conocimiento.

Sin embargo, los nervios, los conductos no son absolutamente necesarios para la emisión y transmisión de energía, como no son absolutamente indispensables los alambres para la transmisión de la energía eléctrica.

Asimismo, por los alambres llamados nervios se transmiten las sensaciones al cerebro y las respuestas a las sensaciones.

La corriente nerviosa de ida y vuelta circula por los conductos pingalâ e idâ; pero si logramos que la corriente pase por el canal céntrico o sushumnâ sin nervio que la conduzca nos habremos emancipado de la servidumbre de la materia del cuerpo y nos será posible enviar la corriente mental por el sushumnâ.

Sin embargo, en la mayoría de las gentes el sushumnâ está cerrado por su parte inferior, esto es, que el chacra o centro vital básico está inactivo porque no se ha actualizado

la energía de kundalini, y el propósito del aspirante a yogui es despertar esta energía de modo que fluya por el sushumnâ.

Cuando un centro nervioso recibe una sensación, el centro reacciona y a la reacción sigue un movimiento si el centro es automático; pero si es consciente, hay primero percepción y después movimiento.

Toda percepción es la reacción a una acción recibida del exterior. Sin embargo, preciso es preguntar cómo se efectúa la percepción durante el sueño, ya que no hay en tal caso acción exterior, y por tanto los movimientos sensorios deben estar latentes en alguna parte.

Por ejemplo, cuando veo un objeto, lo percibo a consecuencia de la reacción o respuesta a la sensación que me ha producido el objeto, es decir, que los nervios ópticos al conducir o transmitir la sensación al cerebro, han puesto en movimiento las moléculas de la masa cerebral.

Ahora bien; al cabo de algún tiempo, puedo recordar el objeto que vi, y este recuerdo es exactamente el mismo fenómeno, aunque en atenuada modalidad.

Pero ¿dónde está la acción, la sensación, que hace vibrar el cerebro en esta otra tónica ate-

nuada? Desde luego que no es la primitiva sensación, porque el objeto ya no está a la vista; y por tanto, la sensación recibida al verlo debió quedar latente en alguna parte para después provocar la respuesta a que llamamos recuerdo imaginativo.

Según los ocultistas, el centro en donde se almacenan, por decirlo así, todas las sensaciones es el chacra básico situado en el extremo inferior de la columna vertebral y la latente energía de acción es kundalini.

También es probable que se almacene en el mismo chacra la remanente energía motora, porque cuando se estudia o se examina con mucha atención un objeto externo, aumenta la temperatura de la parte del cuerpo en donde radica el chacra fundamental.

Si se actualiza la energía kundalini y se la conduce deliberadamente por el sushumnâ, influye en todos los chacras y determina una formidable reacción.

Cuando es poca la cantidad de kundalini actualizada se intensifica la imaginación y se perciben las cosas como en sueño; pero cuando a consecuencia de prolongada meditación se actualiza gran cantidad de energía y asciende por sushumnâ, la reacción es incomparablemente más intensa que la imaginativa,

pues es una percepción suprasensoria, la percepción del Yo cuando la energía kundalini llega al cerebro.

Entonces percibe el yogui el mundo exterior en su aspecto causal y conoce las cosas en sí mismas. Recibe la iluminación o plenitud de conocimiento.

Por varios medios puede actualizarse kundalini, entre ellos por los tres senderos de perfección o sea por puro amor a Dios, por el conocimiento filosófico o por la recta acción.

Doquiera se manifiesta un poder a que por lo extraordinario llaman las gentes milagroso, o un conocimiento que por lo superior llamamos sabiduría, hay corriente de energía kundalini por el sushumnâ.

Toda modalidad de devoción, sincera y fervorosamente practicada, despierta y actualiza parte de kundalini, y cuando el orante recibe respuesta a su oración, se figura que se la da la entidad superhumana a quien la dirige, sin advertir que se la da su propia naturaleza esencial y divina al despertar una porción de la infinita energía latente en su interior.

CAPÍTULO IV

REGULACIÓN DE LA PRANA PSÍQUICA

Ya vimos que el primer acto del ejercicio de prânâyâma es, según los yoguis, la regulación y gobierno del movimiento de los pulmones.

Ahora conviene llegar a percibir los más delicados movimientos del cuerpo físico, pues como la mente está tan acostumbrada a fijarse en las cosas externas, se la ha de disciplinar para que perciba las internas.

Las corrientes nerviosas circulan por todo el cuerpo llevando energía vital a todos los órganos, y sin embargo nos las percibimos; pero los yoguis afirman que es posible llegar a percibir las empezando por el dominio del movimiento de los pulmones.

Para practicar la prânâyâma en lo que tiene de ejercicio respiratorio, se han de observar las siguientes reglas:

- 1.^a Sentarse de modo que el pecho, cuello y cabeza estén erguidos y en línea recta.

2.^a Dominar los nervios de suerte que el ánimo esté tranquilo y la mente sosegada.

3.^a Respirar rítmicamente, repitiendo mentalmente, después de cada respiración, la palabra sagrada AUM o cualquiera otra que considere sagrada la religión a que pertenezca el ejercitante.

4.^a Inspirar por la ventanilla izquierda de la nariz, teniendo tapada la derecha con el pulgar y la boca naturalmente cerrada, manteniendo al propio tiempo la mente fija en la corriente nerviosa que fluya por idâ.

5.^a Retener el aliento tanto como sea posible al principio hasta llegar sucesivamente a retenerlo durante doce, veinticuatro y treinta y seis segundos.

6.^a Espirar por la ventanilla derecha de la nariz, teniendo tapada la izquierda con el pulgar y la boca naturalmente cerrada, manteniendo la mente fija en la corriente nerviosa que fluye por pingalâ.

Desde luego que la observancia de estas reglas no es simultánea ni siquiera sucesiva en un mismo ejercicio, pues cada una de ellas requiere el dominio de lo que pudiéramos llamar su mecanismo antes de practicar completamente el ejercicio.

Por lo tanto, la práctica necesita ensayos, y

el primero ha de ser el de la posición del cuerpo, que se ha de asumir sin violencia ni molestia como si fuera del todo habitual.

Si se encorvara el pecho, se encorvaría también la medula espinal y no podría la corriente pránica fluir libremente, con lo que la meditación sería de todo punto perjudicial. Se ha de tener muy en cuenta esta circunstancia.

En cuanto a la segunda regla no conviene practicar el ejercicio cuando el ánimo esté malhumorado, la mente cavilosa, o haya excitación nerviosa por temor, ansiedad, recelo, sospecha, duda y demás emociones atribuladoras.

La tercera regla se refiere a una práctica puramente preparatoria y predisponente al ejercicio, sobre todo en los principiantes, pues la manera de respirar que tienen la inmensa mayoría de las gentes es incompleta, irregular y no merece fisiológicamente el nombre de respiración.

Por lo tanto, es necesario aprender a respirar rítmicamente en alternada inspiración profunda y espiración rápida, a fin de armonizar el organismo.

Si la pronunciación *mental* de una palabra sagrada acompaña a los actos respiratorios, notará el ejercitante un bienestar, un descan-

so y sosiego mucho más intensos que los resultantes del sueño ordinario.

La perseverante práctica de este ejercicio de respiración rítmica y profunda cambiará ventajosamente la expresión del rostro, pues desaparecerán las arrugas, las patas de gallo, las ojeras, la dureza de líneas, con resultados muchísimo más eficaces en el orden estético que los que pudieran obtenerse del más habilidoso masaje.

Una vez acostumbrado el ejercitante a la respiración rítmica y profunda podrá emprender sin riesgo el ejercicio a que se refieren las reglas 4.^a, 5.^a y 6.^a, teniendo muy en cuenta que el pensamiento ha de acompañar indispensablemente a los movimientos y que el ejercicio sólo se ha de practicar cuatro veces por la mañana al levantarse y otras cuatro por la tarde al oscurecer, y siempre en un ambiente libre de malsanas emanaciones.

Más adelante, cuando ya esté del todo adiestrado el ejercitante, podrá efectuar esta parte del ejercicio seis veces en vez de cuatro, pues no tropezará para ello con la menor dificultad. Lo importante es la práctica regular y metódica a horas fijas, porque si se practicara irregularmente produciría funestas consecuencias.

En cambio, la práctica regular y moderada, con el propósito de dominar cuerpo y mente para que sean más eficaces instrumentos del ego, y no con el egoísta deseo de obtener poderes psíquicos para emplearlos en beneficio propio, estimulará notablemente el perfeccionamiento del individuo y sobre todo será un restaurador de los nervios incomparablemente más eficaz que cuantos específicos haya inventado la industria farmacopea.

Cuando el ejercitante haya elevado su voluntad a un nivel suficiente para dominarse a sí mismo, cuando se haya liberado de todas sus limitaciones, entonces podrá despertar sin riesgo toda la energía kundalini y alcanzará la iluminación, el conocimiento intuitivo que no necesita libros, porque en su mente estará actualizado el infinito conocimiento, pues influida por la energía pránica actualizada en el chacra básico y ascendente por el sushumnâ hasta llegar al cerebro, órgano físico de la mente, se actualiza también la facultad de la intuición superior a la razón porque ve la verdad sin necesidad de argumentarla.

Dicen los yoguis que de todas las modalidades de energía que actúan en el cuerpo humano, la más intensa y eficaz es la que tiene por centro el cerebro.

A esta energía le llaman *ojas* y de su cantidad depende la mayor o menor inteligencia, talento, prestigio y espiritualidad del individuo.

Es posible que haya quienes a pesar de su galana elocuencia y de sus brillantes imágenes retóricas no emocionen al auditorio, mientras que otros en lenguaje llano y sencillo sin afeites retóricos logran impresionar profundamente y convencer y persuadir a los oyentes.

Sin embargo, todo individuo posee mayor o menor cantidad de *ojas* almacenada en el cerebro, y todas las modalidades de energía psíquica actuantes en el organismo humano se revuelven finalmente en la superior modalidad de *ojas*.

Así afirman los yoguis que la modalidad sexual de energía, o sea la energía que preside las funciones de reproducción, puede transmutarse en energía mental, en *ojas*, y por esto se ha considerado siempre la castidad una virtud absolutamente indispensable para el adelanto espiritual y el logro del superior conocimiento.

Sin embargo, no se ha de confundir la castidad con la continencia absoluta, que fisiológicamente es imposible, pues la naturaleza derrama la sobrante energía sexual. La castidad

puede ser también conyugal, y lo importante es no ceder a la concupiscencia por afán del deleite.

No cabe duda de que la persona lujuriosa y sensual, en cuanto cede a los engañosos halagos de la concupiscencia, nota que se debilita mentalmente y pierde vigor moral.

Así es indispensable ser casto en pensamiento, palabra y obra para que la Yoga Raja aproveche al ejercitante, pues fuera gravísimo peligro para el lujurioso.

CAPÍTULO V

CONCENTRACIÓN Y MEDITACIÓN

Ya sabemos cómo se efectúa la percepción por medio de los instrumentos externos, los órganos internos, el cerebro y la mente.

Del *contacto* de un objeto del mundo exterior con estos elementos, resulta la percepción.

Sin embargo, muy difícil es que la mente permanezca fija largo rato en determinado objeto.

En todo el mundo se les dice a los niños que sean buenos, que no mientan ni hurten; pero nadie les enseña cómo pueden ellos mismos determinarse a ser buenos, a no hurtar ni mentir. Las palabras no les auxiliarán.

No les enseñamos cómo no hurtar. Sólo les decimos que no han de hurtar. Les amonestamos para que no sean ladrones, sin decirles por qué no han de ser ladrones.

Tan sólo auxiliamos al educando cuando le enseñamos a regir y dominar su mente.

Todas las acciones, tanto internas como externas, se efectúan cuando la mente se identifica con los órganos de acción.

De una manera consciente o inconsciente la mente se identifica con los centros de sensación y he aquí por qué se cometen tantos errores de que se libraría el hombre si lograra dominar su mente, pues en este caso la mente sólo se identificaría con los centros de sensación cuando la voluntad, guiada por el raciocinio, la rigiera.

Esto es de todo punto posible, pues vemos que los terapeutas de la llamada ciencia cristiana sugieren a los enfermos la idea de que nieguen rotundamente la existencia del dolor y del mal, y aunque sus creencias son vagas y empíricas tienen mucho en el fondo de las características de la Yoga, ya que al lograr que el enfermo cure de la enfermedad sin más que negarla y ponerse en actitud mental de no sufrirla, se valen para ello inconscientemente del pratyâhâra, y abstraen la mente del enfermo de los centros de sensación.

De análoga manera proceden los hipnotizadores, que por medio de la sugestión excitan en el sujeto una especie de temporáneo pratyâhâra; pero la sugestión hipnótica sólo puede influir en las mentes flacas, y esta suges-

tión no tiene efecto hasta que el operador, mediante la fijeza de la mirada o cualquier otro artificio, ha colocado la mente del sujeto en morbosa y pasiva condición.

Tanto las sugestiones del científico cristiano como las del hipnotizador son reprecensibles, porque si bien de momento logran aparente éxito, acaban por producir funestos efectos, a causa de que no por la propia voluntad del sujeto se gobiernan los centros sensorios, sino atontando la mente del sujeto y entregándola como juguete a una voluntad ajena.

Es como si en vez de detener con vigoroso empuje de las riendas la impetuosa carrera de un tiro de caballos, descargara otra mano sobre la cabeza de los brutos tremendos golpes hasta dejarlos turulatos.

En dichos procesos, el sujeto pierde cada vez que se le sugestiona parte de su ya escasa energía mental, de suerte que en vez de vigorizar la mente, la debilita todavía más hasta convertirla en una masa informe con riesgo de locura.

Todo empeño de regir la mente por medio de una voluntad ajena a la del sujeto, produce al fin y al cabo desastrosos efectos.

La finalidad de las vidas terrenas por que pasa cada alma es precisamente la liberación

de estas vidas, el dominio absoluto del cuerpo y de la mente, la soberanía de la naturaleza externa e interna.

Toda influencia de una voluntad externa retrasa y entorpece el logro de esta finalidad, en cualquier aspecto que se ejerza dicha influencia, ya por directo gobierno de los órganos sensorios, ya forzando este gobierno por medio de una morbosa condición.

De esta manera, lo único que se consigue es remachar un nuevo eslabón en la cadena de pasados errores y supersticiones.

Por lo tanto, quien se proponga practicar la Yoga Raja, ha de ir con mucho cuidado en este punto, y no someterse jamás a una voluntad ajena, pues sin advertirlo labraría con ello su propia ruina.

Cierto es que algunos sugestionadores benefician temporáneamente al sujeto y logran dar nueva y mejor dirección a sus inclinaciones; pero al propio tiempo perjudican a la mayoría de los sujetos al colocarlos en la morbosa condición que les anula la voluntad.

Por lo tanto, es un elemento nocivo para la humanidad, aunque de su morbosa influencia no se dé cuenta, todo aquel que exige de las gentes una fe ciega en cuanto les dice y pretende someterlos a su criterio y voluntad.

Así, pues, cada cual ha de disciplinar su mente para dominarla y valerse de ella como de instrumento para regir y gobernar sus órganos sensorios.

Recuerde que mientras no se debiliten su mente y cuerpo, ninguna voluntad ajena podrá captar la suya.

Apártese de quien pretenda hacerle creer ciegamente en una cosa, pues aunque a los dogmatizadores les parezca que han recibido de Dios el poder de transmutar el corazón humano, están sembrando las semillas de futura destrucción.

La pratyâhâra o concentración interna consiste en la facultad de apartar la mente de los centros de sensación, de modo que el mundo exterior no exista para el ego, y también en la de aplicar la mente con propósito deliberado a un centro de sensación, para observar, examinar y analizar un objeto externo que de por sí no haya atraído a los sentidos, sino que los sentidos se apliquen al objeto por impulso de la libre voluntad del ego.

Cuando de esto es capaz el hombre, puede decirse que es hombre de carácter firme, de mente disciplinada, de recia voluntad, y mientras de ello no sea capaz, se verá zarandeado por las circunstancias.

Muy difícil es disciplinar la mente.

Dice el *Bhagavad Gita*:

“Sin duda, ¡oh armipotente!, que inquieta y rebelde al yugo es la mente; pero a subyugarla bastan el esfuerzo sostenido y la carencia de pasiones.”

Por su propia naturaleza es la mente inquieta, vacilante, errática y acrecienta su volubilidad el deseo.

Así es que ante todo, para el ejercicio de la Yoga Raja, es necesario que se apacigüe y sosiegue la mente dejándola que vague a su antojo aunque sin estimular su inquietud, sino como si fuésemos testigos de su tumultuosa agitación, pues ya se calmará como se calma toda efervescencia.

Desde luego que no se logrará en un día ni siquiera en un mes el sosiego de la mente; pero si el ejercitante persevera en dejar que la mente actúe por sí misma, observará que según transcurre el tiempo son menos agitados y tornátiles sus pensamientos hasta que llegue el día en que esté en calma chicha el un tiempo alborotado mar mental.

Una vez se ha dominado la práctica de la concentración mental de modo que la mente guiada por la voluntad pueda abstraerse de los centros de sensación o aplicarse a uno de

ellos según convenga al ego, se procede a la práctica de la dhâranâ o meditación, que consiste en aplicar la mente a determinado objeto, el cual puede ser en la Yoga Raja una parte del cuerpo.

Por ejemplo, se enfoca la mente en la mano, de modo que el ego no perciba otra cosa que la mano de su cuerpo físico, y asimismo puede fijarse en un punto del corazón.

Sin embargo, es mucho más difícil concentrar la mente en un órgano interno como el corazón que en uno externo como en la mano, y para facilitar la concentración de la mente en un órgano interno es preciso recabar el auxilio de la facultad imaginativa, o sea de la imaginación.

Así podrá el ejercitante fijar la mente en el corazón, imaginando situado en esta víscera un loto de luminosos pétalos en los cuales enfoque la atención.

De la propia suerte puede enfocarse en los demás chacras o centros vitales del cuerpo físico.

El aspirante a yogui debe practicar aisladamente los ejercicios, pues la compañía de otras personas distrae la mente así como también la distrae la mucha conversación y el excesivo trabajo.

Tal es la eficacia de la Yoga, que aun una mínima parte de su práctica beneficia al ejercitante, pues apacigua toda excitación nerviosa y capacita para ver con mayor claridad todas las cosas.

Además, mejorará la salud corporal y dará más flexibilidad y vigor a la voz, cuyas modulaciones se corresponderán con la índole de los pensamientos expresados por las palabras.

Quienes practiquen con mayor intensidad los ejercicios, notarán al cabo de algún tiempo como si oyeran un lejano repique de campanas o verán flotantes en la atmósfera puntos luminosos que se irán agrandando poco a poco. Son estas señales de adelanto en la Yoga.

El ejercitante que se proponga perseverar en la práctica y no tomarla por malsana curiosidad o cosa de juego, habrá de someterse a un riguroso régimen dietético, que durante los primeros meses consistirá en leche y cereales.

Según se vaya refinando el organismo, notará el ejercitante que lo desequilibra la más leve irregularidad o transgresión del régimen; pero en cuanto alcance el completo dominio de sí mismo podrá escoger a voluntad su sistema de alimentación.

Cuando el ejercitante empieza a concentrarse, el contacto de un alfiler le parecerá como si un rayo le atravesara el cerebro, pues las percepciones son más agudas cuando se utilizan los órganos de sensación.

Por estas etapas hemos de pasar todos y quienes perseveren lograrán el éxito final.

El ejercitante ha de rehuir toda discusión, todo cuanto arriesgue distraerle de su propósito, sin hablar a nadie de lo que hace ni de si adelanta o no en su camino.

Refiere una fábula india que si llueve cuando la estrella *Svâti* está en su ascensión, y cae una gota de lluvia en el interior de una madreperla, la gota se convierte en perla.

Añade la fábula que las madreperlas conocen esta circunstancia, de modo que cuando llueve en dichas condiciones, ascienden a la superficie del mar y abren la concha para recibir la gota de lluvia e inmediatamente de recibida cierran la concha y se hunden en el fondo del mar a esperar pacientemente que la gota se convierta en perla.

Así ha de ser el aspirante a yogui. Primero escuchar, después comprender y por último cerrarse a toda influencia externa para que las enseñanzas recibidas se conviertan en su interior en la perla de la verdad.

Muy peligroso es disipar nuestras energías en la veleidosa ocupación de aceptar tales o cuales ideas tan sólo por su novedad o porque están de moda entre los intelectuales, y desecharlas con la misma facilidad para aceptar otras que parezcan más nuevas.

Es necesario ocuparse en una sola cosa y estudiarla y examinarla bajo todos sus aspectos sin desistir del examen antes de llegar a una definitiva conclusión. Sólo ve la luz quien persevera en buscarla y así dijo Cristo: "buscad, y hallaréis".

Para lograr éxito es indispensable la perseverancia y la energía en la realización del deliberado propósito.

CAPÍTULO VI

MEDITACIÓN Y ÉXTASIS

Todo conocimiento racional se refiere a la conciencia vigílica, es decir, que tenemos conciencia o conocimiento de la existencia de las cosas que sensorialmente percibimos.

Pero al propio tiempo no somos conscientes de los órganos internos de nuestro cuerpo, es decir, no los percibimos por los sentidos ordinarios, aunque nadie sería capaz de negar su existencia, como nadie niega la de Londres, Nueva York o Tokio aunque jamás haya estado en estas capitales.

Comemos conscientemente los manjares, pero la asimilación de la sustancia nutritiva es de todo punto inconsciente, pues aunque los experimentos fisiológicos la hayan comprobado indubitablemente, nadie nota ni puede notar el momento en que se efectúa la asimilación en su organismo; y sin embargo, sabemos que es obra nuestra, si bien inconscien-

te y en modo alguno obra ajena, pues todas las acciones reflejas pueden transmutarse en voluntarias.

El corazón late sin que en su movimiento intervenga la voluntad; pero por medio de la perseverante práctica podrá el ejercitante dominar los latidos de su corazón, apremiando o retardando su ritmo y aun amortiguándolo en grado cercano a la suspensión.

Casi todos los órganos del cuerpo pueden someterse al imperio de la voluntad, lo cual demuestra que también es el individuo quien ejecuta las funciones reflejas, aunque las ejecuta sin darse cuenta.

Así vemos que la mente humana opera en dos distintos planos: en el de la conciencia vigílica, en el que toda acción va acompañada del sentimiento de egoencia, y en el de la inconsciencia, en el que el sentimiento de egoencia no acompaña a las acciones.

Sin embargo, hay todavía un plano superior al de la inconsciencia y de la conciencia vigílica, en el que también puede operar la mente más allá de la conciencia vigílica, así como la inconsciencia está por debajo de la conciencia vigílica.

En el plano superconsciente tampoco acompaña a la percepción el sentimiento de egoen-

cia que sólo interviene en el plano de la conciencia vigílica.

Cuando la mente se eleva al plano de la superconciencia se halla en estado de éxtasis o samâdhi.

Pero ¿cómo conoceremos si un individuo está en samâdhi, pues bien pudiera estar en un nivel inferior al de la conciencia vigílica y abatirse en vez de enaltecerse?

En ambos casos la percepción no va acompañada de egoencia; pero por los resultados de la operación sabremos si ascendió o descendió respecto del plano de la conciencia vigílica.

Cuando el individuo duerme profundamente entra en el plano inferior al de la conciencia vigílica. Respira, se mueve el cuerpo sin que le acompañe el sentimiento de egoencia, y al despertar del sueño es el mismo hombre que antes de dormir, y nada ha ganado en conocimiento durante el sueño; pero cuando el individuo entra en samâdhi, al salir de él posee conocimientos que no tenía al entrar.

Del estado subconsciente sale el individuo tal como se sumió en él, y del estado superconsciente o extático sale convertido en un sabio, un santo, un profeta, con todo su carácter cambiado.

Si los efectos son diferentes, también han de serlo las causas; y como quiera que la iluminación recibida en estado de samâdhi es superior a todo cuanto puede proporcionar el razonamiento en la conciencia vigílica o el instinto en la subconsciencia, de aquí que al estado de samâdhi se le llame también de éxtasis o superconsciencia.

Muy limitado es el campo de la razón y de las conscientes operaciones de la mente. No puede dilatarse. Todo intento para dilatarlo es vano; y no obstante, allende este campo están las cosas más queridas de la humanidad, las respuestas referentes a la existencia de Dios, a la inmortalidad del alma y a las condiciones y circunstancias de la vida futura.

La razón no puede dar estas respuestas, pues dice que no acierta a afirmar ni a negar. Queda perpleja ante los argumentos favorables y los contrarios.

Pero sin respuestas categóricas a estas preguntas la vida no tendría natural finalidad.

Todo cuanto hay de moral, noble, grande y elevado en esta vida está sujeto a las respuestas provenientes de más allá de la conciencia vigílica.

Por lo tanto, es importantísimo que recibamos respuesta a dichas preguntas.

Si la vida fuese una breve comedia y el universo una fortuita combinación de átomos ¿por qué habríamos de beneficiar al prójimo? ¿De qué servirían la misericordia, la justicia y la caridad?

Lo mejor fuera entonces que cada cual se las agenciase como pudiese a expensas de los débiles.

Si no hay esperanza en una vida mejor, ¿por qué he de amar al prójimo y no explotarle?

Si todo acaba con la muerte y no hay liberación de las penas del mundo, vale más evitarlas y pasar esta vida lo mejor que se pueda sin preocuparse de los demás.

Afirman hoy algunos filósofos que el utilitarismo es el fundamento de la moral, y consiste según ellos este fundamento en procurar la mayor felicidad imaginable al mayor número de seres humanos que sea posible.

Pero ¿por qué lo hemos de procurar así? ¿Por qué no he de procurar la mayor infelicidad para el mayor número si de este modo obtengo el máximo provecho? ¿Cómo responderán los utilitaristas a esta pregunta? ¿Cómo distinguir la justicia de la iniquidad?

Si el individuo se siente movido por el deseo de bienestar y lo satisface sin conocer

nada más allá de esta vida, ¿por qué ha de compadecerse de los demás?

¿De dónde vienen todas esas verdades referentes a la moralidad, a la existencia de Dios, al amor y simpatía, a la bondad y al inegoísmo?

Toda la moral, toda recta acción, todo noble pensamiento dimanar del inegoísmo y esta sola palabra resume el concepto de la vida humana.

¿Por qué hemos de ser inegoístas? ¿Dónde está la necesidad o la fuerza que me obligue a ser inegoísta? Podrán decir los utilitaristas que su doctrina es racional, pero si no demuestran la razón de la utilidad les responderé que es muy irracional.

Que me demuestren por qué no he de ser egoísta. Que me digan dónde está la utilidad que puede reportarme ser inegoísta. Mi utilidad es precisamente ser egoísta si la utilidad consiste en el máximo de bienestar.

El utilitarista no puede responder satisfactoriamente a estas objeciones.

La respuesta está en que este mundo es tan sólo una gota de un infinito océano, un eslabón de una cadena sin fin.

¿Dónde adquirieron la idea del inegoísmo los que la enseñaron y predicaron a la huma-

nidad? Sabemos que no es intuitiva, porque los animales en quienes predomina el instinto no conocen el inegoísmo.

Tampoco pudo provenir del raciocinio porque la razón nada tiene que ver con el inegoísmo. ¿De dónde provino?

La historia nos enseña que cuantos instructores religiosos ha habido en el mundo, declararon que adquirieron las verdades que enseñaban en los planos superiores al de la conciencia vigílica, y que las recibieron por conducto de un ángel, de un deva o que las oyeron en sueños; pero ninguno dice que las adquiriera a fuerza de argumentar.

Sobre este punto enseña la ciencia de la Yoga que los instructores aprendieron las verdades espirituales sin valerse del raciocinio, pero que no las recibieron por mediación de ángeles o devas ni mensajero alguno sino que brotaron de su interior.

Enseñan los yoguis que la mente puede actuar en un plano superior al de la conciencia vigílica, en el plano superconsciente, y que cuando la mente alcanza este nivel actualiza el hombre trascendentales conocimientos metafísicos.

A veces puede un individuo transportarse sin darse cuenta al estado extático y entonces

le parece que lo ha transportado una fuerza superior, y así se explica que una inspiración o conocimiento trascendental puede ser el mismo en diferentes países, pero en un país parecerá haberlo comunicado un ángel, en otro un deva y en otro el mismo Dios.

Esto significa que la mente actualiza el conocimiento ya latente en su propia naturaleza y que esta actualización del conocimiento se ha interpretado según las creencias del individuo que lo manifestó.

Afirman los yoguis que es muy peligroso transportarse por accidente al estado extático o de superconciencia, pues arriesga perturbar el cerebro, y se ha observado que todos cuantos sin darse cuenta se colocaron en estado de éxtasis, al recobrar la conciencia vigílica mezclaron no pocas supersticiones con el conocimiento adquirido y tomaron por realidad las alucinaciones.

Mahoma aseguraba que el arcángel Gabriel se le había aparecido en la cueva donde se entregaba a la oración, y que a lomos del celeste caballo Harak le había llevado a visitar los cielos.

En esta simbólica forma de expresión se oculta algo de verdad, y lo mismo se observa al leer el Corán, que contiene admirables ver-

dades mezcladas con groseras supersticiones.

Esto se explica porque Mahoma alcanzó fortuitamente el estado extático, sin previa disciplina y desconocía la razón de lo que estaba haciendo. Así por una parte hizo un gran bien a la humanidad aboliendo la idolatría y por otra le causó graves daños con su implacable fanatismo.

No obstante, al leer las vidas de instructores como Mahoma, nos convencemos de que estaban inspirados, pues siempre que un profeta se coloca en éxtasis por elevación de su naturaleza emocional, no solamente vuelve a la conciencia vigílica con alguna verdad sino también con alguna superstición que perjudica a las gentes tanto como las pueden favorecer las enseñanzas.

Para encontrar la causa de las incongruencias de la vida humana hemos de trascender la razón, pero científicamente, lentamente, por regular práctica, desechando toda superstición.

Hemos de estudiar el estado de superconciencia como cualquier otro objeto de conocimiento.

En la razón hemos de apoyarnos y a la razón hemos de seguir mientras con acierto nos guíe, y cuando ya no pueda guiarnos más

allá, nos mostrará el camino del superior plano de conciencia.

Cuando alguien diga que está inspirado y hable contrariamente a la razón, no hemos de darle crédito, porque los estados subconsciente, consciente y superconsciente pertenecen todos a una misma mente.

No tiene el hombre tres mentes sino tres estados de una sola mente, y de inferior a superior se van transmutando estos estados uno en otro.

El instinto se transmuta en razón y la razón en intuición o conocimiento superconsciente, por lo que no pueden contradecirse uno a otro.

La verdadera inspiración nunca contradice a la razón. Por el contrario, la corrobora y completa.

Las diferentes etapas de la Yoga Raja propenden a conducirnos científicamente al estado de superconciencia, de éxtasis o samádhi.

Por otra parte, se ha de tener en cuenta que la inspiración es tan peculiar de cada ser humano como lo fué de los antiguos profetas, que eran tan hombres como nosotros; pero eran perfectos yoguis que lograron elevarse al nivel de la superconciencia, y también podemos todos elevarnos al mismo nivel, pues

desde el momento en que un hombre alcanza el estado superconsciente, prueba es ello de que todo ser humano tiene la posibilidad de alcanzarlo.

La experiencia es nuestro mejor maestro, y aunque razonemos y argumentemos toda la vida, no nos será posible percibir la verdad hasta personalmente experimentarla.

No es posible que la sola lectura y estudio de la patología y clínica quirúrgicas conviertan al estudiante en hábil cirujano ni tampoco se satisface el deseo de visitar un país mirándolo en el mapa.

Horrible blasfemia es decir que todo el conocimiento que el hombre puede tener de Dios está comprendido en tal ó cual libro.

¿Cómo se atreven los hombres a decir que Dios es infinito, y al propio tiempo comprimirlo bajo las tapas de un libro?

Millares de gentes murieron en el tormento y en las hogueras por no creer en todo lo que dicen las Escrituras sagradas de las religiones, porque no veían encerrado todo el conocimiento de Dios en las páginas de un libro por sagrado que se le considerase.

Por supuesto que ya no se quema ni se mata a nadie por cuestiones religiosas, pero todavía están muchísimas gentes esclavizadas

a la letra de los libros sagrados sin escudriñar su espíritu.

Para llegar al estado de superconciencia de una manera normal, es preciso pasar por las descritas etapas de la Yoga Raja.

A la concentración ha de seguir la meditación. Cuando la mente está acostumbrada a mantenerse fija en un solo punto interno o externo, tiene la facultad de pensar sin interrupción en el objeto en que se fija; y cuando este continuo pensamiento se aplica al significado interno del objeto, prescindiendo de su percepción externa, se llama samâdhi o superconciencia.

El conjunto de los tres estados de dhâranâ, dhyâna y samâdhi constituyen lo que se denomina en sânserto *samyama*, o sea cuando la mente se concentra en un objeto y es capaz de mantenerse así concentrada durante largo rato y escudriñar el interno significado del objeto en que se mantiene concentrada, prescindiendo de su externa percepción.

Este meditativo estado es el superior a que puede llegar el hombre en la vida. Mientras haya deseo no es posible la verdadera felicidad, pues sólo el examen contemplativo del objeto allega felicidad.

El animal tiene su felicidad en los sentidos.

El hombre ordinario en el intelecto. El hombre perfecto en la contemplación espiritual.

Para quien nada desea, y contempla como testigo el mundo exterior, los múltiples cambios de la naturaleza son un hermoso y sublime panorama.

Estas ideas se han de comprender en dhyâna o meditación. Al oír un sonido tenemos ante todo la vibración acústica. Después el nervio del oído la conduce al centro cerebral, de donde pasa a la mente y de ella a la percepción del ego, quien reacciona y reconoce el objeto puesto en vibración.

Estas fases del fenómeno auditivo se llaman: sonido (*śabda*), significado (*artha*) y conocimiento (*jñana*).

En tecnicismo fisiológico se llaman: vibración, transmisión nerviosa y reacción mental.

Pero las tres fases del fenómeno se identifican tan por completo que no es posible percibir las por separado.

Pero cuando ya del todo disciplinada tiene la mente la facultad de percepción sutil puede aplicarse a la meditación, empezando por objetos densos y siguiendo por los sutiles hasta meditar sin necesidad de objeto material.

Dicho de otro modo, la mente debe ocuparse primero en percibir las externas causas de

las sensaciones, después los movimientos internos y por último su propia reacción.

Cuando la mente logre percibir las externas causas de las sensaciones, tendrá la facultad de percibir las formas sutiles que no puede percibir con los sentidos físicos.

Cuando haya percibido los movimientos internos, podrá gobernar las ondas mentales, propias y ajenas, antes de que se transmuten en energía física; y cuando la mente sea capaz de percibir la reacción mental tendrá el yogui el conocimiento de todas las cosas, porque habrá descubierto la esencial naturaleza de su mente que estará entonces bajo su dominio.

De muchos poderes psíquicos dispondrá a la sazón el yogui, pero si emplea cualquiera de ellos con fines egoístas o siniestros se cerrará el camino de ulterior adelanto.

En cambio, si no hace mal uso de sus facultades taumatúrgicas, logrará suprimir toda agitación tumultuosa en el océano de su mente, y en su tranquila superficie se reflejará su alma.

Entonces se conocerá el yogui a sí mismo, se conocerá tal como es y como ha sido siempre.

Cada una de las etapas que conducen al estado superconsciente se ha de practicar con

rigurosa exactitud para obtener el anhelado fin, en que cese toda aflicción y el alma quede por siempre liberada de la esclavitud de la materia.

Todo ser viviente ha de alcanzar el estado de samâdhi al término del presente cielo de evolución.

CAPÍTULO VII

SÍNTESIS DE LA YOGA RAJA

El fuego de la Yoga Raja consume la pecaminosa naturaleza inferior del ser humano.

Cuando queda purificado el conocimiento, se alcanza directamente el nirvana.

El conocimiento auxiliador del yogui proviene de la práctica de la Yoga.

El Señor se complace en quien en sí combina la Yoga y el conocimiento.

Manifiestan su esencial divinidad los que frecuente o constantemente practican la Yoga superior.

Porque la Yoga tiene dos aspectos: el inferior y el superior.

El aspecto inferior, llamado en sánscrito *abhâva*, consiste en que el ejercitante se considera desprovisto de toda cualidad, como inexistente en el mundo de las relaciones, llamado también mundo objetivo.

El aspecto superior, llamado en sánscrito *mahayoga*, consiste en que el ejercitante se

considera libre de toda impureza, feliz y en unión con Dios.

Por medio de ambas yogas alcanza el yogui el conocimiento de sí mismo.

Los grados o trechos del sendero de la Yoga Raja son:

- 1.º Yama.
- 2.º Niyama.
- 3.º Asana.
- 4.ª Prânâyâma.
- 5.º Pratyâhâra.
- 6.º Dhâranâ.
- 7.º Dhyâna.
- 8.º Samâdhi.

Estos ocho grados, trechos o etapas equivalen en lengua vulgar a las siguientes explicaciones:

- 1.ª No injuriar ni dañar a nadie; veracidad; no codiciar; castidad; y rehusar toda dádiva.
- 2.ª Rectitud, compasión, contento, fe, caridad, estudio y sumisión a la voluntad divina.
- 3.ª Ejercicios físicos.
- 4.ª Ejercicios respiratorios.
- 5.ª Concentración mental en un punto externo.
- 6.ª Concentración interna.

7.ª Meditación.

8.ª Éxtasis o estado de superconciencia.

No hay virtud superior ni mayor felicidad que las resultantes de no dañar ni ofender a ningún ser viviente de pensamiento, palabra y obra.

La veracidad es el fundamento de todas las cosas, y nos facilita llevar a cabo nuestra labor.

No hemos de codiciar los bienes ajenos; y por tanto, el ejercitante de la Yoga Raja no ha de apoderarse de lo que no es suyo por la astucia en el hurto ni por la violencia en el robo.

Ha de ser casto en pensamiento, palabra y obra, en todas las circunstancias y vicisitudes de su vida.

Tampoco ha de recibir dádivas de nadie aunque se halle en la indigencia, pues al aceptar algo de otro se subordina en dependencia y esclavitud respecto del donador.

El estudio consiste en la consciente recitación de los mantras o himnos védicos, que intensifican la materia sátvica del cuerpo.

Los mantras pueden recitarse verbalmente, semiverbalmente y mentalmente.

La recitación verbal consiste en pronunciar

las palabras en voz alta con sonidos articulados.

La semiverbal consiste en la articulación insonora de las palabras, de modo que se mueven los labios, pero no se oye lo que se recita, por muy cerca que se esté del recitante.

La mental consiste en pensar en las palabras del mantra y pronunciarlas internamente sin que las articulen los órganos bucales ni se emita sonido vocal.

La recitación mental es la de mayor eficacia.

Dicen los sabios que hay dos clases de purificación: la del cuerpo o externa y la de la mente o interna.

La purificación externa consiste en la limpieza y aseo del cuerpo por medio de las abluciones, baños, duchas e irrigaciones.

La purificación interna consiste en desechar de la mente los malos y siniestros pensamientos y del ánimo las emociones concupiscentes y pasionales.

La purificación interna es preferible; pero ambas son indispensables para el yogui.

La sumisión a la voluntad divina se manifiesta por medio de la alabanza, del pensamiento u oración mental y de la desinteresada devoción.

En cuanto al ejercicio físico se contrae res-

pecto a la Yoga Raja a la postura o actitud del cuerpo, que puede ser la que por lo cómoda mejor convenga al ejercitante, sin otras condiciones que mantener pecho, cuello y cabeza erguidos en línea recta.

Los ejercicios respiratorios se resumen en la prânâyâma, que significa dominio, restricción y regulación del aliento respiratorio.

La prânâyâma consta de tres actos o tiempos:

1.º Inspiración profunda y prolongada.

2.º Retención del aliento.

3.º Espiración prolongada de modo que se expela la mayor cantidad del desecho respiratorio (anhídrido carbónico y vapor de agua) pero no aire viciado como suele creerse.

El primer tiempo o inspiración se llama en sánscrito *puraka*.

El segundo tiempo o retención del aliento se llama *kumbhaka*.

El tercer tiempo o espiración se llama *rechaka*.

La inspiración se ha de hacer alternativamente por una sola fosa nasal, tapando la otra con el dedo pulgar.

En el prânâyâma inferior varias veces repetido sobreviene la transpiración o sudor del cuerpo.

La espiración se hace por la fosa nasal por la que no se haya hecho la inspiración.

Cuando el aliento se retiene durante doce segundos, el prânâyâma es inferior.

Cuando se retiene veinticuatro segundos es intermedio o mediano. Cuando se retiene durante treinta y seis segundos es el superior.

En el prânâyâma intermedio se estremece temblorosamente el cuerpo.

En el prânâyâma superior sobreviene la levitación del cuerpo y un sentimiento o influjo de intensa felicidad.

Al practicar el prânâyâma se puede recitar mentalmente por tres veces el mantra llamado *Gayatri*, que dice así:

“Meditemos en la gloria del Ser que produjo el universo. Que ilumine nuestra mente.”

Al principio y al fin del mantra se pronuncia con toda reverencia la sagrada palabra *AUM*.

La pratyâhâra o concentración mental en un punto u objeto externo requiere el dominio de los órganos de los sentidos, de suerte que sujetos a la voluntad se retraigan de los objetos exteriores, y permitan la concentración mental.

La concentración interna o dhâranâ consiste en fijar la mente en el chacra o centro vital

cardíaco, llamado también el “loto del corazón”, así como igualmente puede fijarse en el chacra coronario o centro vital, situado en lo alto de la cabeza.

Una vez fija la mente en uno de estos chacras, sobreviene la meditación o dhyâna, que consiste en que se levantan unas vibraciones u oleadas mentales cuya gradual intensidad prevalece contra toda otra especie de vibraciones.

El éxtasis o estado de superconciencia, llamado en sánscrito *samâdhi*, sobreviene cuando la mente vibra de por sí, prescindiendo de todo punto de apoyo, y sólo se fija en el objeto de pensamiento.

La concentración interna o dhâranâ requiere que la mente se fije por lo menos durante doce segundos en el centro o chacra escogido.

Doce dhâranâs constituyen una dhyâna o meditación; y doce dhyânas o meditaciones continuadas producirán el éxtasis o samâdhi.

La Yoga Raja no puede ni debe practicarse en los siguientes lugares:

- 1.º Donde haya fuego, agua o el suelo cubierto de hojarasca.
- 2.º En donde abunden los hormigueros.
- 3.º Donde haya animales salvajes.
- 4.º En las encrucijadas de los caminos.

5.º En parajes de mucho bullicio, frecuentados por gentes maleantes.

6.º En sitios donde haya suciedad.

Tampoco debe practicarse la Yoga Raja cuando el cuerpo esté fatigado o el ánimo abatido.

Conviene escoger un paraje apartado del tránsito de las gentes, donde nadie venga a perturbarnos o bien un aposento retirado de la propia casa.

Antes de comenzar el ejercicio se dirige una salutación a los antiguos yoguis, otra al propio instructor y por último se levanta el corazón a Dios.

CAPÍTULO VIII

PRÁCTICA DE LA MEDITACIÓN

Daremos unas cuantas reglas cuya observancia guiará el ejercitante en la práctica de la meditación.

De pie, con el cuerpo erguido, fíjese la vista en la punta de la nariz.

Dice el *Bhagavad Gita*:

“Dedíquese el yogui a la Yoga y more en escondido paraje, con cuerpo y mente subyugados, libre de esperanza y deseo.

”En lugar incontaminado establezca su firme asiento, ni muy alto ni muy bajo, aderezado con hierba kusha, tapizada con una tela y una piel negra de antílope.

”Allí, firme en su asiento, con la mente concentrada en un mismo punto de conversión, con el pensamiento subyugado y restrictas las funciones de los sentidos, practique la Yoga para purificar su ser.

”Con pecho, cuello y cabeza erguidos, fir-

memente inmóvil, mirando de hito en hito el extremo de la nariz sin divertir la vista a lado alguno, sereno y libre de temor todo su ser, constante en el voto del brahmachari, disciplinada la mente y pensando en Mí, permanezca armonizado en la aspiración a Mí."

De estos pasajes se infiere que la posición también puede ser sedente, pero siempre con *pecho, cuello y cabeza erguidos* y mirando fijamente la punta de la nariz.

Esta fijeza de la vista tiene por finalidad el dominio de los dos nervios ópticos que favorecen el dominio de la voluntad.

Imaginemos en el chacra coronario de la cabeza un loto de ocho pétalos cada uno de los cuales simbolice un poder del yogui y cuyo tallo denote el conocimiento, y los estambres y pistilos la renunciación.

Si el yogui renuncia a los poderes psíquicos alcanzará la salvación; pero si por desgracia los empleara en provecho propio dejaría de ser yogui.

En el interior del loto imaginemos al Ser radiante, omnipotente, inefable, intangible, cuyo nombre es AUM, rodeado de efulgente luz. Medítese.

Otra especie de meditación consiste en fijar la mente en el chacra o centro vital del cora-

zón, donde arde una llama, símbolo de nuestra alma.

Imaginemos que en el interior de esta llama mora Dios, alma de nuestra alma. Medítese.

Diferentes y armónicas vibraciones mentales levantan la castidad, la compasión, la misericordia, la veracidad, el perdón de las ofensas, aun de las recibidas de nuestros mayores enemigos, y la fe en Dios.

Nadie debe desalentarse si todavía no es perfecto en estas virtudes, pues si en su ejercicio persevera las dominará. El Señor concederá todo cuanto le pida quien en Él se haya refugiado y que renuncie a todo afecto, que no sienta temor ni cólera y con el corazón limpio y puro se dirija al Señor.

Adorad al Señor por medio del conocimiento, del amor o de la renunciación.

Dice el *Bhagavad Gita*:

"Quien no malquiere a ser alguno, el amable y compasivo, libre de afectos y egoísmo, ecuánime en la dicha y en la pena, indulgente, siempre gozoso, en armonía con su regulado Yo, de voluntad resuelta, con mente y discernimiento posados en Mí ¡oh, devoto mío! él es a quien yo amo.

"Quien no conturba al mundo ni el mundo le conturba, que está libre de las inquietudes

del goce, del temor y de la cólera, él es a quien yo amo.

"El que nada desea, el que sin pasión, sereno, experimentado y puro renuncia a toda empresa, él ¡oh, devoto mío! es a quien yo amo.

"El que ni ama ni aborrece ni se aflige ni desea y con plena devoción renuncia al bien y al mal, él es a quien yo amo.

"Quien inalterable se mantiene ante el amigo y ante el enemigo, en la fama y en la ignominia, en el calor y en el frío, en la dicha y en la pena, libre de afectos, que por igual recibe la alabanza y el vituperio, silencioso, del todo satisfecho con lo que le sucede, sin hogar propio, de mente firme y plena devoción, él es a quien yo amo.

"Mas, en verdad, aquellos devotos llenos de fe para quienes Yo soy el Supremo Objeto y participan de esta vivificadora Sabiduría que aquí te revelé, ellos son a quienes predilectamente amo."

El divino sabio Narada pasaba un día por un bosque y vió un hombre sentado en actitud meditabunda, en cuyo rededor habían levantado un montículo las hormigas blancas.

El hombre le preguntó a Narada:

— ¿A dónde vas?

— Al cielo.

— Pues dile a Dios que cuándo tendrá misericordia de mí, y alcanzaré la liberación.

Más adelante de su camino encontró Narada a otro hombre que brincaba, cantaba y bailaba como si estuviese muy alegre, quien también le preguntó:

— ¿A dónde vas?

— Al cielo.

— Pues pregunta cuándo alcanzaré la liberación.

Prosiguió Narada su camino, y al cabo de mucho tiempo volvió a pasar otra vez por el mismo bosque.

El hombre de las hormigas blancas, le preguntó:

— ¿Cumpliste mi encargo?

— Sí.

— ¿Y qué te dijo Dios?

— Que alcanzarás la liberación después que hayas pasado por otras cuatro vidas terrenas.

El hombre aquel prorrumpió en amargo llanto, diciendo:

— He meditado hasta el punto de que las hormigas blancas han tenido tiempo de levantar un montículo en mi derredor y aun he de esperar cuatro vidas más.

El otro hombre le preguntó asimismo a Narada:

— ¿Cumpliste mi encargo?

— Sí.

— ¿Y qué te ha dicho Dios?

— ¿Ves este tamarindo? Pues has de nacer tantas veces como hojas tiene su follaje, y entonces alcanzarás la liberación.

El hombre alegróse en extremo, y bailando de contento exclamó:

— ¡Qué dicha! ¡Alcanzar la liberación tan pronto!

Pero en aquel punto resonó una voz que decía:

— ¡Hijo mío! Liberado estás desde este momento.

Tal fué el premio de su perseverancia final. Estaba dispuesto a seguir esforzándose todas aquellas futuras vidas sin desalentarse ni abatirse, mientras que el otro asceta se quejaba de que fuese demasiado largo el corto plazo de cuatro vidas.

Únicamente la perseverancia en la práctica de la Yoga Raja puede dar provechosos resultados.

CONFERENCIAS
DE
SWAMI VIVEKANANDA

I. — EL MACROCOSMOS

Hermosas son las flores que vemos en nuestro derredor. Hermoso es el nacimiento del sol y hermosas las variadas tintas del ocaso.

Hermoso es el universo y el hombre ha gozado de tan admirable espectáculo desde que apareció en la tierra.

Sublimes son las montañas que infunden un sentimiento de pavor, los caudalosos ríos que fluyen hacia el mar, los desiertos sin senda, el vasto océano, los estrellados cielos.

La suma de existencias a que llamamos Naturaleza ha influído en la mente humana desde tiempo inmemorial y la reacción se ha manifestado en la pregunta: “¿Qué es todo esto y de dónde provino?”

En los Vedas, la más antigua Escritura del mundo, encontramos la misma pregunta. “¿De dónde ha surgido todo cuanto vemos? Cuando nada existía, y las tinieblas cubrían las tinieblas, ¿quién proyectó el universo? ¿Cómo? ¿Quién conoce el secreto?”

La pregunta ha llegado intacta a nuestros días. Millones de veces se ha intentado responderla y otras tantas se ha quedado sin respuesta definitiva.

Pero no han fracasado totalmente las aventuradas respuestas. Cada respuesta contenía una parte de la verdad, y esta verdad se va robusteciendo a medida que transcurre el tiempo.

Trataré de bosquejar la respuesta que inferí de los antiguos filósofos de India en armonía con el moderno conocimiento.

Vemos que ya se han resuelto algunos puntos de esta antiquísima pregunta. El primer punto es que hubo tiempo en que nada existía. ¿Estamos seguros de ello? Trataremos de ver cómo llegaron los filósofos de la antigua India a esta conclusión que no parece definitiva.

De la semilla brota la planta que entallece, ahija y medra hasta convertirse en frondoso árbol que al morir deja la semilla de que brota un nuevo árbol.

El ave sale del huevo, crece, vive, muere y deja otros huevos, semilla de nuevas aves.

Lo mismo sucede con los mamíferos y con el hombre. Todo ser viviente nace de una semilla, de una célula, de una vida rudimentaria, y crece, se desenvuelve, decae y muere dejan-

do de sí la semilla de nuevos seres de su especie.

La gota de lluvia en que juguetea el rayo de sol se levantó del océano en forma de vapor para con otras agruparse en nube y condensarse en lluvia que después volverá a evaporarse.

Las ingentes montañas se van desgastando por la acción de las nieves y las aguas que lentamente las pulverizan en arena arrastrada al océano en cuyo fondo levantan nuevas montañas de futuros continentes para morada de las venideras generaciones.

De la arena surgen las montañas que a ser arena vuelven en el transcurso de los milenios.

Si la Naturaleza obedece en todo a la misma ley, y por el método en que forma el grano de arena, forma también los gigantescos soles; si la formación de un átomo está sujeta a la misma ley que la construcción del universo, tendremos que como dicen los Vedas, "al conocer un pedazo de arcilla, conoceremos toda la arcilla existente en el universo".

Si conociéramos la constitución íntima y esencial de un grano de arena o la vida interna de una planta conoceríamos todo el universo.

Aplicando este razonamiento a los fenóme-

nos, vemos que todas las cosas son similares

La montaña es una aglomeración de granos de arena y en arena se resuelve. El río es vapor de agua condensado y tornará a ser vapor. La planta brota de la semilla y produce en el fruto nueva semilla. La vida humana surge de un germen y retorna al germen. El universo tuvo por embrión la nebulosa y a la nebulosa ha de volver.

¿Qué nos enseña todo esto? Que las manifestaciones densas son el efecto, y las sutiles la causa.

Hace millares de años, Kapila, el padre de la filosofía, demostró que toda destrucción significa el retorno a la causa.

Si una mesa u otro objeto material se destruye, sus elementos componentes vuelven al repositorio común de donde vinieron a constituirlo.

Al morir el cuerpo de un hombre, las diversas sustancias o modalidades de la única sustancia, que formaron el cuerpo, vuelven a su primitivo estado. Cuando la tierra se desquicie, sus componentes retornarán al estado que tenían antes de formarla.

Por lo tanto, vemos que el efecto es una diferente modalidad de la causa. Todo objeto material es un efecto que tuvo su causa, y esta

causa se manifiesta y se halla presente en la forma del objeto.

Cuando el objeto se destruye, desaparece la forma, el efecto, pero la causa o materia constituyentes del objeto queda permanente.

Por otra parte, vemos que las formas vegetales, animales y humanas nacen, se reproducen y mueren en indefinida repetición.

La misma ley cabe aplicar al universo en conjunto, y los soles con sus planetas se resolverán algún día en su materia original, que dará origen a nuevos soles y planetas.

La semilla no se convierte súbitamente en árbol. Permanece algún tiempo bajo el suelo en oculta y sutil actividad hasta que se descompone como tal semilla y arraiga en la tierra y brota del suelo para entallecer, ahijar y medrar al fin en corpulento árbol.

Asimismo el universo tuvo en un principio su período de gestación invisible e inmanifiesta, a que se llama estado caótico, hasta surgir a la plena manifestación.

Pero en vista de que todo efecto tiene su causa y esta causa es la sutil modalidad del efecto, se infiere que también el universo debió de tener su causa y no pudo surgir de la nada sino que fué consecuencia de un precedente universo, como la planta es consecuencia de

una semilla precedente. Tal es la evolución de los universos.

Además, toda evolución ha de estar precedida por una involución. La célula de que se origina la forma humana tiene en sí involucionada esta forma, como la semilla tiene en sí involucionado el futuro árbol.

Así vemos que no es posible que de la nada salga algo. Todo *es* desde la eternidad, sin principio ni fin en cuanto a *esencia*, pero con principio y fin en cuanto a forma y *existencia*.

En las formas ínfimas de la vida, donde comienza la evolución, está involucionado el espíritu de Dios, que anima a todas las formas y gradualmente se va manifestando a medida que evoluciona la forma hasta manifestarse plenamente en este mundo físico, en la superior forma humana.

Según la ley de la conservación y transmutación de la energía, no es posible obtener rendimiento útil de una máquina si previamente no le aplicamos la energía que ha de transmutarse en trabajo mecánico.

En el universo no se aniquila ni un átomo de materia ni un ergo de energía. Se transmutan, pero se conservan. Por lo tanto, el hombre perfecto, el hombre divino, el hombre liberado, el hombre celeste estaba involucio-

nado en el protoplasma que inició la evolución.

De esta suerte se explica que de Dios procedan todas las cosas y todos los seres y a Dios hayan de volver.

Varias veces se me ha preguntado por qué llamo Dios a la suprema Inteligencia involucionada en el universo, y respondí que porque no encuentro palabra mejor apropiada, pues con el nombre de Dios en diversos idiomas se ha dirigido al único y supremo Ser la humanidad en sus dichas y esperanzas, angustias y temores, anhelos y aspiraciones, de suerte que la palabra Dios está estereotipada desde tiempo inmemorial por los sabios que comprendieron su genuina significación aunque el vulgo ignorante la haya adulterado con groseras supersticiones.

Si nos fijamos en la ley de asociación, veremos que la palabra Dios está íntimamente relacionada con las ideas de infinidad, omnisciencia, omnipotencia, bondad, verdad y belleza; que con esta palabra han adorado al Ser infinito millones de almas humanas y la han identificado con todo lo noble y óptimo en la humana naturaleza.

Vemos que todas las modalidades de la energía cósmica son las diversas manifesta-

ciones del supremo y absoluto Dios. Todo cuanto en el universo existe emanó o mejor diríamos fué proyectado por Dios y es de Su misma esencia.

Refulge en los astros y está presente en tierras y mares, en la lluvia y en el aire, en el cuerpo humano, en las flores y en las aves, en los animales y plantas, en el que habla y en el que escucha.

Dios es esencialmente la causa material y eficiente del universo. Está involucionado en la célula y vuelve a manifestarse como Dios en el otro extremo de la evolución.

Así dicen los Upanishads:

“Tú eres el hombre. Tú eres la mujer. Tú eres el joven. Tú eres el viejo apoyado en el bastón. Tú estás en todas las cosas. Lo eres Todo ¡oh!, Señor.”

Esta es la única solución del problema del Cosmos que satisface a la inteligencia humana.

En una palabra: de Él nacemos, en Él vivimos y a Él hemos de volver.

II. — EL MICROCOSMOS

Por ley natural desea el hombre examinar el mundo exterior por medio de los órganos de los sentidos.

El ojo no puede menos de ver y el oído de oír y los demás sentidos de percibir las sensaciones del mundo exterior cuyas bellezas cautivaron desde un principio la atención del hombre, por lo que al mundo exterior se referían las primeras preguntas que al contemplarlo brotaron de la mente humana.

Buscaron los hombres primitivos la solución del misterio en los astros, en los ríos, mares y montañas; y en todas las religiones antiguas hallamos huellas de la investigación del mundo externo a que a tientas se entregó en un principio la mente humana.

Forjó el hombre en su imaginación dioses representativos de cuanto sin comprender la causa veía en el mundo exterior, y así hubo dios de las aguas, de los vientos, de los mares, de los ríos, de las montañas, de la tierra y del

cielo, del sol y de la luna, de suerte que todas las hoy conocidas fuerzas de la Naturaleza estaban representadas en simbólicas divinidades, que para las gentes eran entonces entidades tan antropomórficas como para el vulgo del día lo es el único Dios.

Según adelantó la humanidad en su evolución, ya no le satisficieron estas divinidades, pues la observación y la experiencia demostraron la naturalidad y descubrieron la causa de lo que un tiempo le pareció obra de los dioses.

En consecuencia, los pensadores apartaron la atención del macrocosmos y la convirtieron al microcosmos, la abstraieron de lo externo y la concentraron en lo interno.

No hay problema cuya solución tan de cerca interese al hombre como la de su verdadera naturaleza, y en toda época y país, sabios y reyes, ricos y pobres, justos y pecadores se preguntaron unos a otros si había o no de haber algo permanente en esta transitoria vida, algo que no muriese al morir el cuerpo.

Completaban la mutua pregunta que si en efecto había en el hombre algo inmortal, de dónde dimanaba y cuál era su destino.

Esta pregunta se ha ido repitiendo de generación en generación y volverá a repetirse mientras haya un cerebro que piense.

Sin embargo, no se reitera la pregunta porque haya quedado incontestada ni porque sea incontestable, sino porque las respuestas dadas en las diversas épocas de la historia del pensamiento humano no han satisfecho a todas las mentes, aunque la que los antiguos sabios dieron hace millares de años se va corroborando y esclareciendo a medida que transcurre el tiempo; y por tanto, no hemos de hacer otra cosa que reafirmar aquella antiquísima respuesta.

No pretendemos iluminar con nueva luz tan interesante problema, sino tan solo exponer la antigua verdad en lenguaje moderno, y traducir al pobre idioma humano el pensamiento divino, porque la esencia de este pensamiento late en la mente humana, que por lo mismo será capaz de comprenderlo.

Para ver son necesarias varias cosas. Primeramente, los ojos, porque si uno está normalmente constituido en todo lo demás y carece de ojos, no podrá ver.

En segundo lugar se necesita el verdadero órgano de la visión, que aunque parezca extraño no es el ojo sino el correspondiente centro nervioso del cerebro.

El aparato visual no es más que el instrumento de la visión.

Si el centro nervioso está dañado, el hombre no verá por muy sanos y hermosos que tenga los ojos.

Lo mismo sucede con los otros cuatro sentidos, cada uno de los cuales tiene además de su instrumento de sensación, el correspondiente centro nervioso de recepción.

Así el aparato auditivo no es más que el instrumento que transmite las vibraciones acústicas al centro nervioso del oído.

Sin embargo, no bastan ni el instrumento de sensación ni el centro de recepción, pues ni uno ni otro *perciben* el objeto externo.

Si un individuo está leyendo atentamente un libro, enfrascado en la lectura no oirá el toque del reloj al dar las horas; y sin embargo, las vibraciones sonoras se habrán deslizado por los repliegues de la oreja, y puesto en vibración el tímpano y afectado al nervio acústico que las habrá transmitido al correspondiente centro cerebral.

¿Por qué no oye el individuo a pesar de que no falta ningún elemento fisiológico de la audición?

Porque quien ve no es el ojo ni quien oye es el oído ni quien huele es la nariz ni quien gusta es la lengua ni quien toca es la mano ni tampoco los correspondientes centros cere-

brales, sino *algo* que no es el cuerpo, y este algo ha de ser forzosamente el verdadero ser del hombre, denominado por los psicólogos con los nombres de alma, ego, jiva, espíritu y Yo, según la escuela o sistema, pero que designan una misma entidad.

Pero el alma o ego dispone de un instrumento peculiar para recibir todas las sensaciones que le transmiten los centros cerebrales. A este instrumento le llamamos mente, y cuando el ego lo concentra en determinado objeto externo, no percibe aunque las reciba, las sensaciones transmitidas por los demás órganos a que no aplica la mente.

Por otra parte, la mente es un vórtice establecido en el organismo invisible del hombre, de un estado de materia incomparablemente sutil respecto de la física, llamada materia mental, que vibra por la acción del ego, y las modalidades de vibración corresponden al funcionamiento de las diversas facultades intelectuales, cuyo conjunto se llama intelecto.

Por lo tanto, el ego es el perceptor y todos los demás elementos son medios transmisores dispuestos en serie, a saber:

1.º El órgano externo o instrumento de sensación.

2.º El órgano interno o centro cerebral.

- 3.º La mente.
- 4.º El intelecto.
- 5.º El Perceptor, el Ego, el Alma o verdadero ser humano.

Al percibir el ego la transmitida sensación responde a ella, y la respuesta pasa por los mimos elementos sensorios, el intelecto, la mente, el centro cerebral y el instrumento de sensación.

Todas estas operaciones se efectúan *instantáneamente*.

El cuerpo de carne y huesos con sus instrumentos de sensación se desintegra al término de la vida física, y cualquier accidente arriesga destruirlo.

El cuerpo sutil no perece con el físico, sino que sirve de instrumento al ego en la vida ultraterrena, pero también se desintegra al término de esta otra vida, cuando el ego ha de reencarnar en un nuevo cuerpo físico y renacer en este mundo con también un nuevo cuerpo sutil según la ley de causación.

Sin embargo, también el cuerpo sutil tiene su proceso de vigor y decadencia mientras está unido al físico, pues vemos que en la vejez se debilitan las facultades intelectuales, aunque no por sí mismas, sino porque se han debilitado sus instrumentos físicos de mani-

festación y expresión; pero el ego no se debilita ni decae, ya que es inmortal.

El cuerpo físico y el cuerpo sutil no son más que instrumentos del ego. Mientras estos instrumentos son eficaces, el ego puede manifestarse por su medio; pero cuando los instrumentos se desgastan, porque son combinaciones de materia y todo lo combinado y compuesto ha de descomponerse y perecer, el ego ha de renovar sus instrumentos para seguir manifestándose y pasar por las experiencias necesarias para su evolución.

El ego no puede evolucionar esencialmente, esto es, que no puede acrecentarse ni disminuirse porque es divino, ni adquirir conocimientos porque *es* el conocimiento ni tener existencia porque ya *es* la existencia ni lograr la felicidad porque *es* la felicidad.

Así vemos que al hablar de la evolución del ego, no significamos que haya de *adquirir* lo que todavía no posee, sino que ha de *ir manifestando* etapa por etapa, vida tras vida lo que *esencialmente* ya posee por su divina naturaleza, lo que de toda eternidad posee.

Las cualidades, atributos y poderes esenciales del ego se reflejan con mayor o menor intensidad en la mente, que a su vez los refleja en el cuerpo físico, de suerte que la diferencia

entre todos los seres vivientes no es esencial sino tan sólo de grado de manifestación.

Otro problema se ofrece ahora a nuestro examen. Si el ego humano es de por sí existente, eterno, omnisciente y feliz, no puede haber sido creado y mucho menos de la nada, sino que debe ser de la misma esencia que el Ser absoluto e increado, pues de la nada no puede salir algo. Si como afirman los teólogos cristianos que por incompreensión han tergiversado las enseñanzas del Fundador de su religión, creara Dios de la nada una alma para que animase a cada cuerpo fisiológicamente nacido, estaría creando sin cesar almas, pues a cada instante nacen en este mundo cuerpos humanos.

Añaden los teólogos que Dios crea las almas a su imagen y semejanza, como si cada alma fuese una proyección cinematográfica de Dios.

Pero la experiencia y la observación demuestran evidentemente que desde los primeros días de la vida física, se manifiestan las almas de muy distinta manera, aun las de los nacidos en la misma cuna, criados por la misma madre en el mismo ambiente e influídos por iguales ejemplos, y no es posible que haya de Dios tan diversas y aun contrarias imágenes y semejanzas.

Lo más lógico y natural, lo más congruente con la razón y la intuición es que el alma humana sea esencialmente divina, no imagen y semejanza sino real identidad de naturaleza con Dios, aunque *distinta* de Dios, ya que la *distinción* no supone *diferencia*.

El oxígeno que en el acto de la inspiración penetra en los pulmones, en las branquias o tráqueas de cuantos seres alientan en el mundo es *esencialmente* el mismo oxígeno, pero *distinta* no *diferente*, la porción de oxígeno que cada cual absorbe.

Así el infinito espíritu de Dios puede sin menoscabo de su indivisible unidad, animar, esto es, ser el alma de cada forma corporal, pero ajustada en su manifestación a las condiciones orgánicas de cada forma. Por lo tanto, pueden ser y son las almas humanas esencialmente idénticas entre sí e idénticas a Dios; y sin embargo, ser distintas unas de otras y distintas de Dios por la diversidad del grado de manifestación.

Estas consideraciones nos conducen a la del tan debatido tema de la reencarnación del ego.

Hay quienes encastillados en los prejuicios dogmáticos de un tergiversado exoterismo religioso, afirman apriorísticamente que la reencarnación es imposible; y sin embargo, admi-

ten la notoria imposibilidad de la creación de las almas de la nada y la inmortalidad de estas mismas almas en una vida ultraterrena sin fin.

Evidentemente, si algo pudiera salir de la nada, a la nada habría de volver; pero el alma humana no salió de la nada ni ha de volver a la nada.

El alma humana, considerada como substancia espiritual, simple e indivisible, existe desde toda eternidad y nunca cesará de existir.

Dice el *Bhagavad Gita*:

“Ni Yo ni tú ni esos príncipes de hombres, en tiempo alguno hemos dejado de ser ni dejaremos de ser en adelante.

”Lo que no existe no tiene ser, y lo que existe jamás dejará de ser. Los videntes de la esencia de las cosas han percibido esta verdad.”

La verdad de la reencarnación no sólo no tiene nada de espeluznante sino que es esencialísima para el bienestar moral de la humanidad.

Es la única conclusión lógica a que puede llegar todo pensador reflexivo.

Si hemos de existir eternamente después de esta vida, forzoso es que hayamos existido también eternamente antes de esta vida.

Trataré de refutar las más frecuentes objeciones levantadas contra la verdad de la reencarnación, aunque a los convencidos de ella les parezcan pueriles, pues a veces suelen los hombres de mucho talento en su especialidad, soltar puerilidades en asuntos que no son de su intelectual competencia, y con acierto se ha dicho que no hay absurdo sin filósofo que lo defienda.

La objeción al parecer más grave es que no nos acordamos de nuestras vidas pasadas.

Dicho esto con relación a la masa general de la humanidad es innegable, pues si la inmensa mayoría las recordara, no hubiera motivo de discusión; pero dicho con respeto a *toda* la humanidad sin excepción y en absoluto es una falacia, pues hay quienes recuerdan completamente sus vidas pasadas, y también quienes pueden escrutar las de cuantos se sometan a un examen clarividente.

Por otra parte, nadie recuerda distintamente *todos* los sucesos, circunstancias, vicisitudes y pormenores de esta misma vida terrena que está pasando, ni cuanto hizo en su infancia; y si de la memoria dependiese la existencia, habríamos de admitir el absurdo de que no existimos en la niñez.

Por otra parte, los instrumentos de mani-

festación y expresión de que el ego dispone en esta su presente vida no son los mismos que los de que dispuso en una vida anterior, y por tanto no están impresas en el nuevo cerebro físico las sensaciones que se imprimieron en el ya desaparecido cerebro del cuerpo en que actuó el ego en una vida anterior.

En el nuevo cerebro, órgano de la mente, sólo está impreso el resultado, el fruto, la suma algébrica de las experiencias adquiridas por el ego en vidas anteriores, porque en cada vida se manifiesta el ego como el resultado de sus pasadas acciones.

Cuando Krishna, Buda, Cristo y algún otro divino instructor nos hablan implícita o explícitamente de la reencarnación, los positivistas por una parte y los teólogos de bajo vuelo por otra se revuelven contra la verdad diciendo que es locura; pero cuando Huxley o Tyndall afirman algo, se acepta cuanto dicen como si fuera verdad inconcusa, de suerte que junto a la infalibilidad del pontífice romano han declarado dogmáticamente la infalibilidad de los pontífices científicos.

Vemos que no tiene valor alguno la objeción basada en la carencia del recuerdo de pasadas vidas, máxime sin consideramos que según demuestra la experiencia de cuantos por ella

pasaron, se recuerdan todas las vidas cuando el hombre alcanza la liberación de la rueda de muertes y nacimientos, esto es, cuando ya no necesita reencarnar.

Entonces reconocemos que las vidas terrenas son como sueños por lo transitorias, que el mundo es a manera de escuela experimental de perfeccionamiento o como escenario en que actuamos cada vez con diferente personalidad en el drama de la vida, y fuimos padres y madres, hijos e hijas, maridos y esposas, parientes y amigos, ricos y pobres, y veremos cuántas veces estuvimos en la cumbre de la terrena exaltación y cuántas en la cima del abatimiento.

Entonces se desvanecerá el deseo de vida senciente y habremos vencido a la muerte.

Después de refutar las objeciones contra la reencarnación, conviene exponer los argumentos que la justifican.

Ninguna otra teoría como la de reencarnación explica racionalmente las profundas diferencias que se observan entre las aptitudes y posibilidades de los seres humanos para adquirir conocimiento.

Ante todo consideremos el proceso de adquisición del conocimiento. Supongamos que voy por la calle y veo un perro. ¿Cómo sé que

es un perro? Lo refiero a mi mente, en la que hay varios grupos de mis pasadas experiencias encasilladas como si dijéramos.

Tan pronto como recibo una nueva impresión, la refiero a una de las casillas, y al notar que ya existe en la mente un grupo de las mismas impresiones, coloco en aquella casilla la nueva impresión y quedo satisfecho. Sé que he visto un perro porque coincide con las impresiones ya existentes en la mente. Cuando no encuentro en la mente análogas impresiones a la recibida, no me quedo satisfecho y me hallo en el estado mental que llamamos *ignorancia*, mientras que si la nueva impresión tiene ya sus análogas en la mente, me quedo satisfecho y me hallo en el estado mental que llamamos *conocimiento*.

Cuando el hombre vió caer por vez primera una manzana del árbol, le extrañó el fenómeno, porque no tenía análogos precedentes; pero conforme se fué repitiendo el fenómeno, agrupó todas las impresiones análogas en una casilla de su mente, y Newton infirió de estas impresiones la ley de la gravitación.

Por lo tanto, vemos que sin un acopio de experiencias e impresiones ya existentes, no sería posible el conocimiento de ninguna nueva impresión; y si según decía Aristóteles, el

niño naciera con la mente como una tabla rasa, no podría adquirir conocimiento alguno, porque nada habría en su mente a que referir las nuevas impresiones.

Por otra parte, es evidente que la facultad de adquirir conocimiento varía en cada individuo, y esto demuestra que hemos venido a este mundo con nuestro peculiar acopio de conocimientos.

Sólo es posible adquirir conocimiento por medio de la experiencia, y lo que conocemos sin haberlo experimentado en esta vida debimos experimentarlo en una vida anterior.

¿Cómo es innato el instinto de conservación y el temor a la muerte?

Rompe el polluelo el cascarón, y si viene un águila, se refugia instintivamente el polluelo bajo las alas de su madre.

Pero el instinto es una palabra con que los naturalistas encubren su ignorancia de la causa originaria del temor que tiene a la muerte un polluelo recién salido del cascarón.

Tampoco explica el instinto por qué cuando una gallina empolla huevos de pato, se zambullen derechamente los polluelos en el agua apenas rompen el cascarón. Nunca nadaron antes de entonces ni nadie les ha enseñado a nadar.

Cuando un niño empieza a aprender a tocar el piano ha de atender con sumo cuidado a la tecla que pulsa, pero cuando ya ha aprendido, es instintiva la digitación.

Lo que al principio había de hacer conscientemente no requiere más tarde el menor esfuerzo de voluntad.

Sin embargo, casi todas las acciones que ahora son instintivas pueden someterse al imperio de la voluntad. Pueden regirse todos los músculos del cuerpo y las funciones de digestión y respiración que ahora en la mayoría de la humanidad son involuntarias, aunque esta voluntaria regulación fuera en el hombre ordinario un retroceso y no un adelanto.

Este doble método prueba completamente que lo que llamamos instinto es la degeneración en hábito inconsciente de acciones que un tiempo fueron voluntarias.

De conformidad con la ley de que la evolución y la involución son correlativas, vemos que el instinto ha de ser la razón involucionada.

Lo que llamamos instinto en el hombre y en los animales es, por lo tanto, el resultado de pasadas experiencias.

Los investigadores científicos ya admiten que el hombre y los animales nacen con deter-

minado caudal de experiencias, pero no las atribuyen al alma sino a la transmisión hereditaria.

La ley de herencia es innegable, aunque no rige sin excepciones, y en modo alguno se opone a la reencarnación. Por el contrario, la confirma, porque cada ser humano viene a este mundo con el fruto de sus pasadas acciones, para dar en la vida terrena un nuevo paso en el sendero de su evolución, y al efecto ha de **asumir un cuerpo físico adecuado a las condiciones de su karma.**

Este cuerpo físico se lo proporcionan los padres, y en consecuencia ha de participar de las condiciones fisiológicas de los cuerpos de los padres o de los ascendientes o de los colaterales. Ha de tener los caracteres de familia.

Si el ego reencarna en tal cuerpo es porque mayormente le conviene como instrumento físico de manifestación y expresión; pero en cuanto a las cualidades mentales y morales no rige la ley de herencia, pues vemos que de padres buenos nacen hijos malos y de padres malos hijos buenos.

Las cualidades y atributos que el ego ha de manifestar en determinada vida terrena no se heredan, son propias del ego, quien obediente a la ley de causación asume los vehículos, en-

volturas o cuerpos mejor adecuados al cumplimiento de su karma en aquella etapa de su evolución.

Además, si admitimos la verdad de la reencarnación, quedan resueltos muchos puntos nudosos que no pueden resolverse a la turbia luz de las vulgares escatologías.

Según la reencarnación, indisolublemente ligada con la ley de causa y efecto, pues una no puede regir sin la otra, cada cual es hijo de sus obras y el artífice de su propia ventura o desventura, sin que haya de culpar a nadie de lo que le suceda. Cada cual cosecha de lo que siembra.

Cuando el viento sopla, las naves veleras que despliegan sus velas reciben el favorable impulso del viento; pero las que no las despliegan no pueden recibirlo. ¿Tiene la culpa el viento? Tampoco es culpa de Dios que unos sean dichosos y otros desgraciados en este mundo, pues cada cual por sus obras es el autor de su dicha o de su infortunio.

El infinito futuro está ante nosotros y hemos de tener presente que nuestros pensamientos, palabras y obras determinarán según su índole la de nuestro porvenir.

III. — INMORTALIDAD

El problema de la inmortalidad del alma ha conturbado desde tiempo inmemorial la mente de vates y sabios, de sacerdotes y profetas, de reyes y mendigos. ,

El interés del problema no ha decaído ni decaerá mientras el hombre exista.

Varias soluciones han presentado diversas mentes y en todas las épocas de la historia discutieron este problema los pensadores, sin que pierda su perenne actualidad.

A menudo nos olvidamos de este problema entre la tumultuosa lucha de la vida ordinaria; pero cuando muere una persona amada, cesa por un momento el bullicio del mundo y nos preguntamos: “¿Qué hay más allá? ¿Cuál es el destino del alma?”

Todo humano conocimiento deriva de la experiencia y todos nuestros razonamientos están basados en la generalización de las experiencias.

¿Qué vemos al mirar en nuestro derredor?

Un continuo cambio que se repite en el ciclo de nacimiento, desarrollo, reproducción, decaimiento, muerte y renacimiento. Tal es nuestra cotidiana experiencia.

Pero tras esta innúmera variedad de formas desde el ínfimo átomo hasta el hombre perfecto, descubrimos la subyacente unidad.

Vemos que de día en día va sutilizándose la valla que a nuestro entender separaba infranqueablemente unas cosas de otras, y la ciencia moderna reconoce ya la unidad esencial de la materia, como desde hace tiempo reconoció la esencial unidad de la energía.

La materia se manifiesta en variedad de modalidades y en diversas formas animadas todas por la misma vida como continua cadena de que las diversas formas son los eslabones. Tal es la evolución de la forma, de la vida y de la conciencia, que ya de muy antiguo conocieron los primitivos sabios, pero que se renueva a medida que adelanta el conocimiento colectivo de la humanidad.

Pero los antiguos sabios percibieron una verdad que no perciben tan claramente los modernos, y esta verdad es la involución.

La semilla medra en planta. Un grano de arena nunca se convierte en planta.

Todas las posibilidades del futuro hombre

laten en el niño, como latén en la semilla todas las posibilidades del futuro árbol.

En germen están todas las posibilidades de una vida futura, y a esta latencia le llamaron involución los antiguos filósofos de la India.

Así vemos que toda evolución presupone una involución. Nada puede evolucionar si no está involucionado y latente en lo que evoluciona.

La ciencia moderna acude de nuevo en este punto en nuestro auxilio. Sabemos por razonamiento matemático que jamás se altera la suma total de la energía operante en el universo. Nada se crea ni se aniquila. Ni un átomo de materia ni una dina de energía.

Por lo tanto, la evolución no puede proceder de la nada sino de una previa involución.

El niño es el hombre involucionado, y el hombre es el niño evolucionado.

La semilla es el árbol involucionado y el árbol es la semilla evolucionada.

Desde el protoplasma hasta el hombre perfecto no hay más que una vida.

Así como la vida del germen humano es la misma vida del feto, del infante, del niño, del joven, del adulto y del viejo, así también es una misma la vida que en continuo encadenamiento anima todas las formas, desde el pro-

toplasma hasta el hombre, y en consecuencia toda la vida evolucionante ha de estar desde un principio involucionada en el protoplasma.

Sin embargo, no hemos de creer que la vida crezca, que aumente o se acreciente por yuxtaposición de más vida, porque la vida latente e involucionada en el protoplasma es la infinita vida de Dios, independiente de toda condición externa.

Substituyamos la idea de *crecimiento* por la de *manifestación* y habremos acertado con la verdad.

Las formas perecen y la vida subsiste en nuevas formas que también perecen, aunque subsiste su materia constituyente para construir nuevas formas.

Sin embargo, esto no es la inmortalidad del alma, sino a lo sumo la perenne renovación de las formas.

Ni la materia se puede aniquilar ni la energía deja de existir. Van transmutándose en diversas modalidades hasta que retornan a la fuente de que procedieron.

Esta transmutación se efectúa en ciclos o en espiral, y no en línea recta, porque en el universo no existe en rigor la línea recta, pues lo que en el mundo tridimensional de relatividad llamamos línea recta no es más que un

arco infinitesimal de una circunferencia de un círculo de radio infinito.

Por lo tanto, tampoco puede aniquilarse el alma en que está involucionada la cósmica energía de Dios, y ha de recorrer su ciclo de evolución para retornar a Dios.

Por otra parte, todo lo que está compuesto se ha de descomponer algún día, y todo lo que en el universo es el resultado de la combinación de fuerza y materia ha de desintegrarse en sus elementos, que son el akasha o materia primordial y la prana o energía universal.

Todo lo que proviene de una causa ha de dejar de existir y retornar a su causa.

Ahora bien; el alma no es una fuerza ni es el pensamiento. Es la productora del pensamiento, pero no el pensamiento en sí. Es la constructora del cuerpo, pero no el cuerpo.

Vemos que el cuerpo no puede ser el alma porque no es inteligente, y la inteligencia es un poder reaccionante.

Al ver un objeto, los rayos de luz que refleja forman su imagen en la retina y esta imagen la transporta el nervio óptico al cerebro que a su vez la transfiere a la mente y ésta al ego quien reacciona y ve el objeto.

Supongamos que un individuo está escuchando con profunda atención lo que se le

dice, porque es para él interesantísimo, y entre tanto le pica un mosquito sin que note la picadura.

El insecto ha horadado con su trompetilla la epidermis del individuo y los nervios periféricos han transmitido la sensación al cerebro y éste a la mente y la mente al ego, como en el caso anterior; pero el ego está ahora ocupado en escuchar al interlocutor y no reacciona contra la sensación porque no la advierte aunque existe. Puede haber sensación, pero si no hay reacción será lo mismo que si no la hubiera, lo cual demuestra que no siente el cuerpo sino el ego o alma cuando reacciona contra la sensación.

Se conocen varios casos en que un individuo en determinadas circunstancias habló en un idioma que no había aprendido; pero ulteriores investigaciones demostraron que aquel individuo había estado en su niñez entre gentes que hablaban aquel idioma, y las impresiones acústicamente recibidas permanecieron almacenadas en el cerebro, hasta que por cualquier causa reaccionó el ego y el individuo fué capaz de hablar en el no aprendido pero escuchado idioma.

Esto demuestra que la mente por sí sola no basta, que es un instrumento al servicio del

ego o verdadero ser del hombre, del alma, llamada en sánscrito atman.

En el caso citado, la mente del individuo, cuando niño, recibió las impresiones del idioma que oía hablar en su derredor sin conocerlo, pero cuando adulto se reprodujeron conscientemente aquellas impresiones.

Como quiera que los modernos positivistas han identificado el pensamiento con los cambios moleculares de la masa cerebral, no saben explicar casos como el referido y se satisfacen con negar su autenticidad.

La mente está unida al cerebro mientras vive el cuerpo, y cuando éste muere subsiste como instrumento del ego en los planos supra-físicos.

El ego es el iluminador, y la mente es el instrumento de que se vale y por su medio gobierna los órganos o instrumentos externos y recibe la percepción.

Los instrumentos externos reciben las impresiones y las transmiten al cerebro, pues debemos recordar que los órganos de los sentidos o instrumentos externos no son más que receptores y transmisores de las sensaciones a los correspondientes centros cerebrales que a su vez las transfieren a la mente por cuyo medio las percibe el ego.

Así resulta que el verdadero hombre no es el cuerpo ni la mente ni puede ser un compuesto, porque todo lo compuesto se puede ver o imaginar, y lo que no se puede ver o imaginar ni es fuerza ni materia ni causa ni efecto no puede estar compuesto de partes diferentes.

Lo compuesto sólo existe en cuanto abarca nuestro mundo mental, en el mundo de la relación y de la ley de causación, y como el Ser del hombre trasciende la ley no puede estar compuesto, y nunca muere, pues muerte significa descomposición y lo simple y puro y perfecto por esencia nunca puede morir ni tampoco puede vivir en el sentido que tiene la vida en el mundo de la relatividad, ya que vida y muerte son el anverso y reverso de la misma medalla.

Por consiguiente, lo que como el alma humana está más allá de la muerte, debe también estar más allá de la vida de relación.

Nunca nació el alma ni nunca morirá. Es eterna. Es la esencia de toda vida. Los nacimientos y muertes que enumeran las estadísticas demográficas pertenecen al cuerpo y no al alma, porque el alma es omnipresente.

Se preguntará cómo puede ser el alma omnipresente, por cuanto si un individuo está en

determinado punto no puede estar al propio tiempo en otro punto distinto; pero la omnipresencia a que aludimos se refiere al alma en sí misma y no al alma limitada por las temporáneas condiciones del cuerpo.

Además, si el alma humana ha surgido del seno de Dios debe ser de la misma naturaleza de Dios, y de aquí la identidad esencial de todas las almas y su omnisciencia y omnipresencia, aunque estos que pudiéramos llamar atributos por falta de mejor palabra para expresar la idea, están latentes, inmanifestados en el alma, hasta que llegan a la plena manifestación.

Dice el texto:

“Por El se extiende el firmamento y brilla el sol y todo vive. Es la Realidad del universo. Es el Alma de nuestra alma. Somos unos con El. Somos El.”

Doquiera haya dos, habrá temor, recelo, conflicto y lucha. Cuando se reconoce la esencial unidad de todos los seres, que hay un solo Ser manifestado en los seres individuales, no es posible odiar a nadie ni luchar con nadie, por la imposibilidad de odiarse y luchar con uno mismo.

Los odios, enemistades, celos, envidias y cuanto significa antagonismo proviene del

morboso sentimiento de separatividad, cuando nos identificamos con la forma corporal por haber olvidado nuestra verdadera naturaleza y cedido a los engaños de la ilusión.

Tal es la explicación de la verdadera naturaleza de la vida y la genuina naturaleza de la existencia. Esto es perfección y esto es Dios. Mientras veamos la multiplicidad estaremos obcecados por la ilusión.

IV. — ATMAN

En casi todo cuanto en Occidente se escribe acerca del pensamiento religioso de India, aparece representada principalmente la escuela advaita o monista, y por lo general se figuran los occidentales que en el sistema advaita, tal como lo expusieron en sus obras los profesores Müller y Deussen, se resumen todas las enseñanzas védicas.

Sin embargo, el pensamiento religioso de la India ofrece diversas fases y aunque la advaita o monista es la más racional y científica tiene muchos menos adherentes que las demás fases.

Desde antiquísimos tiempos hubo y sigue habiendo en India diversas sectas religiosas; pero como nunca existió una iglesia organizada jerárquicamente con sus dignatarios y jefe supremo que definiera lo que se había de creer y lo que se había de negar, cada cual estuvo en libertad de formular sus creencias y establecer su filosofía, pues en India la filosofía

está inseparablemente unida a la religión, de suerte que una escuela filosófica equivale a una secta religiosa.

Hoy día son numerosas las sectas religiosas de la India y cada año aparecen otras nuevas, como si fuese inagotable la actividad religiosa de la nación.

Las sectas de la India se dividen en dos grandes grupos: las ortodoxas y las heterodoxas.

Son ortodoxas las que creen en los Vedas como eterna revelación de la verdad.

Son heterodoxas las que no reconocen la autoridad de los Vedas.

Las dos sectas heterodoxas existentes hoy en India son los jainos y los budistas que se consideran no ya como sectas sino como religiones distintas del induísmo.

Entre las sectas ortodoxas, algunas declaran que los Vedas tienen autoridad superior a la de la razón, mientras que otras opinan que sólo deben aceptarse las porciones de los Vedas acordes con la razón y desecharse las demás porciones.

Las sectas ortodoxas se dividen en tres grupos principales, a saber: los sankhyas, los naiyayikas y los mimamsakas; pero hoy día sólo existen los mimamsakas o vedantistas, pues

los dos primeros no llegaron a constituir secta de índole verdaderamente religiosa.

Entre los vedantistas hay tres principales variaciones de criterio, aunque todos coinciden en la creencia en Dios y en que los Vedas son la revelada palabra de Dios.

Pero esta creencia en la revelación no es por el estilo de la que respecto de la Biblia tienen los cristianos y del Corán los musulmanes, sino que consideran los Vedas como una expresión del conocimiento de Dios; y siendo Dios eterno, Su conocimiento también ha de ser eterno, por lo que son eternos los Vedas.

También admiten todos los vedantistas el concepto de la creación cíclica o sea que los universos aparecen y desaparecen alternativamente.

Cuando aparece un universo, tiene forma sutil, se va condensando gradualmente, y al cabo de un incalculable período de tiempo se vuelve a utilizar hasta que desaparece, y sobreviene entonces un período de descanso, después del cual surge a la existencia un nuevo universo y se repite el ciclo.

Los vedantistas opinan que existe una materia primordial, indiferenciada, raíz de todas las sustancias materiales, a que llaman akasha, así como una energía primordial, llamada

prana, de la que son modalidades todas las energías operantes en el universo.

Prana pone en vibración el akasa y así se origina el universo que al disolverse retorna todas sus variedades de materia a la indiferenciada akasha.

Todas las fuerzas de la Naturaleza, la gravitación, la afinidad, la cohesión, la electricidad, la luz, el magnetismo, el pensamiento y la fuerza nerviosa se resuelven al fin de un universo en la energía primordial, en la prana, que entonces cesa de vibrar y en este estado de inacción permanece hasta que comienzan el nuevo ciclo.

La escuela dualista cree en un Dios personal, creador y gobernador del universo e independiente del universo y del hombre.

La personalidad de Dios no significa que tenga cuerpo humano, sino que es una Entidad espiritual con los atributos de misericordia, justicia, sabiduría, omnipotencia, digno de alabanza, adoración y amor y amador de quienes le aman.

Es Dios según los dualistas la suma Bondad, la infalible Verdad y la eterna Belleza.

La materia es coeterna con Dios a quien le sirve para construir el universo.

Hay dualistas llamados atomistas, para

quienes la materia es una reunión de infinitud de átomos sobre los cuales ejerce Dios su voluntad para crear.

Pero los vedantistas rechazan de plano por ilógica la teoría atómica, diciendo que los indivisibles átomos son como puntos geométricos sin partes ni tamaño que aunque se multiplicaran infinito número de veces quedarían siempre los mismos, pues lo que carece de partes no puede constituir algo que las tenga ni un infinito número de ceros llegarían a formar una unidad.

Por lo tanto, si los átomos carecen de partes y de dimensiones no es posible que con ellos construya Dios el universo.

Así es que los dualistas vedantinos afirman que Dios crea el universo valiéndose de la materia homogénea e indiferenciada.

La inmensa mayoría de induístas son dualistas, porque su ordinaria mentalidad es incapaz de concebir algo superior al dualismo.

También vemos que el cristianismo, el judaísmo y el islamismo son dualistas, y han de serlo en consideración a que el noventa por ciento de la humanidad no concibe las abstracciones y necesita plasmar concretamente las ideas y colocarlas en el nivel mental en que ellos se hallan.

Así creen en un Dios completamente separado de ellos, como si fuese un poderoso monarca con su corte y trono en el cielo, al que atribuyen en infinito grado todas las buenas cualidades sin sombra de vicio ni mal.

La primera objeción levantada contra la teoría dualista es que cómo se armoniza con la justicia y la misericordia y la infinita bondad de Dios la existencia de tantos males en el mundo.

Las religiones dualistas han tenido que inventar al demonio para explicar la existencia del mal; pero los induístas dicen unánimemente que el hombre tiene la culpa de que exista el mal en el mundo, porque creen en las leyes de la reencarnación y el karma, y saben que cada cual es el resultado de sus obras pasadas y será mañana el resultado de sus obras presentes.

Vemos que en esta vida cada día modelamos lo que ha de ser para nosotros el día siguiente; y si nuestras acciones son la fragua en que se forja nuestro futuro destino, lógico es inferir que también cabe aplicar el mismo razonamiento al pasado.

Si en una cadena sin fin se repite una misma serie de eslabones, bastará analizar una sola serie para conocer toda la cadena.

De la propia suerte, si en la infinita longitud del tiempo, podemos desglosar una porción y comprenderla, como quiera que las leyes de la Naturaleza rigen igualmente en todos los planos, podrá aplicarse la misma comprensión a toda la cadena del tiempo.

Si durante una corta vida terrena estamos labrando nuestro destino y si todo según ahora lo vemos ha de tener una causa, resulta que lo que actualmente somos ha de ser efecto de nuestro pasado; y por lo tanto, cada cual labra sin cooperación ajena y por virtud de la voluntad su propio destino.

El hombre y sólo el hombre es el autor de los males del mundo, y así como vemos que de las malas acciones deriva el mal, cabe inferir que el mal existente es producto de las malas acciones pasadas.

Según esta teoría, sólo el hombre y no Dios es el responsable del mal. Nosotros cosechamos lo que sembramos.

Otra doctrina propia de los dualistas es que cada alma ha de lograr eventualmente la salvación. Nadie quedará eternamente condenado. Por muchas vicisitudes que experimente y por acerbos que sean sus sufrimientos, todo ser humano alcanzará la perfección equivalente a salvación de la rueda de muertes y naci-

mientos, es decir, que no habrán de volver ya necesariamente a este mundo.

Según los dualistas, más allá del mundo terreno hay otro mundo de paz, felicidad, lleno de todos los bienes sin mezcla de mal alguno, en donde el alma ya no está obligada a reencarnar en la tierra porque aprendió cuantas lecciones podía darle la escuela experimental de las vidas terrenas.

En ese mundo ultraterreno ya no hay aflicción ni enfermedades ni muerte sino eterna felicidad en presencia de Dios, de cuya visión gozarán sempiternamente.

Creen los dualistas que todos los seres vivos han de alcanzar la suprema bienaventuranza al término de su evolución, pasando del reino mineral al vegetal, del vegetal al animal y del animal al humano para llegar al superhumano.

La esclavitud consiste en la necesidad de nacer y morir, de vida senciante, y según la secta dualista del induísmo, hasta los mismos dioses mitológicos están sujetos a la muerte y al renacimiento.

Según el dualista induísta, los dioses mitológicos no son entidades sino representaciones simbólicas de ciertos cargos o funciones. Por ejemplo, Indra, el rey de los dioses, represen-

ta cierto cargo o función, que durante el actual ciclo desempeñará una alma o entidad espiritual lo bastante evolucionada para merecerlo; y al fin del ciclo renacerá como hombre y le substituirá en el desempeño del cargo otra alma humana que se haya hecho digna de ello durante el actual ciclo.

Así es que según el dualismo induísta todos los dioses mitológicos simbolizan oficios o cargos que han sido desempeñados sucesivamente por multitud de almas que terminada su misión reencarnan en forma humana.

Alcanzan esta dignidad de dioses sujetos al renacimiento humano, los que obraron bien durante su vida terrena y auxiliaron al prójimo con el deseo de recibir alabanza de las gentes y la esperanza de ir al cielo, de modo que al morir logran la anhelada recompensa.

Pero así no se salvan de la rueda de muertes y nacimientos, porque la salvación es incompatible con el deseo de recompensa y con la apetencia del fruto de las buenas acciones.

Dios le da al hombre lo que desea. La generalidad de las gentes desean poderío, fama, prestigio y la que llaman gloria del cielo después de esta vida; pero los resultados de las acciones no pueden ser eternos, y aunque duren eones se extinguirán, y los dioses habrán

de renacer en forma humana hasta que por absoluta renuncia al fruto de las buenas obras alcancen la salvación.

No sólo se ha de renunciar al fruto de las acciones sino que se ha de matar el deseo de vida senciente y el egoísmo que establece la separación de "tuyo y mío".

Los dualistas tienen mucha confianza en Dios y dicen que los hijos, los bienes terrenos y cuanto poseen pertenece a Dios.

Por otra parte, los induístas dualistas son vegetarianos, enemigos acérrimos de la vivisección y del sacrificio de animales, pues tienen por una de sus normas el respeto a todo ser viviente, aunque su punto de mira sobre el particular no es el mismo que el de los budistas.

Si se le pregunta a un budista por qué se opone a la matanza e inmolación de animales, nos responderá que nadie tiene el derecho de quitar una vida que no ha dado; pero si le hacemos la misma pregunta a un dualista, responderá que porque toda vida pertenece a Dios.

Cuando el hombre llega al punto en que ha desechado las ideas de "tuyo y mío", en que todo lo entrega a Dios, y ama a todos los seres hasta el extremo de sacrificar su vida en bene-

ficio de un animal, y hace cuanto hace sin deseo ni esperanza de recompensa, vibrará en su purificado corazón el amor de Dios.

Para los dualistas es Dios el centro de atracción de las almas, y dicen:

"El imán no atraerá una aguja recubierta de arcilla, pero la atraerá en cuanto se la despoje de la arcilla."

Dios es el imán, el alma humana la aguja, y las malas acciones son la arcilla.

Tan pronto como se purifica el alma, o mejor dicho, en cuanto manifiesta su pureza, pues de por sí es pura, queda atraída por Dios y unida a Dios tan íntimamente como la aguja se une con el imán, pero distinta de Él como distinta es la aguja del imán a pesar de su íntima unión.

Cuando el ser humano alcanza la perfección puede asumir cualquier forma y domina todas las fuerzas de la Naturaleza excepto la de creación y gobernación del universo que pertenece exclusivamente a Dios.

El dualismo induísta no admite la idea de impetrar de Dios beneficios materiales, sino que estas cosas se han de pedir en todo caso a los seres intermediarios entre Dios y el hombre, como son los devas, ángeles y santos.

Según los dualistas, a Dios se le ha de amar

con desinteresada devoción, y les parece blasfemia pedirle tan o cual cosa de las pertenecientes a la vida terrena, pues tarde o temprano recibirá cuanto necesite si lo pide devotamente a los dioses subalternos; pero a Dios sólo le ha de pedir la salvación. Tal es la religión de las masas populares de la India.

Siguen a los dualistas los monistas calificados, quienes afirman que el efecto no es esencialmente diferente de la causa; que el efecto es una modalidad de la causa.

Por lo tanto, si el universo es el efecto y Dios la causa, debe ser el universo la manifestación de Dios, ha de ser el mismo Dios en otro aspecto.

Así afirman los monistas calificados que Dios es a la par la causa eficiente y material del universo; que es el Creador y el material cuya proyección formó el universo.

El concepto que en los idiomas europeos expresa la palabra "creación" no tiene equivalente en sánscrito, porque ninguna secta religiosa ni escuela filosófica de la India admite la creación en el sentido de producir algo de nada.

Los induístas entienden por creación la proyección o emanación de algo ya existente.

Dicen los Vedas:

"Así como la araña teje la tela de su propia substancia, así el universo surgió del seno de aquel Ser."

Sin embargo, se nos ofrece una objeción. Si el efecto es la causa reproducida ¿cómo puede ser inteligente, ciega e insensible la materia constituyente del universo si esta materia emanó de Dios que no es material sino la suprema y eterna inteligencia? ¿Cómo si la causa es pura y perfecta puede ser el efecto de todo punto diferente?

Los monistas calificados responden diciendo que Dios, el universo y el alma son tres existencias de una misma esencia.

Dios es el Alma, y el universo y las almas individuales son como si dijéramos el cuerpo de Dios.

Así como el hombre es una alma encarnada en un cuerpo, así Dios, el Alma suprema tiene por cuerpo el universo y las almas individuales.

Dios es la causa material del universo. El cuerpo puede cambiar, ser joven o viejo, robusto o débil, pero estos cambios no afectan en modo alguno al alma, que es la eterna existencia manifestada por medio del cuerpo.

Los cuerpos nacen, crecen, decaen, mueren y se renuevan, pero el alma es inmutable.

Así el universo es el cuerpo de Dios y en este sentido es Dios; pero los cambios del universo no afectan a Dios. De la substancia emanada o proyectada de Sí mismo, construye el universo por gradual condensación de lo sutil en lo denso, y al término de un ciclo, se invierte el proceso, lo denso retorna a su prístino grado de sutilidad y al comienzo de otro ciclo surge un nuevo universo.

Tanto los dualistas como los monistas calificados admiten que el alma es esencialmente pura, pero que las malas acciones la manchan.

Sin embargo, los monistas calificados expresan mejor el concepto de la esencial pureza del alma, diciendo que su pureza y perfección están contraídas, como la fuerza elástica en un muelle oprimido, y que al infundirse en un cuerpo, se esfuerza el alma en volver a manifestarse tal cual es.

Según los monistas calificados, el alma posee infinidad de cualidades, pero no la omnipotencia ni la omnisciencia.

Toda mala acción contrae la naturaleza del alma y toda buena acción la dilata, y las almas son porciones de Dios.

Dicen los textos:

“Como de una hoguera brotan millones de

chispas de la misma naturaleza, así emanar las almas del seno del infinito Dios.”

También es individual el Dios de los monistas calificados, el repositorio de infinito número de buenas cualidades. Está en todas partes y en todas las cosas por esencia, presencia y potencia; y cuando las Escrituras dicen que Dios lo es todo, significan que lo interpenetra todo; no que Dios *sea* una piedra, una pared, sino que *está* en la piedra y en la pared. No hay en el universo ni un átomo que no esté interpenetrado por la energía de Dios.

Las almas están limitadas; no son omnipresentes. Cuando llegan a la manifestación de todos sus poderes, ya no han de reencarnar, ya no hay para ellas nacimiento ni muerte, y viven eternamente con Dios.

Por último, aparece el monismo puro, el advaitismo, la más hermosa flor de la filosofía y la religión que ha conocido el mundo, en el que el pensamiento humano llega a su máxima expresión, y aun trasciende el misterio que parecía impenetrable.

El monismo puro es demasiado abstruso para servir de religión a la mayoría de la humanidad, y ni aun en India, donde durante tres mil años prevaleció entre los pensadores, no ha podido difundirse entre las masas, pues

verdaderamente es un sistema de difícil comprensión hasta para personas de talento, porque nos hemos acostumbrado a buscar extraño apoyo y deseamos una religión que se acomode a nuestro rutinario temperamento.

Pocos son los capaces de investigar la verdad, menos todavía los que osan aprenderla y aun menos los que se resuelven a practicarla con todas sus consecuencias.

Pero todo depende de su flaca mentalidad, pues cualquier idea nueva, sobre todo si es elevada, ha de trazar en la masa cerebral un nuevo surco que trastorna el equilibrio del bien hallado con la rutina.

Están acostumbrados a determinado ambiente y han de vencer una enorme masa de viejas supersticiones de clase, raza, familia y país, aparte de las acumuladas por los vicios de la educación recibida.

Pocos tienen el suficiente valor para desear interesarlos prejuicios, concebir la verdad, aceptarla y perseverar en ella hasta el fin.

Los advaitistas afirman que Dios es a la par la causa eficiente y material del universo. Es el Creador y lo creado. Es el universo.

¿Cómo es posible que Dios, puro espíritu, se haya convertido en el universo? Se ha de

tener en cuenta que lo que las gentes ignorantes llaman el universo, y cuanto vemos en nuestro rededor y también nuestros cuerpos no tienen existencia real, pues no hay más que una sola y absoluta existencia, la del infinito Ser; y en ella soñamos todos nuestros sueños.

Es el Atman, el Infinito, que trasciende lo conocido y lo cognoscible y en quien y por quien vemos el universo.

Es la única Realidad que en mayor o menor grado se manifiesta en todas las formas y nombres y no tiene sexo porque el sexo pertenece al mundo de la relatividad.

Quienes viven esclavos de la ilusión distinguen entre hombres y mujeres, entre razas y nacionalidades, pero quien ha vencido la ilusión sólo ve en el ser humano la manifestación de Dios.

En todos los seres y en todas las cosas reside el Atman, el puro y siempre bienaventurado Ser, sin sexo ni forma ni nombre, porque la forma, el nombre y el cuerpo son materiales y determinan la diferenciación.

Si prescindimos de los hombres y de las formas, queda tan sólo la esencia y se unifica el universo.

¿Cómo conocer al conocedor? No se le puede conocer. ¿Cómo ver a nuestro verdadero

Ser? Sólo por introversión, por reflejo sobre sí mismo.

Así el universo es el reflejo del único y eterno Ser, de Atman, y según caiga el reflejo en buenos o malos reflectores, así será bueno o malo el reflejo que produzca.

En el asesino es malo el reflector, pero no el Ser. En el santo es puro el reflector.

El Ser, el Atman, es puro por su propia naturaleza. Es la única Realidad que se refleja en todos los seres.

El conjunto del universo es la Unidad física, mental, moral y espiritual.

Vemos esta Unidad en diferentes formas, y al ser que está limitado en la condición de hombre, le parece dicha Unidad el mundo del hombre, y al que está en superior nivel, le parece un cielo.

El universo sólo tiene una Alma que no nace ni muere ni reencarna, y así el alma humana esencialmente una con Dios, el alma del universo es eterna.

Al leer en el libro de la Naturaleza damos vuelta a las páginas y se suceden con ellas los sueños de vida.

El advaitismo destrona a todos los dioses que forjaron la imaginación, el temor o la fantasía de las gentes ignorantes y ha colocado

en su trono al Ser del hombre, al Atman, más alto que los soles.

No hay libro ni escritura capaz de describir el esplendor del Ser que se manifiesta como hombre, el Dios más glorioso que ha existido, existe y existirá.

Así dice el advaitista que adora a su propio Yo, y que sólo de su propio Yo, de su verdadero ser impenetra auxilio, porque nadie sino su Yo le podrá ayudar, pues su Yo es uno con todos los demás Yos y con la única Realidad.

Cuando alguien llora y gime y suplica y demanda auxilio a una entidad celeste, es porque no sabe que ya está en su interior el reino de los cielos.

Sin embargo, al demandar auxilio lo recibe y cree que la entidad que adoró se lo concede; pero la gracia, el favor, la respuesta provienen del interior del suplicante, aunque éste se figure que se lo otorga la entidad de quien lo impetró.

Ha sucedido a veces que un enfermo oyó una voz que lo llamaba por su nombre y creyó que procedía de alguno de los de la casa la llamada, y al repetirse por tercera o cuarta vez el llamamiento, comprendió que la voz resonaba en su interior.

De la propia suerte, después de buscar el

hombre en vano ayuda y amparo y auxilio en dioses externos, vuelve al punto de partida, a su verdadero ser, en donde encuentra al Dios que andaba buscando por montes y valles, en pagodas y mezquitas, en capillas e iglesias, al Dios que imaginaba sentado en un trono de gloria en los cielos.

Pero ¿cómo es posible que si el verdadero ser del hombre es el mismo Dios se haya alucinado hasta el punto de no conocerse a sí mismo?

Pero no hay tal ilusión ni desconocimiento sino eclipse temporáneo de la luz. Así como el sol en realidad nunca se eclipsa ni debilita su luz aunque lo parezca cuando se interponen las nubes, y en cuanto las nubes se disipan o se apartan vuelve a refulgir el sol, pues no está la nube *en* el sol sino *delante* del sol, así tampoco se eclipsa la luz de Atman ni está en él la ilusión, sino que en cuanto se desvanece la ilusión se reconoce a sí mismo Atman.

Quien conoce la verdad alcanza en aquel mismo momento la liberación. Las tinieblas se disipan. Cuando el hombre ha reconocido su esencial identidad con el infinito Ser del universo, cuando ha cesado toda separatividad, cuando todos los seres se han identificado con la absoluta Unidad se desvanece todo temor

y pierde toda su virulencia la aflicción. Ya no hay celos ni envidias ni odios ni enemistades, porque ¿cómo puedo envidiar ni odiar ni enemistarme ni dañar ni temer ni afligir a otro sin afligir, temer, dañar, enemistarme, odiar y envidiar a mí mismo, puesto que todos somos uno y el mismo?

“De perenne paz goza quien en este mundo de multiplicidad ve al único Ser; que en esta masa insensible ve al único Ser sensible; que en este mundo de sombras vislumbra la única Realidad.”

El dualismo, el monismo calificado y el monismo puro son las tres etapas del pensamiento religioso de la India en su camino hacia el conocimiento de Dios.

La primera etapa es la en que el hombre cree en un Dios individual y extracósmico.

La segunda es la en que ya ve a Dios inmanente en el universo.

La tercera y última etapa es la en que ve a Dios en lo íntimo de su verdadero ser y lo identifica en una sola y única Realidad.

Esta es la última palabra de los Vedas que principian con el dualismo, siguen con el monismo calificado y terminan con el monismo puro o advaitismo.

Sabemos cuán pocos hay en el mundo capa-

ces de comprender y aceptar el monismo y muchos menos los que una vez comprendido intelectualmente se resuelven a practicarlo.

Sin embargo, estoy convencido de que el monismo entraña toda la ética, toda la moral, toda la justicia y toda la bondad y espiritualidad del mundo de los hombres.

¿Qué significa amar al prójimo como a sí mismo si el prójimo no es esencialmente idéntico a uno mismo? ¿Por qué todos los grandes instructores han predicado la fraternidad humana y los mayores de entre ellos exhortaron a la práctica de la solidaridad de todos los seres vivientes?

Porque consciente o inconscientemente, tras todas las absurdas supersticiones, atisbaban la externa luz del verdadero Ser y afirmaban la unidad esencial del universo, que es materia para sentidos, almas para la inteligencia y Dios para el espíritu.

Al hombre que arroja sobre sí los velos de la ilusión del mal le parecerá este mundo un horrible lugar; al que ama y goza de los placeres de los sentidos le parecerá un cielo; mas el hombre perfecto lo identificará con su propio ser.

Tal como la humanidad existe actualmente, en la etapa de evolución por que está pasando,

las tres etapas que dejamos explicadas son necesarias, y no se contradicen aunque a primera vista lo parezca, pues cada una es el complemento o ampliación de la que le precede.

El monista calificado y el monista puro no dicen que el dualismo sea perjudicial, sino que es un punto de vista, un concepto inferior, perfectamente acomodado a la mentalidad de quienes lo aceptan y profesan.

Es un paso adelante en el camino hacia la verdad; y por tanto, no se ha de perturbar a quienes tengan tal concepto de Dios, del universo y del hombre.

Lo único que nos cabe hacer si estamos convencidos del monismo, es considerar a los demás en el punto en que cada cual se halle, y si a ello se presta por su anhelo de más amplio conocimiento, tenderle una mano auxiliadora para elevarlo a superior nivel, pues tarde o temprano, todos hemos de alcanzar la Verdad.

Dice el texto:

“Cuando están vencidos todos los deseos del corazón, lo mortal logra la inmortalidad.”

V. — EL HOMBRE APARENTE Y EL HOMBRE REAL

Desde que el hombre empezó a pensar, tendió su mirada hacia adelante, deseoso de escrutar el porvenir, con el ansia de saber a dónde va después de la desintegración de su cuerpo mortal.

Se han expuesto varias escatologías y sistemas con intento de explicar el enigma de la muerte.

Unos se aceptan y otros se rechazan y así se irán aceptando y rechazando mientras el hombre exista sobre la tierra y no se canse de pensar.

Sin embargo, algo de verdad contienen todas las escatologías religiosas y filosóficas, y no estará de sobra el intento de armonizar las que más contradictorias parezcan.

El tema capital de la filosofía vedantina es la indagación de la unidad, pues la mentalidad índica no cuida de la particular; siempre busca lo universal.

El tema conductor de la filosofía vedanti-

na está expresado en el siguiente aforismo interrogativo: “¿Qué es lo que una vez conocido se conocen todas las cosas?”

Y está explicado en el siguiente símil:

“Así como el conocimiento de un pedazo de arcilla nos da a conocer toda la arcilla del universo ¿qué será lo que una vez conocido nos dé el conocimiento de todo el universo?”

Según los filósofos de India, el universo puede resolverse en la materia primordial a que llaman akasha, de la que son diversas manifestaciones y combinaciones todas las cosas que perciben nuestros sentidos, desde la piedra más dura hasta el gas más sutil, desde el osmio hasta el helio, desde el átomo hasta el sol.

Simultáneamente con la materia primordial existe la energía que la anima. Esta energía es también única y se manifiesta en el universo en las diversas modalidades de energía mental, nerviosa, eléctrica, magnética, lumínica, calorífica y mecánica, según el grado de vibración. A esta única energía se le llama en sánscrito prana.

De la actuación de prana en akasha surge el universo. En el principio de un ciclo, la prana y la akasha, la energía y la materia están en reposo; pero en cuanto comienza a vibrar

prana se van manifestando por gradual condensación de akasha los sistemas planetarios con sus mundos y los seres que los pueblan.

Toda manifestación de energía es prana y toda manifestación de materia es akasha.

Al terminar el ciclo, la materia se va sutilizando en orden inverso al en que se condensó, hasta resolverse en la prístina materia primordial o akasha; y todas las energías de la Naturaleza se resuelven en la única y primordial energía pránica.

Quedan entonces inactivas la prana y la akasha, la energía y la materia primordiales, y al terminar este período de reposo surge un nuevo universo, y se van repitiendo indefinidamente los ciclos.

Sin embargo, este análisis no es completo, y aunque ya lo reconoce y admite en su mayor parte la ciencia moderna, no puede ir más allá de lo que alcanzan la observación y la experiencia, por lo que necesario es que prosiga la investigación por otros medios hasta encontrar aquello que una vez conocido se conoce todo el universo.

Hasta ahora hemos reducido a dos elementos primordiales, energía y materia, prana y akasha, la infinita variedad de formas materiales y de fuerzas operantes en el universo.

Pero si consideráramos la energía y la materia como principios coeternos y absolutos, no resolveríamos el problema, porque nos faltaría indagar la causa de la energía y la materia, que no pueden existir por sí mismas, ya que no es posible concebir dos principios absolutos, dos efectos sin causa, sobre todo cuando vemos que tanto la energía como la materia, se conducen siempre invariablemente de la misma manera, obedientes en su acción a ciertas normas a que llamamos leyes, de suerte que parecen esclavas de estas leyes, sujetas a una suprema voluntad.

De aquí que concibamos algo superior y anterior a la energía y a la materia, y a este algo le llama la filosofía vedantina *Mahat* que significa la Mente universal, de cuya condensación resulta la energía y de la condensación de la energía resulta la materia, aunque también cabe concebir que en vez de sucesión de los términos mente, energía y materia, haya simultáneo desdoblamiento de la mente en energía por un lado y de materia por otro.

Ya expusimos en conferencias anteriores y demostramos con adecuados ejemplos, que ni el ojo ve ni el oído oye ni el olfato huele ni la lengua gusta ni las manos tocan por sí mismas, ni tampoco perciben las sensaciones los

nervios y el cerebro, pues todos son instrumentos o medios de transmitir las sensaciones que realmente percibe el alma, el ego, el verdadero hombre, que sin remedio ha de ser permanente y fijo, sin esencial variación posible.

Un símil esclarecerá esta idea. Cuando queremos fotografiar un objeto, es necesario que este objeto se mantenga quieto si es semoviente, pues los rayos de luz se han de enfocar en algo que no se mueva.

De la propia suerte, el receptor de la sensación ha de estar fijo en el punto focal del órgano que la transmite, y decir que ha de estar fijo, equivale a decir que ha de estar atento cuando hablamos del ego, alma o verdadero ser del hombre.

Por lo tanto, entre la continua mudanza de nuestras sensaciones, pensamientos y emociones que varían a cada punto, entre la incesante asimilación y desasimilación de las moléculas constituyentes de nuestro cuerpo físico, la experiencia nos demuestra que hay en nosotros algo permanente, algo que no muda ni cambia, que mantiene la unidad en medio de tanta diversidad, algo individual. Este algo es el alma, el ego, el jiva, el hombre real que trasciende el cuerpo y la mente.

Así como más allá de la mente humana hallamos el alma humana, así también más allá de *Mahat*, de la Mente cósmica que se desdobla en prana y akasha, hallamos el Alma cósmica, el Alma del universo, en una palabra, Dios.

Tenemos en consecuencia que la Mente divina, la Mente de Dios, al bajar su tónica vibratoria se desdobla en prana y akasha.

¿Sucedo lo mismo en el hombre individual? ¿Es su mente condensación vibratoria de su alma, y su cuerpo condensación vibratoria de su mente? ¿Son su alma, su mente y su cuerpo tres entidades o existencias diferentes o son distintos estados de existencia de una sola y única entidad?

Procuraremos ir respondiendo sucesivamente a estas preguntas. En primer lugar vemos el cuerpo físico con sus órganos; más allá de los órganos está la mente con su intelecto, y más allá el alma, distinta de la mente y del cuerpo.

Sobre este punto están divididas las opiniones religiosas.

Dicen los dualistas que por ser el alma distinta del cuerpo y de la mente, por no estar compuesta de energía y materia, ha de ser inmortal.

Mortalidad significa descomposición, y lo simple no puede descomponerse; pero lo único simple en el universo es el espíritu, y si la energía y la materia son condensaciones de la mente, y la mente es una condensación del espíritu, resulta que para que sea el alma humana, ha de ser espiritual, y si es espiritual ha de ser esencialmente idéntica a Dios, que también es espíritu, y no puede haber *substancialmente dos clases* de espíritus.

Por lo tanto, el alma no puede haber sido creada de la nada ni ser diferente de la esencia de Dios, porque entonces tendríamos que el espíritu humano sería diferente del espíritu de Dios, lo cual es absurdo.

Según la filosofía vedantina, cuando el cuerpo muere, el alma sigue viviendo, y la energía vital se concentra en la mente, que entonces forma el cuerpo, envoltura o vehículo del alma.

En la parte más sutil de este cuerpo mental que subsiste en todas las encarnaciones, permanecen las impresiones recibidas por el alma durante la vida terrena que acaba de pasar.

Explicuemos algún tanto este punto. La mente humana está constituida por una masa de materia mental semejante a la masa de agua que forma un lago. Cada pensamiento

puede compararse a una ola levantada en el lago de la materia mental.

Así como en un lago se levantan las olas y después se desvanecen, así en la materia de la mente se están levantando de continuo olas mentales que se abaten, pero no se desvanecen por completo sino que dejan su huella de modo que pueden aparecer y surgir de nuevo en cuanto se reproduzcan las circunstancias que las levantaron.

La memoria no es más que la facultad de reavivar estas olas mentales que han permanecido amortiguadas.

Así, todo pensamiento, toda palabra expresiva de un pensamiento y toda obra plasmación de un pensamiento, quedan alojadas, impresas, en la mente, en el cuerpo mental que sirve de envoltura al alma cuando la muerte terrena la despoja del cuerpo físico, y del resultado o suma algébrica de estas impresiones depende el destino ulterior del alma.

Según los dualistas, las almas de los que durante su vida terrena fueron muy espirituales, al morir el cuerpo pasan sucesivamente a la esfera solar, a la lunar y a la ígnea en donde encuentran otra alma ya bienaventurada que conduce a la recién venida a la esfera superior llamada *Brahmaloka* o esfera de Brahmâ,

donde alcanzan un poder y una sabiduría casi omnímodos y en aquella esfera moran eternamente; pero según los monistas, al fin del ciclo de evolución, se identifican las almas con Dios de cuyo seno emanaron.

Por otra parte, según el induísmo dualista, las almas de quienes han sido buenos durante la vida terrena, no por amor al bien en sí mismo sino por apetencia de premio o temor de castigo, van después de la muerte del cuerpo físico a la esfera lunar, en donde hay varios cielos.

Allí se revisten de cuerpo sutiles y gozan de las delicias celestes durante un largo período a cuyo término cae sobre ellas el karma remanente, y descienden a las esferas inferiores hasta llegar a la tierra donde se adhieren a un cereal que eventualmente come un hombre apto para proporcionarles nuevo cuerpo físico.

Por último, los malvados se convierten al morir su cuerpo físico en espectros o demonios y viven en la región intermedia entre la esfera lunar y la tierra.

Unos perturban, tientan y obsesionan a los vivientes en el mundo; otros se muestran amigos; y después de vivir allí por algún tiempo reencarnan en la tierra en formas animales,

para más adelante asumir de nuevo forma humana y tener nuevas oportunidades de salvarse.

Así vemos que según la escatología induísta, quienes han llegado muy cerca de la perfección y sólo les quedan leves huellas de impureza, van al Brahmaloка por el camino de los rayos del sol; que los que no son ni muy buenos ni muy malos, y han hecho en la tierra buenas obras con deseo de ganar el cielo, van al deseado cielo donde se revisten de cuerpos sutiles; pero han de volver al mundo terreno para seguir esforzándose en alcanzar la perfección; y por último, que los malvados se convierten en espectros o en demonios y al cabo de tiempo encarnan en cuerpos de animales, para después volver a ser hombres con nuevas oportunidades de perfeccionamiento.

El induísmo da al mundo terrestre el nombre de *Karmabhumi*, que significa la esfera del karma, porque en el mundo terrestre elabora el hombre su buen o mal karma.

Cuando un hombre desea ir al cielo y obra bien con este propósito, no elabora mal karma y cosecha en el cielo el fruto del buen karma engendrado por sus buenas obras; pero cuando está consumido el fruto, o agotados los resultados del buen karma, se actualiza el hasta

entonces latente mal karma, y para agotarlo ha de volver el alma al mundo de la carne.

Análogamente, los que se convierten en espectros o en demonios permanecen en este estado sin crear nuevo karma, pero sufren las consecuencias de sus pasadas maldades, y después permanecen durante algún tiempo en cuerpo animal, hasta que vuelven a encarnar en forma humana.

Los estados en que se cosechan los frutos del buen o del mal karma, carecen de la energía necesaria para engendrar nuevo karma, pues sólo tienen por objeto gozar o sufrir.

Cuando el bien o el mal son muy intensos, el karma correspondiente produce rápidos resultados.

Por ejemplo, si un hombre ha cometido muchas malas acciones durante la vida y hace una buena acción, el resultado de esta buena acción aparecerá inmediatamente; pero luego de agotado habrá de sufrir el hombre las consecuencias de sus malas obras.

Quienes hacen algunas cosas buenas, pero la tónica general de su conducta no es correcta, recibirán la recompensa debida a sus buenas acciones, y cuando la hayan agotado renacerán en la tierra para agotar su mal karma.

Por otra parte, quienes a causa de sus enormes maldades se conviertan en espectros o en demonios, pero que hayan hecho algo bueno en su vida, encarnarán en forma humana sin pasar por la animal, una vez agoten su mal karma.

En sánscrito se llama *Devayāna* o camino de Dios, el camino al Brahmaloḥa del que no se vuelve; el camino del cielo temporáneo, se llama *Piḥiyāna* o sea el camino a los antepasados.

Según la filosofía vedantina, el hombre es el superior ser del universo, y este mundo de acción el mejor lugar del universo, pues sólo aquí se le deparan oportunidades de perfeccionamiento.

Consideremos ahora otro aspecto de la filosofía.

Hay budistas que niegan la existencia del alma, diciendo que de nada sirve suponer que hay algo que sea el substrato o fondo del cuerpo y de la mente, pues el organismo corporal basta para explicar todos los fenómenos.

A primer examen parece muy poderoso este argumento, pues en cuanto alcanza la investigación externa, el cuerpo es una siempre cambiante masa de materia física, así como la mente es una siempre cambiante masa de ma-

teria mental, y lo que produce la aparente unidad entre ambos no existe realmente.

Si imprimimos un rapidísimo movimiento de rotación a una antorcha encendida, veremos una circunferencia luminosa que en realidad no existe, pero que parece real a causa del rapidísimo movimiento de la antorcha.

De la propia suerte, la unidad es una ilusión producida por la rapidez con que se mueve la masa de materia que constituye nuestros cuerpos y no hay necesidad de admitir una tercera substancia.

Esta idea budista ha sido modernamente expuesta como si fuese original y nueva por algunas escuelas filosóficas; pero tema capital fué de las enseñanzas budistas que en el universo está cuanto cabe indagar y no es necesario suponerle fundamento alguno.

Cada cosa es un agregado de cualidades, y huelga la hipótesis de una substancia inherente en todas las cosas.

La idea de substancia proviene del rápido intercambio de cualidades y no de algo inmutable que subyazca en ellas.

Vemos que estos argumentos budistas se adaptan fácilmente a la ordinaria experiencia de la humanidad, pues la mayoría de las gentes sólo ven el fenómeno y no cuidan de inves-

tigar el nómeno. El universo les parece una masa de cambios, mudanzas, torbellinos y mezcolanzas, como un mar en perpetuo oleaje.

Así encontramos por una parte la opinión de que más allá del cuerpo y de la mente hay una inmutable e inmóvil substancia; y por otra parte, la contraria opinión de que nada hay inmutable ni inmóvil en el universo, que todo cambia.

El monismo armoniza entrambas opiniones, diciendo que tienen razón los dualistas al suponer algo inmutable subyacente en lo mudable, pues no es posible concebir un cambio sin referirlo a algo inmutable.

Sólo podemos concebir algo mudable, relacionándolo con otro algo que no lo sea tanto, y este otro aparecerá mudable si lo comparamos con algo que lo sea menos y así sucesivamente hasta llegar a lo que de por sí sea inmutable.

El conjunto del universo manifestado debió en un principio hallarse en estado de inmanifestación, tranquilo y silencioso, con las fuerzas en perfecto equilibrio, y precisamente el universo se esfuerza en retornar a su prístino equilibrio.

Aciertan los dualistas al decir que hay algo inmutable, pero yerran al añadir que es un

algo diferente de la mente y del cuerpo que subyace en ambos.

Aciertan los budistas al decir que el universo es una masa mudable en que se operan incesantes cambios, pues así parecerá mientras haya observador y cosa observada, sujeto y objeto; pero yerran al creer que estos cambios y distinciones son esenciales del universo.

El alma, la mente y el cuerpo no son tres separadas existencias, sino una sola esencia en tres modalidades de manifestación.

Quien ve el cuerpo no ve la mente; quien ve la mente no ve el alma; y quien ve el alma, prescinde de la mente y del cuerpo.

Quien sólo ve el movimiento, no ve la absoluta quietud, y quien ve la absoluta quietud no tiene noción del movimiento.

Cuando se confunde una cuerda enroscada con una culebra, se ve la culebra y no la cuerda; pero en cuanto se desvanece la ilusión, se ve la cuerda y no la culebra.

Por lo tanto, no hay más que una sola Existencia que todo lo abarca y se nos aparece múltiple.

A esta única Existencia, única Realidad, única substancia, se le llama en sánscrito Brahmán, en Occidente se le llama Dios, en terminología filosófica el Absoluto y los Upa-

nishads le llaman Aquello, porque no le cuadra nombre alguno.

Aparece Brahmán múltiple por la interposición de nombre y forma.

En el mar no son las olas esencialmente diferentes de la masa total de agua, pues de su seno se levantan. Lo que las distingue es su *forma* a que le damos el nombre de *ola*. Al desvanecerse la ola pierde su forma y con ella el nombre inseparable de la forma; pero la esencia de la ola, el agua, retorna a la masa del mar de la que en realidad jamás se separó, puesto que es inseparable en esencia.

Así el universo es la sola y única Existencia en que el nombre y la forma han establecido estas variadas diferencias.

Cuando el sol se refleja en millones de gotas de agua, en cada una de ellas vemos la imagen del sol, y de la propia suerte la única Realidad aparece múltiple al reflejarse en la infinitud de formas del universo.

Por lo tanto, no hay más que un Atman, un Ser, eternamente puro, eternamente perfecto, inmutable, permanente, y todos los cambios del universo son aparentes manifestaciones del único Ser.

Por la forma se distingue del mar la ola. Al desvanecerse la ola, se desvanece la forma.

La existencia de la ola depende de la existencia del mar; pero la existencia del mar no depende de la existencia de la ola.

El nombre y la forma son el resultado de Maya, de lo que sin tener existencia propia establece la distinción entre las cosas.

No puede decirse que la forma exista de por sí, porque depende de la existencia de la cosa formada, y tampoco puede decirse que no exista, pues establece la diferencia entre las cosas.

La forma y el nombre están relacionados con el tiempo, el espacio y la causalidad.

La ciencia moderna ha demostrado la unidad material del universo y que el cuerpo del hombre es un microcosmos, es decir, que está constituido por elementos que también están en el universo.

La partícula de materia que hoy está en el cuerpo de un hombre puede estar mañana en un animal, en un vegetal o en un mineral y viceversa.

La materia constituyente del universo es una masa continua en la que se levantan centros, focos o grupos que asumen forma y reciben nombre.

El mismo universo, desde otro punto de vista, es un océano de materia mental cuyos tor-

bellinos son las mentes individuales y su oleaje los pensamientos.

Cuando esto se comprende, no queda nada de las escatologías induístas en su sentido literal, pues no pueden ser las esferas y los ciclos y las regiones lugares dimensionales, sino símbolos de estados de conciencia.

Al leer un libro vuelve el lector las hojas una tras otra. No cambia el lector. Cambia la hoja del libro.

Así el universo es un libro abierto ante los ojos del alma, que lee capítulo tras capítulo y se le presentan nuevas escenas en cada uno; pero el alma siempre es la misma. Nunca cambia. El nacimiento y la muerte son propios de la materia, no del alma.

Pero las apariencias engañan y alucinan al que desconoce la realidad, como se alucina y engaña quien por ignorancia cree que el sol se mueve y la tierra permanece inmóvil.

Desde el plano mental en que actúa la mente humana en su concreta modalidad se ve el universo en su aspecto material, y desde el punto de mira de la malicia se ve este mundo terrestre como un lugar de aflicción y castigo, mientras que les parece un paraíso a quienes lo miran bajo el espejismo de su bienestar personal.

Quienes durante su vida terrena soñaron y anhelaron ver a Dios sentado en su trono, rodeado de los coros angélicos y de la corte de bienaventurados, tal como describen el cielo los libros pietistas y las pinturas imaginales, verán al morir su cuerpo todo cuanto en vida alimentaron y se representaron en su mente.

El grave error de la mayoría de las gentes es creer que esta vida terrena es la única verdadera, y en consecuencia se identifican con su cuerpo, cuando en realidad, en esencia, el alma del hombre es idéntica al Dios del universo.

Cuando así se conoce el hombre a sí mismo, cuando distingue el hombre aparente del hombre real, se rasga el velo que impedía la clara visión, se desvanecen los sueños que le habían torturado en toda una serie de vidas, y reconoce que en su interior está el reino de los cielos, que su cuerpo es el templo del espíritu de Dios, y por tanto su verdadero ser se enaltece más allá de los poéticos y mitológicos cielos, de los simbólicos dioses, porque es infinito y perfecto como el mismo Dios.

Sólo así se libra el hombre de todo temor, cesa la ilusión y entra en el sempiterno reino de la realidad.

Sin embargo, se preguntará si es posible

practicar tan abstrusas y al parecer incomprendibles enseñanzas en la vida ordinaria, y respondemos que si bien no todos los hombres están en el grado de evolución necesario para practicarlas, hay quienes viven en el mundo y han vencido la ilusión.

Filosofías, doctrinas, argumentos, libros, teorías, iglesias y sectas son necesarias mientras el hombre recorre el sendero de perfeccionamiento en que gradualmente va manifestado por actualización las potencias de su verdadero ser; pero son inútiles una vez logrado el conocimiento de sí mismo.

Por otra parte, hay quienes suponen que cuando lleguen a reconocer la unidad esencial de todos los seres y todas las cosas, se agotarán las fuentes del amor; pero no tienen en cuenta que precisamente los mayores bienhechores de la humanidad renunciaron por abnegación a todo lo personal.

Únicamente ama de veras el hombre cuando no cifra su amor en lo mortal y perecedero, cuando el objeto de su amor es el mismo Dios residente en todos los seres, y por esto el amor al prójimo ha de tener por fundamento el amor de Dios.

La mujer amará más intensamente a su marido cuando en él vea a Dios; el marido amará

con mayor abnegación y sacrificio a la esposa cuando en ella vea a Dios; la madre amará más tiernamente a los hijos si ve a Dios en ellos; y también amará a su más enconado enemigo quien vea en él a Dios.

Tal será el bien que allegue la humanidad del reconocimiento de la unidad esencial de todos los seres. En vez de luchas, guerras, porfías, contiendas y enemistades, reinará la paz entre todos los hombres porque todos tendrán por prenda de paz la buena voluntad.

NOTAS DEL TRADUCTOR

1. No niega Vivekananda la eficacia de la oración sincera y devota que consiste en levantar a Dios el corazón; pero no para pedirle mercedes, como mendigo pordiosero, sino para conformar su voluntad con la voluntad de Dios que equivale a identificarse con Él, pues cuando están dos voluntades acordes no hay más que una sola voluntad, que es lo mismo que si no hubiese más que un solo ser, ya que la voluntad es la esencia espiritual de todo ser.

2. Lo que Vivekananda niega es la eficacia de la oración rutinaria y pedigüeña, la mascullada entre dientes o recitada mecánicamente, sin que las palabras sean expresión sincera de un pensamiento o de una emoción genuinamente devotos.

3. En esto coincide Vivekananda con las enseñanzas de Cristo cuando dijo en el Sermón de la Montaña:

“Mas tú, cuando ores, éntrate en tu cámara,

y cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en secreto te recompensará en público.

"Y orando, no seáis prolijos como los gentiles que piensan que por su parlería serán oídos.

"No os hagáis, pues, semejantes a ellos, porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis."

4. Cristo enseñó a sus discípulos y a cuantos sin serlo directamente, escuchaban sus enseñanzas, la llamada oración dominical, que para la generalidad de las gentes contiene en pocas palabras cuanto cabe desear y pedir para la satisfacción de las necesidades espirituales y corporales del hombre durante su paso por el mundo.

4 bis. Pero el falso pietismo eclesiástico, ha inventado multitud de oraciones prolijas de interesada devoción, cuyo objeto es el puramente egoísta de ganar la gloria del cielo y librarse de los tormentos del infierno, sin el más leve sentimiento del verdadero amor a Dios, suplantado por el temor.

5. En prueba de que el eclesiasticismo ha tergiversado el concepto de la oración, no hay más que observar la precipitación con que la mayoría de sacerdotes al terminar la misa re-

zan la salve y las avemarías, con que se amplió supersticiosamente el espiritual sacrificio de la misa. Ni aun pronunciando con mediana medida las palabras de dichas oraciones marianas, es posible rezarlas en el breve tiempo en que las masculla el sacerdote.

6. En los entierros y funerales del rito romanista, cualquiera puede observar que entre las palabras *Pater noster* y *et ne nos inducas in tentationem* que el preste pronuncia en voz alta, no hay tiempo suficiente ni siquiera para pronunciar a toda prisa el resto de la oración dominical mentalmente o en voz baja.

7. La misma rutina se nota en el rezo del rosario, devoción de todo punto contraria por su prolijidad a la concisión aconsejada por Cristo, y otra prueba de que el eclesiasticismo ha desnaturalizado el concepto de la oración, nos la da la descomedida costumbre de rezar el rosario durante la misa, y rezando para mayor agravio de la genuina devoción, a marcha forzada, en tonillo gángoso, de suerte que la mente de los fieles no puede atender a la vez a dos objetos de devoción, y el de mayor importancia, cual es sin disputa la misa, por la obligatoriedad de la devoción, queda desatendido entre el monótono rumor de las avemarías.

8. Hay oraciones mentales, sin palabras articuladas, que son las más eficaces, porque expresan inefablemente los hondos sentimientos nacidos del alma cuya alma es el Padre que mora en el secreto del corazón orante y no pide riquezas ni honores ni fama ni hijos ni bienes terrenos, sino que con verdadera devoción se entrega deliberadamente a Dios y se resuelve a conformarse en todo y por todo con la divina voluntad; pero haciendo por su parte todo cuanto alcancen sus fuerzas para en obediencia a la ley suprema de amor, adelantar en el perfeccionamiento espiritual.

9. Las enseñanzas que en esta obra da Vivekananda respecto al método del desenvolvimiento de la interna naturaleza del hombre, o sea la manera de lograr el dominio de la mente y del cuerpo para valerse de ambos como de eficaces instrumentos en la práctica de las yogas de acción, conocimiento y devoción, sólo deben considerarse como preliminares de la práctica efectiva del método.

10. Un símil esclarecerá esta idea. Los tratados de química descriptiva señalan con todo pormenor los procedimientos de obtención de los cuerpos; pero si alguien se propusiera *practicar* el procedimiento señalado en el texto, sin haber visto en su vida un tubo de ensa-

yo ni un matraz ni una retorta ni ninguna de las sustancias químicas empleadas en los laboratorios, no solamente fracasaría en el empeño sino que se expondría a un mortal accidente. Es necesario en este caso la guía de un hábil y experto investigador químico que le enseñe directa y personalmente al novel, ciertas menudencias de procedimiento que tienen la importancia de las cosas mínimas y no es posible describir en el texto.

11. Además, para obtener en el laboratorio tal o cual cuerpo químico es indispensable disponer de un aparato a propósito, y esta preparación está sujeta a reglas, de suerte que si se descuida algún pormenor, no será posible el éxito en el procedimiento de obtención.

12. De la propia suerte, la práctica del método de la Yoga Raja requiere indispensablemente la guía directa y personal de un yogui experto o de quien sin apetencia de lucro haya comprobado la eficacia del método. El trato personal y directo del instructor con el discípulo pone en contacto las mentes de entrambos por medio de la palabra y el fruto de la enseñanza oral es mil veces más copioso y opimo el que el estudiante pueda obtener de las descripciones textuales.

13. Por otra parte, el método de la Yoga

Raja da al cuerpo y a la mente toda su eficacia como instrumentos del ego; pero al ego le incumbe emplearlos y según su voluntad podrá darles empleo acorde o discorde con el divino plan de evolución. Podrá ser un mago blanco o un mago negro. De aquí la importancia de someterse a la guía de un instructor altamente espiritual.

14. La fe y la creencia son dos conceptos muy distintos, aunque parezcan sinónimos. La definición que como virtud teologal dan los teólogos de la fe, no puede ser más incongruente con el concepto que de la fe tenía Cristo según demuestra en numerosos pasajes del evangelio.

15. Dicen los teólogos romanistas que la fe es una luz y conocimiento sobrenatural con que, sin ver, creen los fieles lo que Dios dice y la Iglesia les propone.

16. Si la fe fuese una luz y conocimiento sobrenatural, habría de ser un don otorgado por Dios; y en consecuencia ninguna culpa cabe a quien no cree que Dios haya dicho lo que la iglesia romana dice que dijo, cuando precisamente mucho de lo que dice que dijo, es a todas luces contrario no ya a la razón sino al sentido común.

17. ¿En qué cabeza cabe que Dios dijera

lo que Moisés dice en el génesis que dijo? No es posible sin agravio del buen sentido y del más rudimentario discernimiento creer que antes de crear Dios el sol, ya estuviese la tierra desordenada y vacía.

18. Para cohonestar semejantes despropósitos imposibles en la divina sabiduría, se han ideado las interpretaciones, algunas de ellas muy parecidas a la famosa aclaración de "donde digo digo, no digo digo, que digo Diego".

19. Lo que llaman fe los teólogos no es la verdadera fe sino creencia ciega o sumiso asentimiento y conformidad con alguna cosa, es decir, el asentimiento gregario a lo que la Iglesia dice que dijo Dios, aunque dijera que son aves los murciélagos.

20. Pero la verdadera fe es confianza, seguridad de que una cosa ha de suceder y ha de ser como la mente esperanzada la concibe y el ánimo sin razonar la siente.

21. Verdadera fe es la del centurión y la del paralítico de Capernaum, la de la mujer enferma de flujo de sangre, la de Jairo, la de los ciegos, la que les faltó a los discípulos en el barco azotado por la tempestad.

22. La frase "ver a Dios" no puede tomarse en el sentido liberal de "ver a Dios cara a

cara" como si Dios tuviese rostro humano y estuviera hecho a imagen y semejanza del hombre.

23. En este sentido tomada la frase "ver a Dios" resultaría evidente contradicción entre Moisés que afirmaba haber hablado directamente con Dios, como pudiera con su hermano Aarón, y el apóstol amado de Cristo, San Juan el evangelista, quien en su primera epístola declara terminantemente:

"Ninguno vió jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios está en nosotros y su amor es perfecto en nosotros."

Por si no fuera bastante esta declaración, conforme en un todo con la filosofía vedantina, añade el apóstol:

"Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama a su hermano al cual ha visto ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?"

24. Pero no porque según dice el apóstol San Juan ninguno haya visto jamás a Dios, desmintiendo con ello a Moisés y la nominal entrega de las famosas tablas, se ha de suponer la imposibilidad de ver a Dios, pues bien claro dice Cristo:

"Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios."

25. De esto se infiere que para ver a Dios, para alcanzar el conocimiento de Dios, para tener verdadero concepto de Dios, en cuanto alcanzan la fe y la razón, la intuición y el conocimiento, es indispensable la limpieza o pureza de corazón.

26. Por supuesto que no se trata en este caso del órgano central de la circulación de la sangre, sino de una expresión figurada para dar a entender la mente y el ánimo, los pensamientos y emociones, la interna naturaleza del hombre, que ha de estar limpia de pasiones y vicios y deseos, como desempañado espejo en que se refleje el alma, esencia de Dios.

27. Esta pureza de corazón significa el dominio de mente y cuerpo, de pensamientos y emociones, que no puede expresarse con palabra ni serviría de nada aunque fuese posible la expresión, porque es preciso experimentarla para conocerla.

28. Así como es inútil hablarle a un ciego de nacimiento de la luz y de los colores, pues no cabe descripción de estas ideas simples, también es inútil hablar de la pureza de corazón, de la paz del ánimo, de los goces espirituales a quien nos los haya experimentado.

29. Mucha importancia dan los moralistas confesionales a la creencia en Dios, como si

bastara el puro asentimiento intelectual en la existencia de Dios para que el hombre fuera un acabado modelo de moralidad.

30. Pero la experiencia nos enseña que de las escuelas con Dios, de los establecimientos docentes en que la apariencia de piedad y el formulismo religioso tienen prelación sobre las disciplinas científicas, salen multitud de alumnos que en la virilidad se declaran francamente ateos o por lo menos desechan el mezquino concepto de Dios que con alfileres les prendieron en su memoria las escuelas confesionales.

31. La inmensa mayoría de la densísima población penal de España recibió en su infancia esa pseudo educación religiosa que consiste en el psitascista aprendizaje del catecismo y en el canturreo semejante a berrido de la letra de artificiosas oraciones, sin el espíritu genuinamente devocional de la oración que tiene a Dios en los labios sin verlo en el corazón.

32. Abundan los que por efecto de la pseudo educación religiosa recibida en su infancia, dicen que aman a Dios y les parece que con asistir frecuentemente a la iglesia y practicar mil supersticiosas devociones, han cumplido ya con todos sus deberes; y sin embargo, en

su vida doméstica y social están movidos por el egoísmo, la maledicencia, la murmuración, la envidia, el fisgoneo, la iracundia, la malevolencia y el odio al prójimo.

33. En cambio, hay quienes no creen en el Dios más colérico e implacable que misericordioso y justo, cuyo concepto les inculcaron en la niñez; y sin embargo, son dechados de prudencia, justicia, fortaleza y templanza porque aman el bien por amor al bien sin apetencia de premio ni temor de castigo.

34. Orgullosa ignorancia denota quien sin más ni más niega de plano algo para él nuevo y que de momento choca con sus prejuicios. Por absurda que nos parezca una afirmación por primera vez oída, no hemos de negarla sin antes examinarla bajo todos sus aspectos y enterarnos de cuanto en pro y en contra alegan sus defensores y adversarios.

Lo que ayer creíamos verdadero hoy nos convencemos de que es erróneo, y lo que un tiempo diputábamos por absurdo lo vemos hoy a la luz de la intuición perfectamente lógico.

35. Así como no hay libro por malo que sea que no contenga algo bueno, así tampoco hay error que no entrañe algo de verdad ni verdad que no contenga algo erróneo, porque

en el mundo de relatividad, la verdad y el error son tan inseparables como la luz y la sombra, el bien y el mal, el placer y el dolor.

36. Insensato es quien se jacta de poseer la verdad absoluta en este mundo de relación; y si para conocer lo de que uno carece, basta saber de qué se jacta, ahí está la iglesia romanista que presume ser la maestra infalible de la verdad.

37. La psicología escolástica, tan aficionada a discurrir por silogismos de premisa mayor arbitraria y no inducida de la observación y la experiencia, como deben inducirse las premisas, levanta su edificio científico sobre los areniscos cimientos de que el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, y que en cuanto muere el cuerpo queda el alma desnuda y sin cuerpo, para ir al purgatorio por una temporada o eternamente a gozar dichas sin fin en el cielo o a padecer inacabables tormentos en el infierno.

38. Esta solución no puede ser más simplista, y aunque evidentemente errónea, encubre bajo la hojarasca de la superstición algo de verdad.

39. En primer lugar, si el hombre estuviera exclusivamente constituido por el cuerpo fisiológico y el alma, tendríamos que al morir

el cuerpo, quedaría el alma, como substancia simple e indivisible sin cuerpo ni nada que le sirviera de vehículo.

40. Pero por otra parte afirman los teólogos que las almas de los bienaventurados después de la resurrección estarán revestidas de un cuerpo glorioso cuyas dotes son: la claridad, que consiste en el resplandor y luz que en sí tienen; la agilidad, que consiste en la facultad de trasladarse de un lugar a otro instantáneamente, por grande que sea la distancia; la impasibilidad, que consiste en no ser susceptibles de padecimiento ni dolor; y la sutileza, que consiste en poder atravesar los cuerpos densos.

41. Esta creencia teológica, que también tiene algo de verdad, o mejor diríamos en que la verdad está grotescamente desfigurada como las imágenes reflejadas en los espejos cóncavos y convexos, deriva indudablemente de lo que dice San Pablo al hablar de cuerpos terrenales y cuerpos celestiales; pero no habla de antes ni después de la resurrección, porque si esos cuerpos gloriosos sólo son o han de ser los de los bienaventurados *después* de la resurrección ¿qué cuerpos tienen ahora los santos canonizados que según la iglesia romana han de estar en el cielo y que según la mis-

ma iglesia y el credo cristiano han de resucitar en cuerpo de carne y hueso en el último día? Y al lograr la bienaventuranza, ¿dónde dejarán el cuerpo de carne y hueso con que resuciten, cuando se revistan del cuerpo glorioso que les corresponde después de la resurrección como bienaventurados? Lo cierto es que si bien se cotejan las ideas de la psicología escolástica con las de la teología en este punto del cuerpo y del alma, resulta un embrollo denotador del error o de la media verdad en que ambas se zarandean.

42. Porque si ese cuerpo glorioso, luciente, ágil, impasible y sutil es peculiar de los bienaventurados, ¿qué cuerpo tienen las almas del purgatorio y las de los condenados en el infierno? El cuerpo físico no puede ser porque en el crematorio se consume rápidamente o lentamente se desintegra en el sepulcro. La psicología escolástica y la teología no saben responder a estas preguntas a pesar de que se envanecen presuntuosamente poseer la verdad infalible y absoluta por divina revelación.

43. Pero la filosofía vedantina, expuesta por Vivekananda en esta colección de obras, y complementada por la Teosofía, nos describe mucho más aceptablemente la constitución del hombre, que ya no es una dualidad de cuerpo

y alma, ni tampoco como dice la psicología escolástica un cuerpo que *tiene* alma, sino un alma revestida de cuerpos.

44. Analicemos la cuestión. La ciencia experimental ha reconocido por fin la *unidad de la energía* que hace millares de años enunció la filosofía vedantina, y reconoce también la *unidad esencial de la materia*, asimismo enunciada hace milenios por Kapila.

45. Admitida y comprobada experimentalmente la unidad de la materia, tendremos que todas las clases de materia son modalidades diferenciadas de la única materia primordial, homogénea e indiferenciada, y que los diversos estados de la materia, como el sólido, líquido y gaseoso, que mayormente conocemos, son los ínfimos grados de condensación de la materia primordial, pues entre el estado originario y el gaseoso que conocemos en el plano físico, se interpolan infinidad de grados de condensación, análogos por su infinitesimal continuidad a las vibraciones sonoras interpoladas entre una y otra de las dos contiguas notas musicales o a las vibraciones lumínicas de los matices interpolados entre dos contiguos colores del espectro.

46. Por lo tanto, para mayor facilidad de comprensión, la Teosofía establece siete tipos

de materia, análogos a siete escalas musicales, con siete subdivisiones cada tipo, correspondientes a las siete notas de cada escala.

47. De los siete tipos de materia, tan sólo cinco están en mayor o menor grado de actividad en la constitución del hombre. Los dos superiores están latentes en espera de ulterior actualización.

48. Los cinco tipos de materia son: física, astral, mental, búdica y átmica.

49. Sin embargo, no vaya a entenderse que son *diferentes clases* de materia. Son *distintas*, pero idénticas en esencia, y entre el grado más denso de la materia física y el más sutil de la materia átmica no hay solución de continuidad, como no la hay entre las lentas vibraciones del rojo y las rápidas del violado ni entre las del do y las del sí ni entre las de una indefinida serie de octavas musicales.

50. Así es que el alma, el ego, el verdadero ser del hombre, el atma o atman, como le llaman los vedantinos, está revestido de todas las modalidades vibratorias de la materia primordial; y por tanto tiene cuerpo físico, cuerpo astral, cuerpo mental, cuerpo búdico y cuerpo átmico.

51. Se dirá que son demasiados cuerpos

para una sola alma; pero en rigor es *un solo cuerpo* constituido por materia de *todos* los grados posibles de vibración de la materia primordial.

52. Cada uno de estos grados constituye un cuerpo o instrumento de manifestación y expresión del ego en el mundo del mismo grado de materia que su instrumento o cuerpo externo.

53. Así, cuando el ego se manifiesta en el mundo físico, su cuerpo externo es el constituido por materia física, cuando se manifiesta en el astral, el cuerpo externo es el constituido por materia astral, y así sucesivamente respecto de los demás mundos mental, búdico y átmico.

54. Sin embargo, no hay muchos mundos, sino en rigor un solo mundo, con tantos grados de vibración de materia como le es posible vibrar a la materia primordial.

55. La filosofía vedantina incluye en la común denominación de *cuerpo sutil* todos los grados vibratorios de materia superiores al físico, como si el hombre sólo tuviera cuerpo denso y cuerpo sutil; mas para comprender la finalidad de la vida, la escatología humana y el proceso de la evolución es indispensable distinguir en el cuerpo sutil, los grados astral,

correspondiente a las emociones, sentimientos y afectos; mental, correspondiente a los pensamientos, ideas, conceptos y juicios; búdico, correspondiente a la intuición, llamada facultad determinativa o intelecto por los videntes. Los grados superiores de materia, hasta llegar a la primordial no intervienen para nada en este análisis.

56. De lo expuesto se infiere que la mente humana es la porción de materia mental cósmica localizada como una de las envolturas o vehículos del alma.

57. En comparación de la materia física gaseosa es la materia mental incomparablemente más sutil, y está en incesante movimiento por efecto de las impresiones que del exterior recibe, según ha descrito Vivekananda en sus comentarios a los aforismos de Patanjali en el primer volumen de esta colección completa de sus obras, y ha repetido en los sucesivos volúmenes por lo que fuera prolijo insistir en ello.

58. Pero se ha de esclarecer un punto importantísimo sobre el que nada dice Vivekananda, aunque de sus conferencias se infiere que lo conocía.

59. Se refiere dicho punto a la dualidad de la mente o mejor diríamos a sus dos aspectos.

60. Cada tipo de materia, según dijimos, se subdivide convencionalmente en siete grados; y la materia mental constitutiva de la mente humana consta de siete grados de vibración o sutilidad.

61. Los cuatro grados inferiores o de vibración más lenta constituyen la mente inferior o mente concreta, que en la terminología teosófica se llama *cuerpo causal*, aunque también se llama cuerpo mental superior.

62. Los tres grados superiores o de vibración más rápida de materia mental localizada como envoltura del alma es la mente superior, la mente abstracta, que en la terminología teosófica se llama *cuerpo causal*.

63. Los cuerpos físico, astral y mental son diferentes en cada ciclo de encarnación. El cuerpo causal y los superiores a él son *permanentes* en todas las encarnaciones, subsisten siempre los mismos mientras gira para el ego la rueda de muertes y nacimientos y en el cuerpo causal está la memoria de las vidas pasadas.

64. En la etapa de evolución por que ahora pasa la humanidad están mayormente activos en la generalidad de las gentes los cuerpos físico, astral y mental. Los demás sólo están activos en los individuos muy adelantados, que

recuerdan sus vidas pasadas y pueden percibir las cosas por intuición.

65. En consecuencia, al hablar de la mente se refiere siempre Vivekananda a la mente inferior o concreta, la constituida por materia mental de los cuatro grados o subdivisiones de la materia mental cósmica, y esta mente no es siempre la misma en cada encarnación del ego.

66. Vemos, por lo tanto, que la mente es el órgano inmediato del ego para adquirir el conocimiento del mundo externo, o mejor diríamos, para ir educiendo el conocimiento latente en sí mismo, puesto que el alma humana es por esencia omnisciente.

67. Si alguien creyera que esta afirmación es demasiado atrevida, la tenemos corroborada por San Agustín, cuyas excelencias está cantando en estos días la iglesia romana, sin advertir que muchas enseñanzas del famoso obispo de Hipona concuerdan exactamente con la filosofía vedantina y con el sincretismo teosófico. Dice así:

“Cuando leemos un libro, creemos que éste es el que nos instruye y amonesta; pero en realidad, la verdad es quien nos ilustra y nos descubre en el libro las verdades que antes ignorábamos.

“Cuando el maestro nos enseña, fácilmente nos figuramos que él es quien con su palabra hace brotar la verdad en nuestra inteligencia; sin embargo, sus palabras sólo pueden advertirnos de la verdad. De aquí que para comprender las cosas inteligibles, no consultemos la voz exterior del que nos habla sino la verdad interior que preside en nuestro espíritu.” San Agustín coincide con la filosofía vedantina y la teosofía en dar la máxima importancia al hombre interior, como llama al verdadero ser, denominado *atman* por los vedantinos. Ciertamente es que la Verdad es una, pero que los sabios le dan muchos nombres.

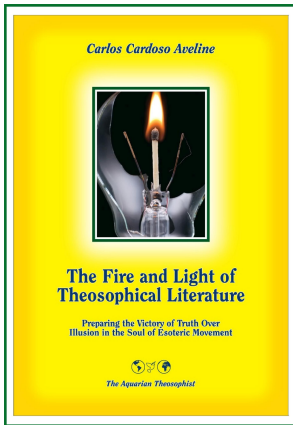
FIN

000

En septiembre de 2016, un grupo de estudiantes decidió crear la **Logia Independiente de Teósofos**, que tiene como una de sus prioridades la construcción de un futuro mejor en las diversas dimensiones de la vida.

000

Acerca del papel del movimiento teosófico en el despertar ético de la humanidad, lea el libro “**The Fire and Light of Theosophical Literature**”, de Carlos Cardoso Aveline.



Publicado en 2013 por **The Aquarian Theosophist**, el volumen tiene 255 páginas y puede ser obtenido en [Amazon Books](#).

000